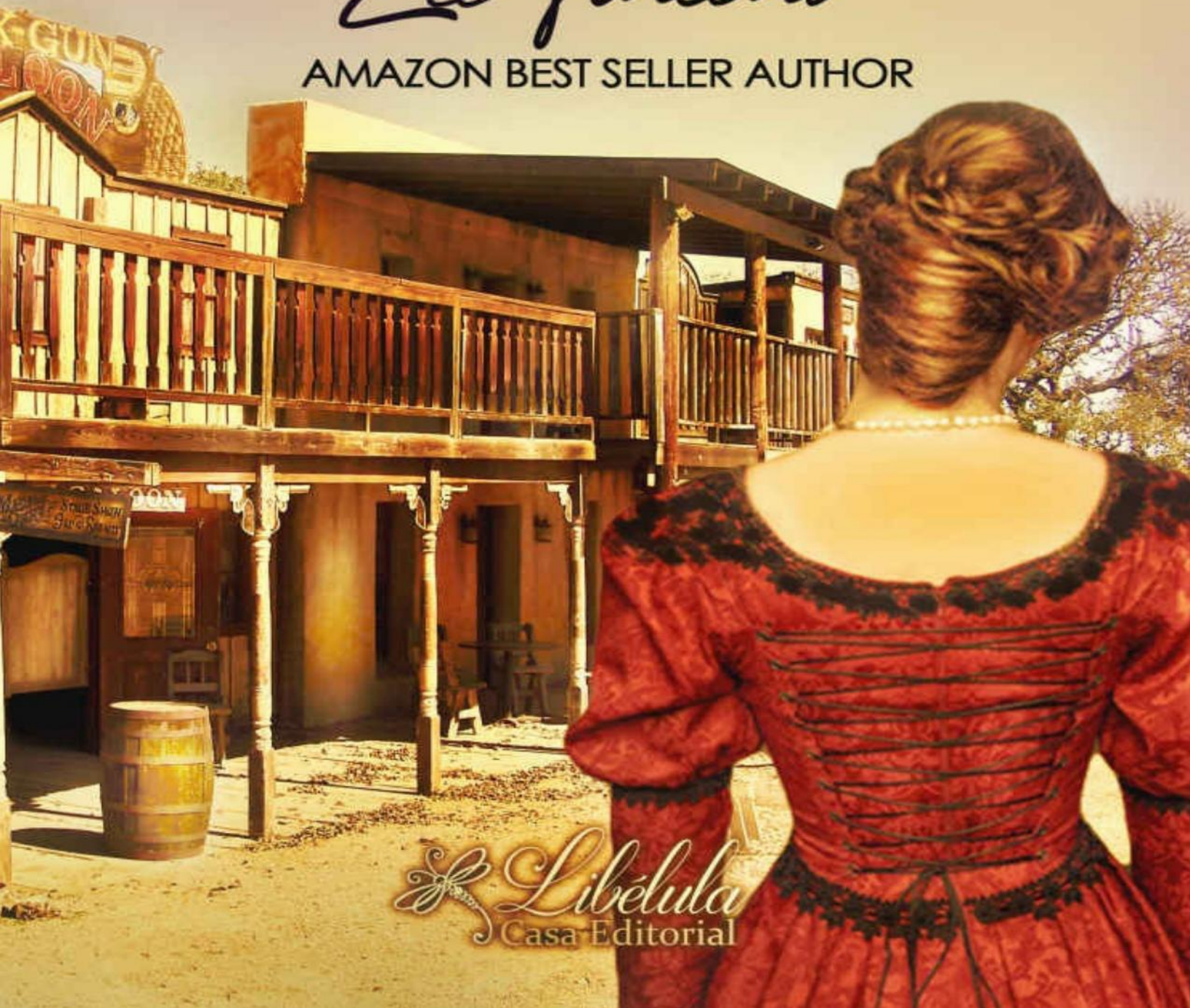


AMOR *en la* FRONTERA

LIBRO 2/ Bilogía Serie Western

Lee Vincent

AMAZON BEST SELLER AUTHOR



Libélula
Casa Editorial

AMOR *en la* FRONTERA

LIBRO 2/ Bilogía Serie Western

Lee Vincent

AMAZON BEST SELLER AUTHOR



AMOR *en la* FRONTERA

Bilogía- Libro 2/ Serie Western

Lee Vincent

PRIMERA EDICIÓN ABRIL 2018

Libélula, Casa Editorial- San Juan, Puerto Rico

Amor en la frontera- Segundo libro de la bilogía Serie Western

© Lee Vincent

Obra registrada el 31 de marzo de 2018 # 1803316401023

Queda prohibida la reproducción de esta obra de manera parcial o total sin el consentimiento de su autora.

Contacto:

Email: leevincentauthor@gmail.com

Blog: www.desdemiescritorio.info

Facebook: Lee Vincent Escritora

Twitter: @AutoraVincent

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

AVISO: Este es el segundo y último libro de la bilogía titulada Serie Western. El primer libro está disponible en todas las plataformas de Amazon de manera digital y libro impreso.

Dedicatoria

A mi padre, asiduo lector de las
novelas de vaqueros
del Viejo Oeste Americano.

Papi, esta historia es para ti.

Espero que la disfrutes.

Capítulo Uno

Al filo de la muerte

Cuatro años después...

Otoño 1874, Fuerte Militar Saint Charles, Misuri

El hombre de abundante bigote se quedó con la mirada fija sobre el reo que descansaba de espaldas sobre un camastro de hierro. Sacó un pañuelo del bolsillo de su impoluto uniforme militar y se tapó la nariz para evitar el fuerte

hedor que emanaba del lugar. Al levantar la tea con su mano derecha pudo distinguir que algunos prisioneros dormían en el piso rodeados de orines y heces fecales. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no devolver lo consumido durante la cena.

Desde jóvenes, que apenas alcanzaban la mayoría de edad, hasta ancianos de aspecto débil y alicaído eran retenidos en aquel inframundo.

No entendía cómo había seres humanos viviendo en esas condiciones tan deplorables. Sus superiores, los políticos de Washington, justificaban aquel infierno con una sencilla explicación: a aquellos infelices se les consideraba desertores, traidores de la patria, cuyo destino era la horca.

—Despiértelo —le dijo el capitán al soldado raso que lo acompañaba.

—¡Fitzgerald, despierta!

El reo pareció no escuchar, por eso el soldado le dio un puntillazo en las costillas con la punta de su rifle. No hubo una respuesta inmediata, entonces el soldado repitió la hazaña, esta vez con mayor fuerza. Un alarido escapó de la boca del reo, quien llevó su mano al costado para aliviar el dolor. Se volteó despacio con su rostro adormecido. Lucía desaliñado, sucio y con una abundante barba que alcanzaba la mitad de su pecho, junto a una cabellera enmarañada, y una figura desgarrada.

—El capitán Francis Drumond quiere entrevistarte —dijo el soldado con

desdén.

—Prefiero que lo asean primero y lo lleven a mi despacho —sostuvo el militar de alto rango.

—Capitán, este hombre será colgado mañana al mediodía —refutó el soldado—. Fueron las instrucciones que recibí esta mañana. Me exigieron que permaneciera aquí. Es peligroso.

—Esa orden queda cancelada hasta nuevo aviso. Procure que se bañe y esté presentable para que se reúna conmigo —dijo el capitán Drumond y se giró sobre sus talones para huir de ese nauseabundo lugar.

—Como ordene, mi capitán. —El soldado se irguió y colocó su mano derecha sobre la frente a manera de despedida.

Cuando el capitán abandonó el lugar el reo se sentó en el camastro. Se veía aturdido, más por la debilidad de su cuerpo que por la soñolencia.

—Ya oíste —dijo el soldado—. Un baño para que se te quite lo apestoso, vaquero.

Luke Montana le torció la mirada al joven recluta. Ni los cuatro años de trabajo forzosos, ni los continuos latigazos, ni la merma de alimentos le habían aplacado el carácter al vaquero. Si tuviera su inseparable Colt .45 o su rifle Winchester la historia hubiese sido diferente. Miró sus pies, atados por los grilletos repletos de óxido, y escrutó con sorna la cara ingenua del

soldado. ¿Quién era el tal capitán Drumond y para que quería que se reunieran?

—Parece que tu suerte está comenzando a cambiar —comentó el militar con un dejo de burla mientras lo escoltaba al exterior entre los alaridos de los otros presos que buscaban llamar la atención.

—No creo en la suerte —dijo Luke cuando su verdugo le puso los grilletes en las manos—. El hombre forja su propio destino.

—No sabes lo que dices. Es cierto lo que se comenta, ya comienzas a enloquecer.

Luke volvió a sonreír. Prefería que todos en ese fortín pensaran que estaba perdiendo la mente, pero tenía bien claro sus intenciones. Si no terminaba en el patíbulo, su único objetivo era regresar por Heather Harrison, su esposa, tal y como lo prometió.

Solo ese anhelo lo mantenía vivo.

*

*

*

Monroe Park, Colorado

Heather Harrison soltaba un corto quejido cada vez que sentía la presión que ejercía el corsé sobre sus costillas. Su amiga, Cathie Coleman, se

aseguraba, que según fueron sus deseos, la pieza le entallara la cintura con menuda precisión. Hacía un largo rato que ambas mujeres se mantenían en silencio, queriéndose decir muchas cosas, las cuales evitaban para no ofenderse.

“No creo que tenga muchas alternativas, miss Harrison. Sabe que no conseguirá algo mejor. Además, puede ganar mucho dinero si se propusiera dejar de lado su orgullo”, le había dicho Emile de Tours cuando fue a solicitarle trabajo en su salón de juego *Le Marne*. La mirada lasciva del hombrecillo junto a sus excesivos ademanes de fraudulento caballero la sacaron de quicio en esa ocasión. En principio quiso proferirle un par de palabrotas, pero al final desistió ante su desespero por encontrar una rápida solución a su precaria situación.

“Esperaré a que se decida”, finalizó el enano con una sonrisa triunfalista antes de que Heather dejara el salón.

Ella no dejaba de pensar en esa desagradable conversación. Acababa de perder su posición en casa de madame Lucile como su ama de llave personal, pues la anciana había decidido irse a vivir con unos parientes a Dodge City. Tan agradecida estaba del trabajo de Heather, que la mujer le había propuesto que se fuera con ella. Oferta que Heather rechazó con amabilidad.

No sabía qué esperaba en Monroe Park después de cuatro años. Acaso

¿qué Luke Montana regresara? Desistió de ese absurdo pensamiento.

Cuarenta y ocho meses y trece días deberían ser suficientes para convencerse de que eso no sucedería jamás. Tal vez a esa hora yacía muerto en una fosa común o quizás había desistido de su promesa de regresar y para ese momento estaba en brazos de una nueva conquista.

—Es una locura lo que pretendes hacer —comentó Cathie al finalizar la lucha con la pieza que en ese momento se cernía alrededor de la cintura de Heather.

La joven se apartó un poco para mirar a distancia si el corsé había logrado lo que su amiga quería.

—No tengo otra alternativa —se lamentó Heather mientras alisaba la falda de su vestido—. ¿Cómo crees que le pagaremos a Margot esta habitación?

—Esa mujer te adora. Jamás te presionaría con el dinero.

—Suficiente hace con darnos de comer, Cathie.

Heather dirigió su mirada hacia la cama que ocupaba el centro de la habitación. Sobre el lecho dormía una niña de risos dorados que apenas sobrepasaba los tres años.

—Sofía necesita cuidados —dijo Heather con voz mortecina.

—El boticario ha sido muy amable con los remedios. Tampoco anda

detrás de ti cobrándote el dinero.

—Sí, pero hay que pagarle.

—Si fueras un poquito menos orgullosa aceptarías la ayuda del reverendo y de su esposa.

—No voy a aceptar dinero si no trabajo.

—Tu dignidad siempre juega en tu contra. —Cathie recogió el cepillo y algunos artículos a su alrededor—. De todas formas, la niña estará bien. La fiebre ha ido cediendo, por eso creo que no tienes que sacrificarte de esta forma.

Heather se acercó a la orilla de la cama para observar a su hija. Ningún sacrificio era tan grande como procurar su bienestar.

—Además, estoy convencida que no podrás hacerlo —insistió Cathie cuando le ayudaba con los botines de cuero—. Para eso hay que tener estómago.

—Soy fuerte.

—Pero esto es superior a ti y lo sabes.

Heather tomó el revólver Schofield .45 que descansaba sobre una pequeña mesa cerca de la puerta y lo escondió en su bolso. Recordó que hacía un año lo había adquirido de forma clandestina cuando el pueblo fue amenazado por un ataque comanche. En aquel entonces el viejo pistolero,

Custer Lee, la entrenó en su uso. Solo lo había utilizado una vez durante una feria ganadera en la cual uno de los vaqueros quiso propasarse, pero el incidente no pasó a mayores, solo un simple rasguño en la mano del hombre, quien huyó despavorido ante una Heather decidida a mandarlo al infierno.

—Quédate tranquila, Cathie. No me sucederá nada.

—Espero que no tengas que utilizar el revólver de nuevo. —La joven hizo una mueca de disgusto—. No creas que siempre tendrás la misma suerte de que sea un simple rasguño y un susto.

—Procura que la niña duerma y si le sube la fiebre, avísame —dijo

Heather después de ponerse los zarcillos de perlas falsas y retocar el carmín de sus labios—. Estaré en la sala de juegos de Emile.

—¡Maldito enano! Siempre se sale con la suya —murmuró Cathie

mostrando un gran disgusto—. Espero que algún día las pague una por una.

Heather regresó al lado de su hija, le acarició el cabello y la besó en la

frente. Inspiró todo el aire que fue capaz y tomó el bolso para marcharse.

De camino, una vez más, el odio que albergaba por el vaquero se alojó en su mente y en su corazón como si se tratara de una sanguijuela.

*

*

*

Luke Montana arrastraba los pies a través del estrecho corredor. Los grilletes sujetos a sus pies le dificultaban los movimientos, tanto que cuando se proponía avanzar los hierros se le clavaban en los tobillos como si se burlaran en su cara, gritándole “estás encadenado”. El soldado tocó la imponente puerta de nogal que servía de entrada al despacho del capitán Drumond. Cuando obtuvieron permiso para entrar en la amplia oficina se acercaron al escritorio del militar, quien para ese momento disfrutaba de una copa rebotante de una bebida de color ambarino y de un enorme cigarro.

—Puede retirarse, soldado —dijo Drumond—, pero antes quítele los grilletes al señor Fitzgerald.

El recluta observó a su superior con pasmo.

—Es... es peligroso, capitán —titubeó el joven con su rostro espantado—. Este hombre es un asesino. Precisamente por eso lo colgarán.

—¿Y cree que no lo sé? Pero le he dado una orden.

—Sí, capitán.

El soldado movió las manos con ligereza para liberar a Luke. El vaquero mantenía el rostro inexpresivo. Tan pronto fue liberado de las cadenas se acarició las muñecas para aliviar la incomodidad.

—Retírese —le ordenó el capitán al soldado.

Cuando los hombres se quedaron a solas, Drumond le hizo un ademán

para que Luke tomara asiento frente al escritorio. Con cierta aprensión el vaquero se acercó para acomodarse en una butaca de tapizado recargado.

—¿Desea? —lo invitó el capitán.

A Luke le pareció extraño que el capitán lo convidara a una copa.

—Es jerez, traído desde España.

—Nunca lo he probado.

El capitán le sirvió una copa y se la extendió. El rostro envejecido del militar reflejaba una enorme sonrisa, que parecía sincera, pero que a Luke no le inspiraba confianza.

—Puede encariñarse con su sabor almendrado.

—Soy más asiduo al *whisky* —dijo el vaquero al darle el primer sorbo a su bebida—. Pero no está mal.

Atónito, observó al capitán extenderle un cigarro. ¿Quién era aquel hombre que se proyectaba con tanta amabilidad? Como ex oficial del ejército la experiencia de Luke era muy distinta en el trato de un prisionero.

—Imagino que se estará preguntando quién soy.

—Por supuesto. No todos los días entra un hombre de su rango a la cloaca de los presos para invitar a un pobre infeliz, destinado a la horca, a beber una copa de jerez y fumar un cigarro.

—Me gusta su sagacidad, señor Fitzgerald. —El capitán apoyó los codos

sobre el borde del escritorio para quedar más cerca—. ¿O prefiere que lo llame Luke Montana?

—Sí, prefiero que me llame así. Jimmy Fitzgerald murió en una revuelta en la ribera del Mississippi.

—Ambos sabemos que no fue así, Montana.

Drumond sonrió con malicia.

—Pero si eso lo hace sentir mejor, supongamos que Jimmy Fitzgerald murió —añadió el militar—. Entonces, ¿quién se supone es usted?

—Soy un vaquero muy trabajador, que tenía un rancho y una linda esposa cuando un grupo de militares llegaron a mi casa para arrestarme por traición. Obvio, se debió a una confusión.

—Siempre ha insistido en esa versión. Qué pena que hasta ahora no haya logrado convencer a nadie. Dé gracias que llegué a tiempo para liberarlo del cadalso.

Luke miró hacia la única de las ventanas para comprobar que estaba a punto de amanecer. Si no conseguía nada de esa conversación, en menos de cuatro horas tendría una cita con la horca.

—Usted y yo sabemos muy bien que Jimmy Fitzgerald y Luke Montana son la misma persona. No insista, no al menos en mi presencia, pues sé muy bien su historia y el por qué mató a ese congresista.

El vaquero jugó con la copa entre sus dedos ansiosos y soltó un poco de aire. Durante esos cuatro años de encierro no había hecho otra cosa que intentar convencer a todos de que estaban confundiéndolo, pero pese a que no tenían pruebas contundentes contra él jamás lo liberaron. Por el contrario, consiguieron una orden para aplicarle la pena de muerte como un vil traidor a la patria.

—Hablemos de Charles Patterson —dijo Drumond.

Luke aspiró el cigarro e intentó relajarse en la butaca al escuchar ese nombre.

—No sé a quién se refiere —disimuló lo mejor que sus nervios le permitieron.

—Claro que sabe. Fue el abusador que ordenó la muerte de mi hermano, su mejor amigo, Jamie.

En ese momento todo pareció encajar. Contempló los ojos del capitán y se percató de que tenían el mismo tono verde oscuro que los de Jamie. Cerró los ojos y soltó un suspiro. No quería recordar esa época tan dura. Jamie Ledoux fue el hijo de un francés radicado en Nueva Orleans. Se conocieron en la ribera del Mississippi apostando en todos los tapetes de la región y pronto se volvieron inseparables.

—Jamie era mi hermano por parte de madre —continuó el capitán al

servirse otra copa—. Un poco rebelde para el gusto de mamá. La pobre sufrió mucho sus andanzas hasta el día que nos avisaron que había sido asesinado. Inicié mi propia investigación, pero al parecer llegué muy tarde. El único testigo del crimen, aparte del asesino, había huido. Me refiero a usted, Jimmy Fitzgerald.

—Está equivocado. Conocí a su hermano, pero no estuve durante su asesinato.

—Claro que estuvo, deje de fingir. Y por supuesto que reconoció a Charles Patterson, por eso un mes después le disparó en la nuca en su casa de Virginia con su pistola Derringer. Después de eso huyó gracias a la ayuda del notario Cooper, quien le dio una nueva identidad. ¿Por qué odiaba tanto al congresista? No creo que haya sido solo por la muerte de mi hermano. Luke se sentía en una encrucijada. Ese hombre sabía más de lo que sospechaba y ya era inútil mentirle.

—La verdad es que Jamie no debió morir —dijo el vaquero con pesar—. Patterson lo mató por mi culpa. Su hermano y yo fuimos grandes amigos. Incluso, muchas veces me salvó de la muerte. Tomamos un poco la justicia en nuestras manos y ganamos mucho dinero eliminando a los hombres que hacían trampa en las mesas de juego del Mississippi.

—¿Quién pagaba por eso?

—Patterson, pero un día se negó a pagarme e incluso amenazó con acusarme con la justicia. Era un hombre demasiado cobarde, por eso ese maldito planeó eliminarme. Con tan mala suerte de que el día en que se proponía llevar a cabo su plan mató a Jamie por error. Juré que me vengaría, y eso hice un mes después.

El capitán se levantó para acomodarse frente a la ventana para mirar hacia el exterior con actitud reflexiva. Un pesado silencio acogió la habitación entretanto los hombres dejaban fluir sus mentes atormentadas por los acontecimientos.

—¿Qué pasó con su difunta esposa, Zoé? —le preguntó el capitán al rato. Luke comenzaba a incomodarse. De todos los temas el de Zoé era el más que lo lastimaba.

—Ella no tuvo nada que ver con esto, capitán.

—¿Por qué abandonó el ejército?

—No abandoné el ejército. Cuando acabó la guerra regresé a mi casa en Richmond, Virginia, para encontrarme con una desgracia. Mis suegros me recibieron con la noticia de que Zoé había muerto por una gripe que no pudieron controlar debido a la falta de medicamentos. Maldije la guerra y la maldigo ahora. Nadie pensó en las víctimas inocentes.

—En las guerras siempre mueren personas, Montana. Sería ilusorio

pensar lo contrario.

—Soy médico. Salvé no sé a cuántos soldados en el campo de batalla y, sin embargo, no pude ayudar a mi esposa.

—No estaba a su lado para cuando sucedió eso.

—Tampoco me sirve de consuelo pensar de esa forma.

—¿Y eso lo llevó a la ribera del Mississippi a vivir como un proscrito cuando enviudó?

—Ya no me importaba nada. Zoé era mi vida. La razón de mi existencia. Así que me refugié en el juego.

—Y se convirtió en el mejor tahúr y pistolero hasta la muerte del congresista.

—No entiendo a dónde quiere llegar con todo esto, capitán.

—Necesito que declare todo lo que sabe. —El capitán apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio—. Y sé que sabe más de lo que finge. Quiero los nombres de los socios de Patterson, que aún son congresistas y viven al margen de la ley.

—No soy un delator. No es mi estilo.

Drumond revisó su reloj de bolsillo.

—Le queda exactamente una hora para que me dé esos nombres. De lo contrario, yo mismo daré la orden para que lo cuelguen. No verá nunca más a

su hermosa esposa. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Heather Harrison.

Luke sintió como si le hubiesen pegado una patada en el estómago.

¿Acaso si se negaba a cooperar Heather correría peligro?

—Si confiesa todo lo que sabe, yo mismo me encargaré de enterrar esta misma tarde un cuerpo con el nombre de Jimmy Fitzgerald. Entonces, usted podrá seguir con su vida como Luke Montana. El secreto morirá con nosotros dos.

Demasiada buena la propuesta para confiarse. Alguna trampa saldría a la luz pronto.

—Pero antes le encomendaré eliminar a esos desgraciados. Con su habilidad no será ningún problema acabar con esas alimañas. Debe marcharse de inmediato después de que logre lo que le propongo y cambie su aspecto.

¿Entiende?

Luke todavía no estaba seguro de querer aceptar el trato.

—¿Por qué quiere eliminar a esos congresistas? —preguntó el vaquero.

—Un asunto personal. Digamos que esos malditos me hicieron un daño irreparable cuando comenzaba mi carrera militar.

—Necesito detalles.

—Pueden ser grotescos, pero primero quiero que los identifique.

—No soy un soplón —insistió Luke.

Drumond observó de nuevo su reloj de bolsillo y sonrió con malicia.

—En cuatro horas tendrá una cuerda atada a su cuello, Fitzgerald y se quedará sin la posibilidad de ver a su hermosa mujer. —Aspiró el cigarro con fuerza y de inmediato el ambiente se llenó de humo—. Solo quiero que me confirme los nombres. Yo sé perfectamente quiénes son, solo me falta uno. Ellos tres, junto a Patterson, me dejaron por muerto durante una pelea que tuvimos recién ingresados al ejército. El que me falta por confirmar, no solo se complació golpeándome, sino que abusó de mi prometida en esa época. La confesión del hecho perturbó al vaquero, tanto que cerró los puños en señal de indignación. Un suceso como ese era digno de repudiarse, no solo eso, sino eliminar al perpetrador después de una buena sesión de tortura. Ahora son congresistas —continuó el coronel—, y estoy buscando eliminarlos. Usted puede ayudarme. Nos ayudaríamos mutuamente. El vaquero se arrellanó en la butaca pensando en una estrategia que lo sacara bien librado de toda esa maraña, pero estaba inclinado en ayudar al capitán si ese hombre a su vez le ayudaba a conseguir su libertad. Su único fin era encontrarse con Heather y buscar la manera de recuperarla, así tuviera que delinquir y matar.

Capítulo Dos

Decisiones

Cuando Heather tomó la calle principal hacia el salón de Emile de Tours comenzó a arrepentirse de la locura que estaba a punto de cometer, pero inspiró todo el aire que fue capaz e intentó convencerse de que el bienestar de su hija requería de cualquier sacrificio. En su recorrido se encontró con un grupo de damas conocidas que la detuvieron para preguntarle por la salud de Sofía. Prometieron rezar por la niña y continuaron su camino. Heather sospechaba que aquellas hipócritas no oraban ni por ellas mismas.

Antes de llegar a las puertas del *Le Marne* se cruzó con su amigo, el telegrafista Milton Doval, en una de las calles transversales del pueblo.

—Buenos noches —le dijo Heather.

—¿Qué haces sola a estas horas? —preguntó el hombre mostrando preocupación—. Pareciera que no vivieras en Monroe. Ayer un grupo de indeseable hizo de las suyas y el sheriff los tuvo que dejar que pasaran la borrachera en la cárcel. Esto se está poniendo como en la época de Cassidy.

—Tengo un compromiso.

—Veo —Milton hizo un mohín de disgusto con la boca.

—¿Han llegado noticias?

Heather se refería a la información que gracias a las gestiones de Doval había obtenido de su tía, Annie Stewart. Hacía unos meses que llegaban mensajes desde Abilene. No procedían de su tía propiamente, sino de una

amiga que la estaba cuidando durante su convalecencia. Aparentaba ser que Annie estaba muy enferma del corazón por eso no había regresado a Monroe Park en todo ese tiempo.

El primer telegrama que recibió Heather la llenó de angustia, pero por su precaria situación económica le era imposible ir hasta Abilene a verla. Lo único que podía hacer era esperar los mensajes esporádicos que enviaba la mujer sobre la condición de salud de su tía. Lo peor era la angustia que le producía tener que decirle a Annie que su propiedad había sido consumida durante un incendio doméstico hacía tres años. Así que la casa y la pequeña tienda que alguna vez tuvo en Monroe Park se habían convertido en un cerro de cenizas. De seguro ese hecho pondría en riesgo la delicada salud de la mujer, por eso había decidido obviar ese detalle.

Además, Abilene era una ciudad un tanto hostil, de donde procedían noticias muy violentas por ser la estación de embarque ferroviario del ganado procedente del sur al este, por lo tanto, no era un lugar recomendado para una madre soltera.

—Durante el turno de hoy no se recibió nada, Heather —lamentó Milton—. Si tengo noticias te dejo saber.

Se despidieron en medio de la calle. Ella, por su parte, tomó la vía terciaria que daba al salón *Le Marne*, un callejón oscuro que no le producía

ninguna seguridad, por eso apuró el paso. Al llegar tocó la campanita al lado de la puerta de entrada y una mujer fue a su encuentro.

—¿Puede avisarle al señor de Tours que Heather Harrison está aquí?

—Pase, acaba de decirme que la espera.

Siempre le había parecido que el salón de juegos del hombrecillo era un recinto decorado con muy buen gusto, no como el burdel de Sophie Saint Clair, que había dejado de operar hacía dos años gracias a las exigencias del Consejo de Damas Respetables de Monroe Park. Si el salón del enano había sobrevivido a las protestas de las damas era por las ofertas clandestinas que brindaba Emile de manera solapada, ofrecimientos que contaban con el total respaldo del alcalde Wilson Woodrow.

De esa forma el enano mantenía un perfil bajo entre las familias de bien, aunque la mayoría de los hombres casados acudían con asiduidad al lugar en busca de un escape oportuno a su rutina. Su sofisticada fachada le había servido para convertirse en el único sitio de diversión masculina en el pueblo.

La mujer condujo a Heather por un corredor y de allí a una sala privada en donde aguardaba el enano acompañado por un hombre que en ningún momento levantó la mirada para saludarla. Se notaba concentrado en el juego.

—¡Oh! La vida me ha sonreído una vez más, miss Harrison —dijo Emile

con su característico tono teatral. Hizo una reverencia pronunciada al levantarse de la butaca—. Usted engalana estos aposentos.

Fue en ese momento que Heather pudo ver el rostro del extraño. No era un hombre particularmente guapo, pero tenía los ojos de un tono claro, una mirada cálida y exhibía una sonrisa amable.

—Le presento a Edward King, el rey del ganado de Texas. La leyenda —dijo Emile y el hombre se levantó para besarle la mano a Heather con galantería.

De esa manera dejó a la vista que iba ataviado con un traje hecho a la medida, de buena tela y acabado profesional. Definitivo, era un barón del ganado.

—Edward es uno de los lugartenientes más ricos de todo el sur.

—No le haga caso a Emile, señorita —dijo Edward con modestia—. Es un exagerado.

—¿Un exagerado? —preguntó el hombrecillo de forma retórica—. Mira si tengo razón que es dueño de una comarca con cientos de acres y casi veinte mil cabezas de ganado.

—Sigues exagerando, Emile.

Heather le sonrió al hombre. Se divertía con las ocurrencias del enano y el rubor repentino del extraño.

—Ella es la mujer encantadora de quien te hable, Edward —dijo Emile.

Por un momento Heather había perdido la noción de para qué había ido a ese lugar.

—Tú mereces lo mejor y te aseguro que Heather es una joya —aseguró el enano.

—No lo dudo, Emile —dijo el lugarteniente evitando mirar a Heather a los ojos.

En ese momento el hombrecillo tomó a Heather del codo para guiarla a través de un pasillo. Detrás de ellos se escuchaban los pasos de Edward King.

—Es un caballero, así que no tienes por qué temer —le decía Emile en voz baja para que su amigo no escuchara—. Y créeme pagará muy bien.

La habitación al final del corredor lucía impecable. Un par de velas iluminaba el interior. La cama estaba dispuesta y también la cena. Heather miró todo con detenimiento, se acomodó el chal de lana sobre sus hombros y evitó encontrarse con la mirada del Rey del Ganado.

—Edward mandó a traer una cena y una botella de vino —mencionó Emile en voz baja—. Intenta no emborracharte o echarás todo a perder. Heather permaneció debajo del resquicio de la puerta por un par de segundos con un gesto titubeante, pero un oportuno empujón del enano la hizo entrar. Tras de ellos Edward King ingresó para pasearse por el espacio.

Se notaba tan inquieto como Heather.

—Bueno... Creo que ustedes tendrán que hablar, conocerse, cenar y pasarla bien —dijo Emile mientras se dirigía a la puerta—. Diviértanse.

Tan pronto Heather sintió que Emile cerró la puerta supo que ya no había marcha atrás. Temía que Edward King aprovechara la intimidad de la habitación para abalanzarse sobre ella y obtener lo que deseaba a la fuerza, pero para su asombro, el hombre optó por tomar asiento en la mesa para iniciar la cena.

—¿Viene? —la invitó.

Cuando Heather iba a sentarse el hombre retiró su silla, la ayudó a acomodarse y colocó la servilleta de tela sobre su regazo.

—Gracias.

—Espero que le guste lo que escogí. —Él destapó las bandejas humeantes.

A Heather le pareció que el olor de la comida y su apariencia eran exquisitos.

—¿Vino de Burdeos? —la convidó el hombre.

Ella, por su parte, ponderó si beber en esas circunstancias sería beneficioso para aplacar los nervios.

—Un poco.

Notó que el hombre no se sirvió.

—¿No va a beber?

—Nunca lo hago —dijo él.

En la Frontera jamás se había topado con un hombre que no bebiera alcohol.

—Me costó mucho dejarlo —mencionó el hombre.

—Entiendo.

—Puede relajarse, señorita Harrison. Más que una noche de cama, deseo una noche de buena compañía.

Heather bajó la mirada, avergonzada.

—Además, por encima se nota que usted no es una prostituta.

—Yo...

—Creo que Emile quiere aprovecharse de su situación.

—Es que... Estoy necesitada de trabajo y últimamente en Monroe Park las cosas están cada vez más difíciles.

—Lamento escuchar eso. —Edward tomó un pedazo de pan—. Será nuestro secreto. Cuando quiera retirarse, solo avíseme. Le pagaré lo que exija.

—No es necesario.

La humillación del momento estaba hundiendo a Heather en un pozo de

tristeza que amenazaba con brotar a través de ojos.

—Creo que debo irme —dijo ella y empuñó su bolso.

—Lamentaría mucho que se fuera sin disfrutar de la cena.

Tuvo que relajarse y mostrar entereza para contener las lágrimas. Edward King resultó un gran conversador. En medio de esa primera plática, cargada de sinceridad, el hombre le había contado varias hazañas sobre algunos viajes realizados a México. También incluyó algunas anécdotas de su último viaje a España y lo mal que la pasó con tantos días confinado en un aburrido barco. Así pasaron la primera hora conociendo sus gustos e intereses. Heather evitó entrar en los detalles incómodos de su vida y el hombre mantuvo una actitud de comprensión que le agradó mucho.

—Señor King, debo regresar —dijo ella—. Es casi medianoche.

—¿Me permite acompañarla hasta la puerta de su casa? No me perdonaría que le sucediera algo en el camino.

Heather titubeó un poco, pero al final aceptó. Antes de dejar la habitación el hombre le entregó un sobre.

—No se preocupe por la parte que le corresponde a Emile —dijo Edward

—. Yo arreglaré con él. Este dinero le corresponde solo a usted.

—No, señor King, no puedo aceptar que me pague.

—Tómelo como un regalo de un admirador. Sé que lo necesita.

Ella le dirigió una sonrisa y tomó el sobre, pese a que hubiese preferido hacer lo contrario, pero pensó en Sofía. Salieron después de que el hombre le ayudó a acomodarse el chal de lana sobre los hombros.

Heather agradeció que cuando atravesaron el salón no se toparan con el enano. Sus comentarios punzantes y mal intencionados poco aportarían al bochornoso acontecimiento. Sintió que varias miradas se clavaron en su persona. Todos esos hombres imaginaban lo que acababa de ocurrir, así que Heather mantuvo su mirada baja. Al día siguiente sería la comidilla del pueblo entero.

Cuando alcanzaron la calle desierta caminaron en silencio en medio de la semi oscuridad. Uno de los hombres de Edward King los seguía a cierta distancia.

—Me agrada que Monroe Park sea un pueblo pacífico —mencionó él—
Muy raro en la Frontera. ¿Sabía que en Tombstone los ciudadanos no pueden pasearse por sus calles a estas horas? Cuando estuve allí nos confinábamos en el hotel del pueblo antes de que oscureciera.

—Créame, Monroe Park no siempre fue así —comentó ella—. Hubo una época en que todas las noches había escaramuzas.

—Me enteré de que mataron al sheriff anterior.

—Sí, era un buen hombre. Pero esta relativa paz durará poco. Mañana

inicia la feria ganadera y vendrán vaqueros de las ciudades cercanas.

—¿Le gusta vivir aquí, señorita Harrison?

Heather sonrió.

—La necesidad me obliga.

—¿Espera a su marido?

Ella se detuvo asombrada por la información que el hombre manejaba.

—Disculpe la intromisión, pero Emile me contó que a su esposo lo apresaron a pocos días de su matrimonio.

Obvio, el bocajarro de Emile de Tours la había puesto al descubierto frente al rey del ganado. El enano no conocía la palabra discreción. Heather hizo un gesto de disgusto con su boca.

—Ya no somos esposos —dijo Heather cuando superó el impacto de la sorpresa—. Se invalidó el matrimonio porque me casé con un hombre con falsa identidad. No creo que regrese.

—Tiene una hija, ¿no?

—Sí, se llama Sofía. Es mi vida.

Vio que a Edward se le iluminó el rostro.

—No he sido padre.

—Pero me imagino que no le faltan candidatas.

—Soy un poco aburrido y carezco de cierta gracia. Además, enviudé muy

joven y no lo he intentado de nuevo.

—A mí no me parece aburrido, señor King.

—Si quiere puede tutearme, así yo podré hacer lo mismo.

Cuando llegaron a la posada Heather extendió su mano para que el hombre la besara.

—Muchas gracias por tan agradable compañía, Heather.

—Para mí ha sido un placer, Edward.

—¿Nos volveremos a ver mañana?

Tomó tiempo para contestarle.

—Tal vez.

Heather sonrió.

—Buenas noches —dijo ella y se giró hacia la entrada.

—Que descanses.

Subió las escaleras hacia su habitación pensando en cómo era posible que un hombre tan encantador como Edward King tuviera que pagar por compañía femenina.

*

*

*

—¿Volverás a verlo? —le preguntó Cathie a Heather cuando ambas

regresaban a la posada.

Al día siguiente aprovecharon para saldar la deuda del boticario y hacer unos encargos en la calle principal del pueblo.

—¿Por qué no? Edward es muy agradable —contestó Heather tomando en sus brazos a la pequeña Sofía.

—¿Ya lo tuteas?

—No empieces, Cathie.

Las calles estaban atestadas de un gentío descomunal debido a que había iniciado la feria del ganado de ese año, así que varios terratenientes, provenientes de pueblos distantes, aprovechaban para visitar el pueblo y hacerse con ganado de buena calidad a precios accesibles. Pese a que era otoño el calor era infernal, por eso Heather utilizaba una sombrilla y un abanico de mano para refrescar a la pequeña Sofía.

A medida que avanzaban soportaban con estoicismo los piropos subidos de tonos de algunos forasteros. Heather les torcía la mirada, pero los hombres no se daban por aludidos. Era Cathie quien los escupía para que desistieran.

—Tan bonita y tan cochina —le dijo un vaquero que cabeceaba por la ebriedad.

Cathie no perdió el tiempo en responderle. En cambio, se concentró en el asunto de su interés

—Ese noble caballero quiere cama — le dijo a Heather con una mueca.

—Si eso quisiera anoche lo hubiera logrado. —Heather hizo una pausa—.

Piensas que todos los hombres quieren solo eso. Por eso no le das una oportunidad a Roig.

Heather se refería a Roig Buchanan, el hombre de confianza de Luke Montana. Hacía años que insistía en pretender a Cathie, pero la joven se negaba a aceptar sus avances.

—Creo que les coquetea a todas —afirmó la joven—. Me enteré de que tuvo amores con la viuda Charlotte.

—Estás equivocada, Cathie. Te he dicho muchas veces que creo que está encariñado contigo. Una cosa es que un hombre guapo tenga sus admiradoras y otra que sea un mujeriego. Roig me parece serio.

—Siempre que nos encontramos quiere tocarme —cuchicheó la joven para que nadie a su alrededor se enterara.

—Cualquier hombre quisiera tocarte. Eres preciosa.

—Y coja —dijo con un lamento en relación con su incapacidad física.

—¿Crees que eso le importe a Roig? Pienso que ve tus virtudes.

—No quiero que se confunda y piense que soy una cualquiera, por eso no lo dejo llegar más allá.

—Cuatro años lo deben haber convencido de la clase de chica que eres.

—¿Debo darle una oportunidad, entonces?

—Creo que se la merece.

Hubo un largo período durante el cual las mujeres se mantuvieron en silencio hasta casi alcanzar la posada de Margot Thompson.

—¿No te da miedo que Luke regrese en algún momento?

Heather disminuyó el paso. Pensó que hacía mucho tiempo que ya no esperaba por aquel milagro. Vivía resignada a que nunca más se encontraría con el vaquero.

—Hace tiempo que dejé de esperarlo —dijo con un dejo de indiferencia.

La realidad era que estaba muy dolida ante el hecho de que jamás Luke buscó comunicarse con ella después de que lo apresaron. Incluso, el único recado se lo envió a través del notario, Noah Cooper: “Intenta rehacer tu vida, Heather. Me esperan muchos años en el calabozo, si corro con suerte y antes no me linchan. Sé feliz”. Desde ese mensaje Heather había intentado cada día deshacerse de cualquier recuerdo. Tal y como él mismo le aconsejó, intentó sobrevivir, no por ella, sino por la pequeña Sofía.

—Pero eso no quita la posibilidad de que aún sientas cosas por él.

—¡Claro que no siento nada! —insistió Heather.

—Entonces, no entiendo por qué no has echado a la basura su camisa. A veces duermes con ella.

—No te entiendo. —Heather se detuvo frente a la entrada de la posada con el rostro encabritado—. ¿No eras tú la que me decía que me olvidara de Luke? Tal vez Edward King me haga olvidarlo.

—Lo dudo. Amaste mucho al vaquero como para que ese barón ganadero pueda arrancarlo de tu corazón.

Heather observó a la pequeña niña de risos dorados que llevaba en brazos. Era el vivo rostro de su padre. Incluso, su carácter recio era la mejor señal de que Luke Montana era su progenitor.

—Además, Edward es solo un amigo —añadió Heather.

—Y también un apuesto caballero que no perderá la oportunidad de pretenderte —concluyó Cathie con un tono de burla que irritó a Heather.

Capítulo Tres

“Un oportuno regreso”

Tres meses después...

El moderno letrero que anunciaba la llegada a Monroe Park lo convenció de que muchas cosas habían cambiado en aquel pueblo. Tanto, que cuando bajó de la diligencia que lo condujo hasta allí echó de menos que John Cassidy, el pasado sheriff, no estuviera allí para darle la bienvenida e indagar detalles del motivo de su visita. «No habrá otro como John», pensó Luke con tristeza. Pese a las diferencias de ambos, John había logrado ganarse el cariño

genuino del vaquero.

Se echó un bulto sobre el hombro después de cubrirse con un abrigo de piel de oso, se acomodó el cinto donde llevaba su inseparable Colt .45, le pagó al chofer y caminó para adentrarse en el pueblo. Al menos su nueva apariencia le serviría para pasar desapercibido entre algunos conocidos.

Ahora llevaba su cabello al ras y había eliminado su abundante barba y bigote. De lo que no pudo prescindir fue de sus botas y de su rifle

Winchester, que llevaba oculto entre sus pertenencias junto a los veinte mil dólares que el capitán Drumond le había otorgado por llevar a cabo la misión sin dejar rastros.

Se sintió extraño caminando por las calles de Monroe Park, repletas de viandantes. Parecía un forastero más. Oteó los alrededores repletos de vaqueros desempleados. Era lo que siempre sucedía con la llegada del invierno. Aquellos indeseables se mantendrían en los bares apostando el poco dinero que ganaron durante el año, atiborrándose de *whisky* y esperando la primavera para iniciar la nueva jornada.

El vaquero quiso disimular el sentimiento de ansiedad que lo dominaba, pero fue inútil. Atribuyó la sensación de emoción que albergaba en su pecho a que pronto se encontraría con su mujer.

Variedad de comercios y bares se extendían por la calle principal ahora

cubierta por la nieve y el barro. Algo de modernidad se había instalado por esos lares de forma irreversible. Hasta un nuevo hotel de dos plantas y lujosa fachada había sido construido.

Al final de su recorrido entró en el bar de siempre, el *Paradise Saloon*, para beber un poco de *whisky* y aplacar los nervios. Lamentó que no fuera el mexicano Eladio Valverde, con su rostro sombrío y su abundante bigote, quien estuviera tras el mostrador de madera cuando traspasó las puertas batientes. Se topó con el frío rostro de un dependiente con rasgos indios, quien entre dientes le dio la bienvenida.

—Un *whisky* —dijo el vaquero después de acomodarse en el taburete frente a la barra y dejar un billete sobre la superficie.

Su presencia llamó la atención de varios hombres que apostaban en las mesas destinadas al juego. Sus murmuraciones le dejaron ver que su nueva apariencia no había pasado inadvertida como creía.

De inmediato, una chica de cabello oscuro, mostrando un escote pronunciado, se acercó con zalamería.

—Bienvenido —dijo, bateó sus pestañas con picardía y acercó sus labios al rostro del vaquero para plantarle un corto beso en la mejilla. Sin pensarlo se hizo con un espacio en el regazo de Luke—. Tenemos servicio completo si deseas.

—Gracias, preciosa.

Era una tentadora oferta si el vaquero tomaba en cuenta que hacía cuatro años no sabía lo que era el calor de una mujer, pero todo ese deseo lo estaba guardando para cuando se encontrara con Heather. Había soñado con ese reencuentro durante mucho tiempo.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó la chica.

—Digamos que he regresado después de mucho tiempo.

—Te ves cansado. Puedes tomar un baño y relajarte... luego...

Luke tomó a la chica de la cintura para que se incorporara.

—Estoy atendiendo otros asuntos, pero muchas gracias. —El vaquero se bebió el resto de su trago de un solo sorbo.

—Tenemos otras chicas si es que no te gusto.

—Eres preciosa, pero en este momento no estoy interesado.

Luke dejó el taburete después de plantarle un beso en la mejilla y colocarle varios billetes en el escote del corsé. Pagó la bebida, saludó con su sombrero Stetson al dependiente y salió a la calle en busca de su amigo, el notario Cooper. Solo él podría ponerlo al tanto de lo ocurrido en todos esos años.

*

*

*

El alcalde de Monroe Park, Wilson Woodrow, estaba en su despacho cuando recibió la visita del nuevo sheriff del pueblo, Arthur Anderson, un joven alguacil de poca experiencia en asuntos de crimen, pero muy necesario para no opacar las gestiones ilícitas del alcalde. Hacía tres años que Woodrow se dedicaba a cobrar aranceles adicionales a los comercios y a ocultar los burdeles clandestinos en los bares de Monroe Park para que el Consejo de Damas Respetables no interviniera.

Era de los que pensaba que para mantener el orden en una ciudad de la Frontera era medular operar prostíbulos, lugares que apaciguaran a los vaqueros y forasteros que llegaban al pueblo de improviso. De esa forma las mujeres “decentes” mantenían intacta su virtud, según él.

Pero Melania Green, una activista en favor de los derechos de la mujer, se había plantado con cartel en mano frente a su oficina en varias ocasiones para acusar al alcalde de explotación a las mujeres de menores recursos. Un asunto que Wilson había despachado con habilidad, aludiendo que Melania estaba mal de la cabeza. Incluso, la había acusado de brujería.

Por la cara del comisario, al entrar en la oficina, Wilson supuso problemas.

—Tu semblante no me gusta —mencionó Wilson cuando apartó el

periódico.

Consideraba que el joven comisario era tan fácil de manipular que resultaba el mejor aliado en su propósito de explotar los recursos de Monroe Park.

—Los vaqueros ya comienzan a dar problemas —mencionó Arthur con pesar. Agarraba su sombrero en las manos en un gesto ansioso.

Wilson se levantó de la butaca que ocupaba tras su escritorio para buscar un cigarro en uno de los anaqueles. Le brindó uno al sheriff, pero el hombre desistió.

—Dos asesinatos por robo, escalamiento a una de las tiendas y una violación —informó el sheriff con voz trémula.

—¡Malditos canallas! ¿No pueden comportarse? ¿Quién fue la mujer a la que violaron?

—La hija de Stefano Vicenti. La menor —dijo el sheriff—. El hombre ha jurado tomar la justicia en sus manos.

El alcalde torció el gesto en señal de disgusto. Lo menos que necesitaba era que se desataran incidentes que llamaran la atención de los funcionarios del estado. En los cuatro años que llevaba de alcalde había logrado mantener a las autoridades de Colorado al margen.

—Tengo a dos hombres vigilando a Stefano —mencionó Arthur.

—Deja que tome justicia. De lo contrario dará problemas.

—Pero...

—Si te violaran a una de tus hijas, ¿no quisieras desollar a los infelices que lo hicieron? —Wilson chascó la lengua—. Déjalo.

El alcalde levantó el periódico de su escritorio para mostrarle una noticia al sheriff.

—Lo que debemos evitar es que una escoria como esta se instale en Monroe Park.

La noticia de primera plana del Boston Globe reseñaba que un desconocido había asesinado a cuatro congresistas en el este. Según el artículo, las autoridades, después del revuelo inicial que ocasionó el devastador suceso, estaban intentando dar con el paradero del delincuente.

Mencionaba la noticia que además el asesino debió huir a algún pueblo de la Frontera. Sin embargo, el perpetrador parecía un profesional, pues no había dejado pistas durante los hechos. Así que buscaban lo que el periodista llamaba un “fantasma”. Imposible resolver un caso como aquel, pese a que la recompensa alcanzaba los cien mil dólares.

—Monroe es casi casi el paraíso —mencionó el alcalde—. Desde la muerte de Cassidy poco pasa en este lugar, Arthur. Ojalá y nunca tengamos que lidiar con un asesino como este. Debemos estar alertas.

El sheriff, por su parte, soltó el aire de sus pulmones en un gesto cansado.

—Un poco de orden a los vaqueros no les vendría mal —insistió Arthur

—. Además, recuerde que tenemos a uno de los grandes en los alrededores y eso nos puede traer problemas.

—Si te refieres a Edward King te recuerdo que él tiene a sus hombres para defenderlo. Así que por ahora mantén el control, pero no entres en pánico. Deja que el asunto fluya. En varias semanas no quedara rastro de esos indeseables en el pueblo. Sé lo que te digo, Arthur.

*

*

*

Luke había evitado leer la prensa por temor a que su semblante delatara los detalles del desastre que había ocasionado en el este. Recordó los rostros de cada uno de los cuatro congresistas justo cuando se entregaban a la muerte. El proceso de planificación le había tomado un par de meses. Tiempo en que Drumond, su cómplice y libertador, lo había apoyado con ilimitados recursos.

Luego de perpetrado los asesinatos el vaquero había huido al oeste a través del sendero de Misuri-Montana y luego al centro para despistar cualquier posible rastro. La operación fue limpia, por lo tanto, el caso

quedaría sin resolver y él sería libre para reiniciar una vida junto a Heather, al menos eso esperaba.

Tan pronto dejó el *Paradise Saloon* se apostilló frente a la puerta de la oficina del notario, pero al ver que avanzaba el tiempo y que Cooper no daba señales de aparecer, comenzó a impacientarse. Le parecía raro el estado de abandono del exterior del despacho. ¿Habría vuelto a trabajar su mujer en aquel lugar? Eso esperaba porque pensaba darle la sorpresa esa misma tarde.

—Señor —Luke detuvo a un transeúnte—. ¿Sabe si el notario...?

El hombre soltó una sonrisa burlona.

—¿El notario? Cooper cerró su oficina hace más de un año.

El vaquero lo miró con su ceño fruncido. Aquella sí era una gran sorpresa.

—¿No sabe dónde puedo encontrarlo?

—En la posada de Margot Thompson.

El hombre continuó su camino sin preocupación y Luke regresó su mirada a la entrada del despacho. Jamás hubiese imaginado que su antiguo amigo hubiese dejado de trabajar en lo que era su pasión. Ya habría tiempo para indagar detalles.

Luke se acomodó el bulto de cuero que llevaba en su hombro y se encaminó a la pensión. En un inicio titubeó frente a la entrada del

desvencijado edificio, sorteando sus temores. Sospechaba que, al igual que la noticia de que Cooper ya no tenía su oficina de notaría, otras cosas también habían cambiado por esos lares. Canceló los pensamientos calamitosos que sobrevinieron, aun así, se sentía ansioso.

Cuando entró se topó con una jovencita tras el mostrador.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar?

—Buenos días, ¿se encuentra Margot?

—¿Quién le busca?

—Dígale que Luke Montana ha regresado.

La joven se excusó para buscar a la posadera, ausencia que Luke aprovechó para hurgar en los alrededores. Observó los avisos de recompensas que ocupaban una de las paredes. Exhibían las fotos de algunos delincuentes. Hizo un mohín de disgusto, las cosas no habían cambiado en la Frontera. Las hojas amarillentas mostraban desde jóvenes que habían robado una gallina, hasta al notorio delincuente Henry Boney, líder de una banda de atracadores del ferrocarril interestatal al cual se le conocía como el “bandido del tren”.

—¡Oh, Dios santo! —la exclamación de Margot hizo que el vaquero se girara de inmediato—. Había perdido toda esperanza de que regresaras. —La mujer escrutó el rostro de Luke—. Aún sigues siendo condenadamente apuesto, vaquero, aunque ya no tengas tu barba y tu bigote. ¡No lo puedo

creer! —La posadera se tapó la boca con las manos en un gesto de genuina sorpresa—. Estás aquí, vaquero.

—A mí también me alegra verte, Margot. —Luke la abrazó con cariño rememorando todos los acontecimientos en que su antigua amiga lo había sacado de apuros.

Luke se apartó para dejarse observar.

—¡Qué alegría, hombre!

—¿Qué sabes de Heather? —preguntó de inmediato—. Fui a la oficina de Cooper, pero...

—El notario cerró hace más de un año. La economía del pueblo no está bien y con sus achaques...

—¿Él está bien?

—Sí, un poco más viejo y más cansado.

—Quiero ver a Heather. Alquilaré un caballo para ir hasta La Alamosa.

El ímpetu del vaquero entristeció a la posadera, pues estaba segura de que cuando Luke descubriera la verdad todo aquel despliegue de felicidad se esfumaría. Posó su mano sobre su hombro para apaciguar su alegría.

—Siéntate. —La mujer le extendió un vaso de *whisky* el cual sirvió con ligereza.

—Acabo de tomarme uno —dijo el vaquero a modo de rechazo.

—Lo vas a necesitar —insistió la mujer y le entregó el vaso.

¿Qué sería tan fuerte que tuviera que enfrentarlo con alcohol? pensó Luke.

—Muchas cosas han cambiado por aquí. —Margot hizo una pausa para hilvanar sus ideas—. Heather ya no vive en La Alamosa. Cuando te capturaron, los yanquis confiscaron todo. De lo poco que pudo salvar retuvo tu caballo y parte del dinero que tenías en la caja fuerte de la biblioteca. Luego, cuando Cooper decidió cerrar la oficina, la pobre se vio en dificultades económicas y tuvo que venir a vivir aquí. En los últimos tiempos se dedicó a ser la ama de llave de algunas damas adineradas.

Lamentaba escuchar la confesión de la mujer. Jamás imaginó que Heather hubiese enfrentado tantas penurias económicas.

—Quiero verla —dijo, ansioso—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Luke, te recomiendo que primero te asientes en el pueblo y que...

—Necesito decirle que regresé ¿Dónde está? Imagino que se alegrara cuando me vea.

Margot buscó un pedazo de papel a insistencias del vaquero de que le dijera dónde encontrarla y escribió una dirección.

—Está en la mansión Hamilton al sur del pueblo. Por el camino del río que va hacia Cape Rock.

El vaquero se fijó en la nota.

—Puedes llevarte uno de mis caballos —le dijo Margot—. Pero no pierdas la cabeza, vaquero.

—Sé que me estás ocultando algo.

—No es a mí a quien me corresponde aclararte el asunto. Espero que tengas suerte.

*

*

*

Heather estaba en la biblioteca de la mansión Hamilton leyéndole un cuento a la pequeña Sofia. La niña había estado muy inquieta esa tarde y acababa de pasar un corto berrinche que su madre tuvo que soportar con gallardía. A Heather le estaba costando mucho controlar el carácter desafiante de Sofia, por eso había optado por quitarle privilegios. En esa ocasión se había alarmado cuando vio a la niña tomar un pequeño pedazo de madera y simular que disparaba un arma. A veces pensaba que sería preferible llevar a la niña a vivir al campo, rodeada de un ambiente más pacífico y no criarla en medio de un pueblo tan tóxico como Monroe Park. También se le ocurría la locura de que su hija no podía evitar actuar de esa forma, pues llevaba la sangre de su impetuoso padre, pero no quería pensar de esa manera.

En eso la ama de llave de la mansión tocó la puerta. El rostro desencajado de la mujer bajo el umbral apercibió a Heather de que algo inusual ocurría.

—¿Qué ocurre, Julie? —preguntó Heather.

—Señora, hay un hombre en la puerta procurando por usted.

—¿De quién se trata? —le extrañó la información.

Desde que se mudó a esa casa solo recibía la visita del reverendo Didier Doezi y de su esposa. Además, si se hubiese tratado del religioso, la ama de llave no tuviera esa cara de espanto.

—Me dijo que su nombre era Luke Montana.

De la impresión inicial, al escuchar el nombre del vaquero, se le cayó el libro de las manos. Su corazón inició un latido desbocado que de inmediato hizo eco en sus oídos. Un sudor repentino se apoderó de sus manos.

Imposible que ese hombre estuviera allí. Quizás se trataba de una broma de mal gusto. Mil veces imposible que el vaquero hubiese regresado. Para esa fecha ya lo daba por muerto. Se llevó una mano al pecho para apaciguarse.

De inmediato, tomó a la pequeña Sofia en brazos en un gesto protector, pero con movimientos erráticos producto de sus nervios. En eso, Cathie apareció.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven, ajena a lo acontecido.

—Luke ha regresado —fue lo único que logró pronunciar Heather.

Julie, la vieja ama de llaves, se retiró para dejarlas a sola según fue la petición de Cathie.

—Tienes que enfrentarlo —dijo Cathie cuando cerró la puerta de la habitación.

—Tal vez se trata de una broma de mal gusto. —Heather trataba de convencerse a sí misma mientras miraba por la ventana. Desde allí podía vislumbrar un viejo caballo atado a la vaya frente a la mansión—. Alguien quiere asustarme. Luke está muerto, Cathie.

Heather se giró para enfrentar a su amiga.

—Tú y yo sabemos que nadie escapa a los yanquis.

—Nada es imposible —dijo Cathie—. Además, si es cierto que está en la puerta tienes que bajar para enfrentarlo.

—¿Te has vuelto loca? Sabes que en mi situación eso es imposible. Si ha regresado tienes que decirle que me fui lejos. —Heather caminaba de un lado a otro—. Si ha regresado dile que se vaya, Cathie, por favor. No puedo verlo.

—Exigirá verte. Sabes cómo es.

—En este momento es lo menos que conviene y lo sabes.

Cathie masculló algo ininteligible y se dirigió a la puerta.

—Intentaré convencerlo —dijo la joven al final con gesto resignado—.

Ruega porque todo sea una falsa alarma.

*

*

*

El vaquero contemplaba con detenimiento la exuberancia de la decoración de aquella mansión colonial. Una enorme chimenea al estilo europeo decoraba el centro del salón pintado de blanco. Los muebles importados impartían mayor lujo y un piano de cola al costado le pareció una descarada frivolidad.

Le mordía la curiosidad en calidad de qué estaba su mujer en aquel lugar.

Obvio, no era parte de la servidumbre porque la ama de llave se había referido como a la “señora” cuando se escurrió por la escalera para avisarle sobre su presencia.

En eso apareció Cathie Coleman. Le agradó ver que la chica estuviera más recuperada que la última vez. Parecía muy distinta a la joven desvalida que trabajó en el burdel de Sophie.

—Hola, no esperaba que... —balbuceó la joven para ganar tiempo.

—Lo sé, Cathie —dijo Luke a la vez que se quitaba el sombrero—. Nadie esperaba que regresara. —Le estrechó la mano con cortesía—. Creo que ni yo mismo me lo esperaba.

La chica se mantuvo en silencio buscando una respuesta adecuada para

convencer al vaquero de que regresara por donde mismo había llegado, pero los nervios traicionaban su mente. De pronto las ideas no le fluían como quería

—Heather está indispuesta —fue lo mejor que se le ocurrió.

Luke hizo una mueca. Cuatro años de tortura y a su mujer se le ocurría recibirlo indispuesta, pensó.

—¿Está enferma? —Temió que en realidad la aquejara algún padecimiento.

—No... So... Solo le duele la cabeza. Estos días ha llovido tanto que tal vez ha pescado un resfriado.

Cathie sonrió como una tonta.

—Dile que no me iré sin verla.

—Lo siento, Luke, no accederá a verte. Ya sabes lo terca que es.

Claro que el vaquero sabía lo terca y necia que se tornaba a veces.

—Entonces, acamparé aquí. —Se acomodó en el sofá con las manos detrás de la cabeza en una actitud de total descaro—. Dile que tengo todo el tiempo del mundo para esperar a que se le pase ese oportuno dolor de cabeza.

No me iré sin verla.

—No puedes estar aquí —insistió Cathie—. No es conveniente. —La joven miraba en dirección del pasillo como si temiera que alguien fuera a

aparecer de improvisto.

—Por cierto, ¿qué hacen ambas en esta casa?

—No estoy autorizada a decirte.

El vaquero sonrió sin mostrar su dentadura, se incorporó y se puso de nuevo el sombrero.

—Dile a Heather que la estaré esperando en la posada de Margot esta noche y que si no se presenta haré el reencuentro a mi manera.

—Luke... —rogó Cathie.

—Te agradezco que le des el recado. Ojalá y se le pase pronto el dolor de cabeza.

Salió de la mansión, se montó en el viejo caballo de la posadera y cabalgó perdiéndose en el camino.

Capítulo Cuatro

“Llegaste tarde”

Cooper no podía creer que la figura que tenía frente a sí fuera la de Luke Montana. ¿Cómo el vaquero logró salir bien librado del dominio de los yanquis? ¿Acaso se había escapado? Después de ese encuentro inicial el notario permitió que Luke entrara en la diminuta habitación que le rentaba a Margot en el segundo piso de la pensión.

—Sé que no esperaba verme de nuevo —dijo Luke a la vez que extendía

su mano para saludar a su antiguo amigo.

El notario aprovechó para abrazarlo. Con los años le había tomado gran afecto al vaquero, tanto que había arriesgado en varias ocasiones su título como notario y su buen nombre por ayudarlo.

—Te ves muy bien Luke —le dijo Cooper al contemplarlo con expresión nostálgica.

—Usted también se ve muy bien, Cooper.

—No sé si lo sabes, pero mientes fatal, vaquero —dijo el notario con una sonrisa—. Ya estoy senil.

Cooper se apoyaba de un bastón con una empuñadura de bronce que exhibía la cabeza de un león. Su inseparable sombrero de copa mediana reposaba sobre una desvencijada mesa cerca de la cama. El aposento del notario lo ocupaban pocos objetos, ninguno de gran valor.

—No creo que esté senil —dijo el vaquero rememorando las charlas que había tenido con Cooper sobre temas de política y ciencias modernas. Luke consideraba que el notario era un hombre muy adelantado a sus tiempos.

Con mucha dificultad Cooper consiguió acomodarse en la vieja mecedora, cerca de la única ventana que permitía circular aire en el interior de la habitación.

—No hay hueso que no me duela.

—Es el frío —dijo Luke para animarlo—. Dicen que este será uno de los peores inviernos de la Frontera.

—Es la vejez.

En realidad, Cooper se proyectaba fatigado, como si ya no tuviera la energía para seguir su vida.

—¿Y cómo lograste escapar de los yanquis? —preguntó el notario.

—Un coronel del ejército buscaba venganza y me dio la oportunidad de libertad si le ayudaba. Se trata del hermano de mi amigo Jamie.

Cooper frunció el ceño y entornó los ojos. Conocía muy bien la procedencia de Jamie Ledoux y qué había significado en la vida de Luke esa gran amistad.

—¿Eres el fantasma, entonces? —preguntó Cooper de forma titubeante.

Luke guardó silencio.

—Tienes una legión tras de ti, vaquero.

—No dejé huellas.

—No hay crimen perfecto, Luke. Además, han contratado a Pinkerton.

Sabemos lo eficiente que son.

—Drumond se encargó de que todo se hiciera de manera limpia.

—Siempre vas a tener que huir.

—Esta vez será diferente.

—Eso espero, muchacho.

—Después que cumplí con lo que me pidió, enterré un cuerpo con el nombre de Jimmy Fitzgerald, así que ya puedo vivir bajo la identidad de Luke Montana sin peligro de ser apresado de nuevo.

—Me alegro. —Cooper sonrió—. Creo que siempre te gustó ser más un vaquero que un doctor.

—Ser vaquero me ofrece libertad. —Luke guardó silencio—. Acabo de ir a ver a Heather, pero no quiso recibirme. Pensé que se alegraría con mi regreso.

—Y no dudo que se alegrara, pero debe estar impresionada. Ya nadie te esperaba por este pueblo. Ni yo mismo.

—Veo que todo el mundo me oculta cosas. Tal vez usted me puede aclarar algunas cosas, como por ejemplo ¿qué hace en la mansión Hamilton?

—Son asuntos que solo ella puede decirte.

Luke chascó la lengua.

—Estoy a punto de perder la paciencia.

—Sabemos que no eres la paciencia personificada, Luke, pero esta vez tendrás que esperar una oportunidad para que hablen.

—La cité esta noche en la posada.

—En su situación será difícil que pueda acudir al encuentro.

—¿Qué situación?

—Trata de calmarte, hijo. Será lo mejor. De seguro ella te explicará en su momento.

El vaquero no insistió. Estaba convencido de que le tocaría esperar para que Heather le aclarara todo y dejara atrás la intriga que lo angustiaba.

*

*

*

Heather maldijo la existencia de Luke Montana al menos una media docena de veces antes de acudir a su encuentro. Durante el camino caviló sobre lo que le diría cuando se reencontraran. Temió mucho la reacción del vaquero, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarlo. Era preferible dar ese paso cuanto antes.

Tuvo que valerse de varios subterfugios para no delatar ese clandestino encuentro en la noche y poder escapar de la mansión Hamilton sin levantar sospechas. Agradeció que a su llegada Margot no estuviera esperándola en la recepción para interpellarla.

La nueva encargada de la limpieza le indicó que el vaquero la esperaba en la misma habitación que había desocupado hacía solo dos meses. Heather subió las escaleras con pasos irresolutos. De aquel encuentro dependía el

resto de su vida, pues si Luke se encaprichaba podría destruir todo. Además, ese reencuentro amenazaba todas las fortalezas que había construido durante esos cuatro años. ¿Qué haría cuando lo tuviera en frente? ¿Le reclamaría su abandono? Su nueva posición no le permitía rebajarse a tanto.

Antes de tocar la puerta se detuvo para ralentizar su agitada respiración.

Una indescriptible emoción recorría su cuerpo, lo peor era que se alojaba en su entrepierna. Tendría que ser fuerte si quería salir bien librada de ese encuentro.

Tocó con un movimiento titubeante. De inmediato, la intimidante figura del vaquero se hizo patente. Ambos se escudriñaron en silencio, observándose como si se tratara de dos extraños. La distancia de esos pasados cuatro años parecía haber abierto un abismo insalvable. Pese a que a Heather se le antojó arrojarle en sus brazos, desde su nueva realidad era imposible.

—Buenas noches —dijo Luke con su voz cavernosa—. Adelante.

Hizo un ademán para que Heather entrara en la habitación, aunque en realidad lo que deseaba era abrazarla y hacerla suya sin excusas y ni dilaciones. Después habría tiempo para conversar.

—Buenas noches —contestó ella con voz insegura.

Los nervios de Heather estaban jugándole en su contra y las palabras comenzaban a atorrársele en la garganta. Lo encontró muy distinto. Había

perdido peso, su rostro se veía más aguilucho de lo que recordaba. Sin su largo cabello y su barba parecía otro hombre, pero seguía siendo increíblemente atractivo.

—¿Por qué no quisiste atenderme esta tarde cuando fui a la mansión Hamilton? —reclamó él—. Pensé que mi regreso te alegraría.

—Me alegra saber que estás bien, Luke.

—¡Vaya manera de demostrarlo! Eres toda emoción, Heather.

Ella se giró para mirar por la ventana, de esa forma evitaba que sus emociones la delataran. La noche caía inmisericorde sobre las calles del pueblo y ya los ciudadanos comenzaban a alinearse camino a sus casas, aunque quedaban los vaqueros que caminaban como figuras errantes entre un bar y otro.

—La verdad es que no te esperaba —admitió ella.

Luke sonrió con ironía.

—Pues yo no hice otra cosa durante todos estos años que no fuera desear reencontrarme contigo, Heather.

—Hacía tiempo que me había resignado.

—Resignación. No me gusta esa palabra. ¿Te diste por vencida, entonces?

—No podía esperarte toda la vida. Fuiste tú quien me dijo que siguiera

adelante.

—Pero estoy aquí y quiero que retomemos nuestro matrimonio.

Ahora era a ella quien se le escapaba una risa irónica al girarse para enfrentarlo.

—Muy tarde. Cuando te apresaron me empeñé en esperarte. Hice todo cuanto estuvo a mi alcance por retener tus pertenencias, aún después de ese recado tan absurdo que me enviaste con el notario. Pero la miseria era tanta que tuve que venderlo todo y venir a esta pensión a vivir.

—¿Y Sombra? —Luke preguntó por su caballo.

—Tuve que venderlo.

Luke soltó un suspiro. Entre las posesiones que le hubiese gustado recuperar Sombra tenía prioridad. Sabía que no encontraría un caballo tan astuto y fiel.

—No tienes idea de lo que tuve que soportar, Luke. Al año, Cooper me anunció que invalidaron nuestro matrimonio.

—¡No es posible! —El vaquero estaba sorprendido ante aquella insólita noticia.

—Luke Montana no existía. El mismo Cooper me hizo saber que fue una identidad falsa que te había creado. Le tocó a él revelarme detalles de tu vida como tahúr en la ribera del Mississippi y como médico durante la guerra,

incluyendo tu viudez.

—Heather...

La mujer lo miró con sus ojos llenos de lágrimas.

—Llegaste tarde, Luke. Demasiado tarde. Hace dos meses contraí matrimonio con un hombre maravilloso y soy muy feliz a su lado.

La confesión de Heather provocó que una repentina ira lo dominara.

Escucharla hablar de aquella manera lo estaba destruyendo. Recordó las veces que, molido a palos, en aquella maloliente celda, se aferraba a la posibilidad de un reencuentro con ella. La imaginaba desnuda, anhelante de sus caricias, saciada como tantas veces la había disfrutado. Ahora era otro quien se encargaba de esas caricias, de llenarla por completo. Sintió celos, rabia, frustración.

—¡No es cierto! —gritó el vaquero con ira.

—Sí, Luke. Soy la esposa de Edward King.

El vaquero la miró con desprecio, reparando en su fino ropaje y sus nuevas joyas.

—Te ha comprado. —Luke caminó a su alrededor con el rostro asqueado

—. Sí, eso es. Tus finas alhajas, tus ropas de encaje y tu fastuoso maquillaje... claro, debe haberte colmado de buenos perfumes. Cosas muy apreciadas para una mujer.

—No voy a permitir tus insultos —le reclamó ella con furia—. Cree lo que desees.

Heather caminó a la puerta, pero antes de lograr salir sintió que la poderosa mano del vaquero se cernía sobre su brazo. Aquel toque fue como un rayo que la consumía.

—¿Lo amas? —la enfrentó iracundo.

—Eso no es de tu incumbencia, Luke —lo afrontó pese a que los labios le temblaban.

—Claro que es de mi incumbencia. ¿Por qué te casaste?

—No voy a discutir mis razones contigo.

—No lo amas. —Luke había acercado su boca a pocos centímetros de la de Heather—. Estás temblando como la primera vez que te besé en esta misma habitación.

¿Por qué tenía que recordarle eso?, pensó ella.

—Fue aquí mismo que te hice mi mujer. ¿Ya te olvidaste como tiritabas de deseo? —Para ese momento sus cuerpos se habían juntado—. Lo mucho que disfrutábamos al amarnos. ¿Lo has olvidado?

—Sí —dijo con la poca voz que le quedaba.

—Sigues fingiendo muy mal, Heather, y voy a demostrártelo.

La tomó de las muñecas en un gesto posesivo y la atrapó contra la pared

para retenerla. Luke no apartó su mirada, luego se fijó en su boca, en su delicado cuello, para culminar su escrutinio en el nacimiento de sus pechos, ahora más abultados.

—Mueres porque te bese.

—Soy una mujer casada.

—¿Crees que eres la primera mujer casada a la que seduzco? —le dijo al oído provocando que se estremeciera.

—Eres un descarado.

—Me excita saber que te vuelves fuego bajo mi cercanía y apenas te he tocado. ¿Te hace sentir esto el tal Edward King?

No le diría que Edward era tan tierno como remilgoso en la intimidad y que nunca había logrado alcanzar el placer en las pocas veces que habían intimado. Era un tremendo esposo, pero muy delicado con el asunto del sexo. No perdía su glamur de barón en la cama. Muy diferente al ardiente Luke Montana, que entre más lujurioso fuera el acto, mayor su disfrute.

El vaquero se negó a besarla, pese a que se acercó a centímetros de su boca. Sonrió de forma mordaz y luego lamió con su cálida lengua la comisura del labio inferior de Heather, quien muerta de deseo fingía indiferencia.

Quería tentarla, llevarla hasta las puertas del infierno. Pasó de allí hasta la mejilla y luego al sedoso cuello.

Los gemidos escapaban de la boca de la mujer de forma involuntaria.

—No he estado con una mujer desde el día en que me apresaron —dijo él con su voz aterciopelada—. Carezco de voluntad para evitar estar dentro de ti.

—Por favor, te ruego que no me pongas en esta situación.

Era mentira lo que acababa de decir. Rogaba porque el vaquero no parara hasta desgarrar su vestido y poseerla, pero la poca lucidez que le quedaba la obligaba a pensar que lo que estaba ocurriendo era pecado, le debía lealtad a su marido. Luke le tomó la mano para que palpara su evidente excitación.

—Edward no merece esto —farfulló ella.

—Yo tampoco merezco privarme de ti, Heather. He sido terriblemente infeliz todos estos años. Tu cuerpo será mi redención.

La habilidad del vaquero era tan tremenda que sin gran esfuerzo logró colarse bajo sus enaguas para palpar su entrepierna húmeda y latente. Heather no pudo evitar sentir la tremenda lujuria que le provocaban sus caricias.

—Luke, por favor...

—Si me sigues suplicando de esa forma no podré resistirme. Quiero darte placer.

Y como buen testarudo se salió con la suya. Heather lo observó arrodillarse frente a ella para brindarle placer con la boca, oculto bajo la

amplia falda de su vestido. De pronto las rodillas de ella se aflojaron y luego de ese primer corrientazo sintió que una pasión indescriptible la recorría por entera borrando cualquier resquicio de pudor y odio. Había olvidado lo divino que era aquel hombre al cual amaba con todo su corazón.

Luke no se amilanó y repitió la hazaña con esmero, pero justo cuando iba a quitarse el cinturón para poseerla dos rudos golpes en la puerta los espabilaron. El vaquero le tapó la boca para que se mantuviera en silencio.

—¿Quién? —preguntó Luke, advirtiendo el peligro.

—Margot.

Heather abrió los ojos como platos mientras se arreglaba las enaguas y el vestido. Al ver el rostro desencajado de la posadera al abrir la puerta, Luke supuso que algo grave estaba sucediendo.

—Edward está en la recepción procurando por Heather —dijo la posadera.

Luke se acarició la nuca.

—No puede saber que estuve aquí —dijo Heather con pánico a la vez que tomaba su bolso.

—Le dije que estabas dialogando con Cooper, así que ven conmigo —

Margot la tomó de la mano.

Ambas se percataron de que Luke empuñó el revolver que reposaba sobre

la cómoda.

—Tú te quedas aquí, vaquero —le dijo Margot cuando colocó su mano sobre el pecho masculino para detenerlo—. No necesitamos problemas.

—Tal vez sea hora de aclararle algunos puntos al tal Edward King —bufó Luke.

Heather se giró para enfrentarlo.

—Por el amor que me tuviste, Luke...

—Y te tengo.

—Por favor —suplicó Heather.

—O bajamos ahora o levantaremos sospecha —indicó Margot—. Ya habrá tiempo para arreglar los asuntos, vaquero. Este es un mal momento y pondrás a Heather en aprietos.

Luke acomodó el arma en su cinto sin dejar de mirar a Heather.

—Voy a robarte.

—Luke, por favor —volvió a suplicar Heather.

—Vamos, querida —le dijo Margot guiándola hasta la escalera.

El vaquero observó cómo una Heather resignada descendía escoltada por la posadera y se juró que nada ni nadie lo apartaría de ella.

*

*

*

El rostro aciago de su marido cuando lo vio al descender la escalera la convenció de que Edward no era fácil de engañar. En los dos meses que llevaba casada con ese hombre había descubierto aspectos de su carácter que la desconcertaban, como la insistencia de que no saliera sola a la calle al menos que uno de sus hombres la acompañara. Heather sospechaba que el hombre no confiaba del todo en ella.

Incluso, en una ocasión Edward había tratado de interrogar a Cathie para obtener información acerca del pasado de Heather, asunto que la astuta joven había despachado de forma magistral, pero que había creado ronchas en la relación de ambos. Tanto, que una noche Edward le pidió a Heather que Cathie se fuera de la casa. Sin embargo, el rey del ganado no pudo salirse con la suya, pues Heather amenazó con dejar la casa en caso de que Cathie no pudiera vivir entre ellos.

—Querida, estaba muy preocupado por ti. —Edward le besó la mejilla—.

¿Cuántas veces te he dicho que no debes salir de la casa sin seguridad?

—Vine a ver al notario —dijo Heather mientras dejaba que su marido la abrazara por la cintura—. Últimamente no ha estado bien de salud.

Edward la miró fijamente como quien busca el resultado de la mentira.

—Te ves pálida. —Le tomó las manos—. Estás helada. Será mejor que

regresemos a la casa.

Margot contemplaba la escena en silencio rogando en su mente que a Luke Montana no se le ocurriera bajar para hacer reclamos. Escoltó al matrimonio hasta la entrada de la posada con una sonrisa fingida, pues intentaba apaciguar sus propios nervios. De vez en cuando miraba en dirección de la escalera para asegurarse de que el vaquero no incumpliera.

—Muchas gracias, señora Thompson—le dijo Edward a la posadera después de besar su mano con galantería.

—A su orden, señor King.

Heather abordó el carruaje en silencio, resignada, sin saber que el vaquero observaba la escena desde la ventana de su habitación. Edward King ocupó un lugar a su lado en el interior del carruaje y antes de marcharse le dio un ligero beso en los labios. Gesto que a Luke Montana no le agradó, tanto que deseó romper su voto de no hacerle daño al rey del ganado, pero al final desistió.

—Algún día me gustaría que me dijeras toda la verdad—le dijo Edward a su mujer logrando inquietarla.

—Nunca te he mentado.

—Eso espero, querida.—El hombre dio un golpecito contra la madera del carronato para que el chofer arrancara—. Eso espero.

*

*

*

La vieja cabaña, ubicada en el valle que rodeaba la empinada montaña Hoback, resultó estar más destartada de lo que Luke Montana recordaba. La última vez que estuvo en ese lugar, hacía más de cuatro años, no recordaba tanta miseria. La imagen que tenía ante sí le dejaba ver que su hombre de confianza había confrontado demasiadas privaciones económicas. Se desmontó del jamelgo que le había prestado Margot y ató la brida a un viejo palenque cerca de la casona. Se sacudió el polvo que se había acumulado en su ropa durante la travesía y gritó el nombre de su amigo con insistencia. Al salir, Roig Buchanan no pudo creer que aquella figura larguirucha fuera la de su amigo Luke Montana. Le tomó unos segundos reconocerlo, pero tan pronto se convenció de que se trataba del vaquero saltó del balcón para abrazarlo.

—¿Eres tú, Luke? —preguntó Roig mientras se apartaba para mirarlo—.

Te hacía muerto.

—Estuve muerto en vida durante estos cuatro años.

—¿Y cómo lograste librarte de los yanquis? —Roig le palmeó el hombro con cariño.

—Una historia larga, pero lo importante es que ya soy un hombre libre.

Otro día te lo cuento con detalles, cuando nos tomemos un buen *whisky*.

Ambos se encaminaron al interior de la cabaña. La oscuridad del lugar era casi total y la pobreza era patente en las condiciones deplorables del interior.

—Siento recibirte en estas condiciones —lamentó Roig—. Pero últimamente no me ha ido muy bien.

—No te preocupes, Roig. Para mí es suficiente reencontrarte.

—¿Y cuándo llegaste?

—Ayer.

—Me alegra mucho que hayas vuelto, hombre.

—Yo estaría igual de alegre sino no me hubiese encontrado con la sorpresa de que Heather se ha casado.

Roig guardó silencio, le entregó una taza de café y se acomodó en una vieja butaca al lado del vaquero.

—Anoche nos reencontramos en la posada y me lo dijo —lamentó Luke—. Luego su marido fue a buscarla. Quise enfrentarlo, pero entre ella y Margot me convencieron de que lo mejor era evitar problemas.

—Pues ambas tienen razón. Edward King es un hombre muy poderoso, Luke. Dicen que es dueño de una cuarta parte de Texas.

Luke entornó los ojos.

—¿Y cómo Heather acabó con un hombre así?

Roig guardó silencio de nuevo.

—¿Cómo lo conoció? —insistió el vaquero—. Heather no frecuenta ese tipo de círculos ganaderos.

—Las malas lenguas dicen que se debió a que Emile de Tours suscitó el encuentro.

—¡Maldito enano! —Luke chascó la lengua—. Le cobraré una a una las que me debe.

—Heather ha pasado por problemas económicos desde que te capturaron. En este último tiempo los trabajos le habían escaseado y en medio de su desespero el enano le pidió que trabajara en su salón.

—¿En calidad de qué?

El silencio de su amigo le bastó a Luke para saber la treta en que el enano había involucrado a Heather.

—Se convirtió en la amante de Edward King —dijo Roig al final.

Una repentina furia se apoderó de Luke, tanto que cerró los puños para contenerse.

—No la juzgues. Fue la mejor oportunidad que tuvo. De inmediato el hombre la convirtió en su esposa.

—Sería incapaz de juzgarla, pero me sentiría increíblemente feliz si

podiera acabar con Emile de Tours con mis propias manos. Ese mal nacido se aprovechó de ella.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —le preguntó Roig.

—Robármela. Huiremos a México.

—Luke...

—No me importa nada. Solo quiero ser feliz con ella.

—Debes pensar en la seguridad de Sofía —mencionó Roig de forma casual, sin ser consciente de su indiscreción.

—¿Sofía? ¿A quién te refieres?

Su amigo guardó silencio. Hasta ahora se daba cuenta de que el vaquero no sabía de la existencia de la niña. Quiso remediar su imprudencia, pero ya era tarde.

—¿Quién demonios es Sofía, Roig? —El vaquero se tornó demandante.

—Le corresponde a Heather decirte. No a mí.

Luke tomó a su amigo por las solapas de su chaqueta para que lo mirara a la cara.

—Nunca hubo secretos entre nosotros. Eres mi hombre de confianza, Roig. Espero que me digas la verdad.

—No quiero traicionar a Heather.

—Prefieres entonces traicionarme a mí.

—Luke, entiéndeme.

—¿Quién demonios es Sofía? ¿Y qué tiene que ver con Heather y conmigo? ¡Dime! Si no iré a la mansión Hamilton ahora mismo para que ella misma me diga la verdad.

—La pondrás en evidencia con su marido.

Luke se dirigió a la puerta de la cabaña decidido a marcharse.

—Edward King dejará de ser un problema —dijo el vaquero.

—Sofía... Es tu hija, Luke —dijo Roig desatando un pronunciado silencio—. Cuando te capturaron ya Heather estaba de encargo.

El vaquero se detuvo bajo el umbral de la puerta para asimilar la noticia.

Esta vez el silencio se alargó un poco más.

—No entiendo cómo Heather pudo ocultarme algo así durante nuestro encuentro anoche —lamentó Luke.

—Tal vez buscaba proteger a la niña.

—¿De mí? —Luke se giró para observar a su amigo—. Jamás le haría daño a mi propia hija.

—Lo sé, pero Heather siempre ha buscado protegerla.

—¿Casándose con ese hombre?

—Edward King le da la seguridad que necesita. Han sido años muy

complicados para ella. Ante tu ausencia siempre existía el temor de que Richard Perkins reapareciera para vengarse.

Luke colocó su mano sobre el hombro de su amigo.

—Gracias por cuidarlas, Roig.

—Te lo prometí.

—¿Qué sabes del tal Edward King? —preguntó Luke.

—No es un tipo para subestimar. Tiene mucho dinero e influencias.

Tengo una oferta de su parte para escoltarlos hasta Texas. Se van la semana que viene. King está reclutando hombres para reforzar la seguridad.

—Quiero que me incluyas en ese viaje.

—Luke...

—Tengo que velar por el bienestar de mi hija y de Heather. Necesito que me ayudes.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, pero no será fácil convencer al hombre para que te incluya en su escolta.

—Quiero reunirme con él.

—Luke...

—Tranquilo, la existencia de mi hija cambia cualquier plan.

Luke caminó hacia el exterior, pero antes de abordar el caballo se giró.

—¿Dónde está Sombra? —procuraba por su caballo.

Roig hizo una mueca.

—Lo retuve por un tiempo, pero Heather tuvo que venderlo al no poder cuidarlo como era debido.

—¿Quién lo tiene?

—Hace unos meses que un cuatrero de Knoxville se lo robó del rancho Miller.

El vaquero hizo una mueca de claro disgusto.

—Tenemos que rescatarlo a como dé lugar.

—William Bush es muy peligroso, Luke.

—¿Cuándo nos hemos amilanado frente a los hombres peligrosos, Roig?

Olvidas nuestra hazaña con los comanches.

—Te recuerdo que por poco nos cuesta la vida.

—Te recuerdo nuestra promesa de morir en una cama cálida. Prepárate que hoy mismo partimos para Knoxville.

*

*

*

—Es como si la tierra se lo hubiese tragado —le decía Heather a Cathie. Ambas estaban en la habitación de Sofía.

La niña jugaba distraída en la bañera mientras su madre intentaba lavarle

el largo cabello. Cathie, por su parte, trataba de ordenar las muñecas de trapo que la niña había dejado al descuido.

—Yo intenté obtener información con Margot, pero la mujer, aparte de sorprendida, se mostró desinformada. No sabe el paradero del vaquero.

—Tal vez Luke se dio cuenta de que era imposible lo que pretendía — dijo Heather—, y se dio por vencido.

Cathie dejó escapar una risita burlona.

—Ese hombre está loco por ti. Si fuera tú no estaría tan tranquila. Tal vez anda planificando cómo robarte.

—Con los hombres de Edward custodiando la casa, lo dudo.

—Luke es ingenioso. El hombre tiene maña. Se le escapó a los yanquis. Después de un corto silencio Cathie insistió en torturar a Heather.

—¿Estás segura de que no me mentiste sobre tu encuentro con él?

—Te he dicho mil veces que no nos acostamos.

—Disculpa, Heather. —Cathie se dirigió a la puerta para dejar la habitación—. Con razón tu mal humor.

Heather le tiró con un paño que tenía cerca, pero Cathie logró escurrirse antes.

Entonces, la mujer se mantuvo allí contemplando a su hija y meditando.

¿Y si era cierto eso de que Luke solo buscaba ganar tiempo para reaparecer y salirse con la suya?

Capítulo Cinco

Al rescate de Sombra

Knoxville resultó una ciudad vibrante y en extremo poblada, tal y como Luke la recordaba. Al cruzar la calle principal le sorprendió lo enorme y sofisticada que ahora se presentaba desde su entrada. Tras un corto recorrido se encontró con el atestado andén del tren interestatal que atravesaba el pueblo. La imagen de decenas de pasajeros se le antojó abrumadora. Un sinnúmero de oficiales se aseguraba de que los pasajeros abordaran el tranvía de manera ordenada, pero era difícil ante los reclamos de algunos.

En los alrededores varias personas aprovechaban para mendigar unas cuantas monedas y algunas prostitutas mostraban sus atributos frente al rostro atónito de las mujeres de familia. Uno que otro mormón, con su notable ropaje negro y sus sombreros de copa, hacía un llamado desesperado sobre el fin de la humanidad por culpa del pecado.

Antes de entrar en la agitada urbe, Luke había planificado junto a Roig el rescate de su caballo Sombra. Según las confidencias un despiadado cuatrero de la región mantenía al animal en muy malas condiciones. El vaquero tenía dos alternativas en mente: comprar el caballo a un precio justo o robárselo.

Lo primero era dar con el tal William Bush.

Después de preguntar en el primer *saloon*, Luke se dirigió a la guarida del delincuente, situada a varias millas del pueblo en una meseta desértica en medio de la nada. Al vaquero le pareció ideal para un ladrón de poca monta un escondite tan apartado. Era una misión arriesgada, mucho más aún cuando William Bush contaba con varios hombres muy bien armados y tenía una fama de asesino, respaldada por veinte años de delincuencia y pillaje, según como le habían advertido en el pueblo. Así que el tipo no dudaría en asesinarlos si bajaban la guardia.

A distancia, con la ayuda de unos binoculares, Luke pudo distinguir su caballo en campo abierto, solo sujeto con una soga a una vieja estaca. Le entristeció ver a Sombra bajo el candente sol, sediento y muy bajo de peso. Maldijo en su mente, pero esa escena lo convenció de que bien merecía el esfuerzo.

Cuando estuvieron frente a la puerta de la cabaña de William Bush se toparon con un hombre envejecido y ebrio que salió a enfrentarlos dando trompicones. Al vaquero le extrañó encontrarlo en aquel estado de ebriedad y de forma tan vulnerable. ¿Dónde estaban los secuaces de Bush?

—¿Qué diablos hacen aquí? —preguntó el anciano sosteniendo un vaso de *whisky* en una mano y un rifle Henry en la otra—. Y díganme, ¿por qué

debo perdonarles la vida?

—Me interesa comprar tu caballo —dijo Luke.

El anciano resopló.

—¿Cuál de tantos? Tengo varios.

—Sombra —dijo Luke.

—No se vende. Es mi preferido.

Luke no entendía cómo si era su preferido lo tenía en tan malas condiciones.

—Ese caballo me pertenece —dijo Luke sin apenas abrir la boca.

—Sombra llegó a mi vida por los azares del destino —dijo el cuatrero un poco melodramático—. Alguien se lo vendió a un hombre rico que se encaprichó con su pelaje y su crin. Luego, cuando el hombre se cansó, me lo vendió.

El vaquero sonrió. Solo William Bush se creía aquella mentira.

—¿Por qué no admites que te lo robaste del rancho Miller? —preguntó

Luke con la sagacidad que lo caracterizaba.

El anciano soltó una carcajada que dejó ver su dentadura podrida.

—Soy un hombre honesto.

—Tengo dinero para adquirir el caballo, William. No deseo problemas, solo vine por él.

—Te dije que es mi preferido y no lo vendo.

William Bush bajó los dos peldaños de la escalera de su casa para acercarse a Luke y a Roig de forma amenazante. El vaquero esperaba que los secuaces del cuatrero aparecieran de un momento a otro.

—Pero tengo otros caballos —dijo el anciano arrastrando la lengua—.

¿Cómo dijiste que te llamabas?

—No te he dicho mi nombre, pero para satisfacer tu curiosidad, mi nombre es Luke Montana.

El anciano observó al vaquero, boquiabierto, y retrocedió varios pasos a la vez que ponía en descanso el rifle. Había adoptado una actitud de temor que sorprendió a Luke.

—Se dice que hace unos años fuiste un gran pistolero aquí en la Frontera

—comentó William—. Te daban por muerto a manos de los yanquis.

—Puras leyendas —dijo Luke.

—¿Tú fuiste quien acabó con la carrera de Richard Perkins?

Luke se mantuvo en silencio.

—De Perkins se dice que quedó inválido después de enfrentarse contigo en Monroe Park —añadió William—. Tuvieron que cortarle una pierna.

Dicen que está en California y que quedó en muy mal estado.

—Se merecía el infierno —masculló el vaquero.

Hubo un silencio durante el cual los hombres se tantearon.

—Puedes llevarte el caballo —dijo el viejo al final—. Lo menos que deseo es tener problemas con un tipo como tú. Estoy demasiado viejo para estar bajo el asedio de un pistolero con tu fama.

—Una decisión inteligente, William —dijo Luke con una amplia sonrisa.

Luke silbó con fuerza y Sombra relinchó con impaciencia.

—¡Sombra! —gritó Luke.

En eso el animal comenzó a relinchar para manifestar su alegría. Luke le acarició la nariz cuando se le acercó y le dijo al oído:

—Nos vamos a casa, amigo.

El vaquero tomó la jácquima que le extendió William para atar a Sombra.

Se despidió del cuatrero con un ademán y caminó junto a Roig hasta donde estaban los otros jamelgos.

De inmediato salieron en dirección al pueblo. Esa noche disfrutarían del *whisky*, las mesas de juegos y de alguna chica bonita de Knoxville para celebrar que, después de todo, el rescate de Sombra resultó mejor de lo que esperaban. Lo que no sospecharon fue que el pasado evento levantaría fuego en la ciudad.

*

*

*

A esa hora de la noche la mansión Hamilton se mantenía en relativa calma. El comedor que ocupaba Heather junto a su marido parecía más un mausoleo que un lugar en donde se degustaban los alimentos. La mujer intentaba ocultar su preocupación, pero el rey del ganado era demasiado sagaz para no intuir que le pasaba algo.

Durante la cena habían conversado sobre la política en general y sobre la última nevada acontecida hacia unas semanas. Al menos hacía dos días que el frío invierno se había aplacado para darle paso a un clima más templado.

—Estás muy callada, querida —le dijo Edward King mientras se servía un trozo de pan—. Pareces distante.

—Estoy un poco cansada.

—Hace días que te noto preocupada. —El hombre estiró la mano para acariciar el brazo de su esposa—. No quiero que te angusties por nada, cariño. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Heather le lanzó una sonrisa forzada y negó con la cabeza. Su palpitante angustia derivaba de la incertidumbre ante la ausencia de Luke. Hacían dos días que el hombre había desaparecido.

—Ya has hecho suficiente, Edward. Estoy preocupada por la tía Annie.

Hace un par de semanas que no llegan mensajes desde Abilene.

—Verás que se sigue recuperando. Pronto sabrás de ella. Además, debes estar contenta, en una semana estaremos de camino a nuestro verdadero hogar. Allá estarás mucho más tranquila —comentó Edward—. Te encantará El Alcántaras.

Edward le había descrito el imponente rancho varias veces, así que Heather podía imaginar la gran mole de ladrillos que suponía la estructura, las seis habitaciones, la biblioteca, la enorme cocina y los baños de lujo, pero no se podía figurar vivir en aquel castillo, menos ahora que sabía que Luke había regresado.

Si al final dejaban Monroe Park antes de que el vaquero actuara sabía que no tendría oportunidad alguna con Luke, pues según Edward, ese rancho era una fortaleza infranqueable.

—Estoy segura de que es hermoso. —Volvió a sonreír de forma forzada.

—Viviremos tranquilos y la pequeña Sofia recibirá la mejor educación, así como los hijos que tengamos.

¿Hijos? Aquella aseveración logró que Heather se inquietara. Lo menos que necesitaba era un hijo de Edward. Eso complicaría más su incierto futuro.

—¿Vamos a la cama? —le preguntó Ernest con una cálida sonrisa cuando finalizaron la cena.

Heather se dejó guiar por las escaleras que conducían hasta el segundo

piso de la mansión. Cuando dejaron el pasillo entraron a la habitación en silencio. El rey del ganado no perdió tiempo para abrazar a su esposa por la espalda y besarla en el cuello. Con ese gesto buscaba tentarla, pero ella se mostraba fría, distante.

—Me siento cansada, Edward.

—Tranquila, cariño.

El hombre la guio hasta la orilla de la cama, le dio un tierno beso en los labios y le acarició los risos que escapaban de su moño.

—Dormiré en la otra habitación para que puedas descansar —dijo él—.

Buenas noches, querida.

Le besó la frente y se encaminó a la puerta, resignado. Heather se quedó allí, en medio de la habitación, con mil temores batallando en la cabeza. La situación se estaba volviendo insostenible. ¿Hasta cuándo Edward se mostraría tan comprensivo y cariñoso? Por su experiencia con Richard Perkins sabía que los hombres no solían ser tan tolerantes con el asunto del sexo. En algún momento aquel distinguido caballero reclamaría sus derechos conyugales de nuevo y cuando eso pasara Heather se moriría de dolor porque ahora se sentía más cerca de Luke Montana que nunca.

Abrió el último cajón de la cómoda para encontrarse con una frazada en cuyo interior había una camisa desgastada. La tomó en sus manos y la acunó

en su pecho para aspirar su olor. Regresó a la cama y se quedó dormida con la pieza entre sus brazos, disfrutando el olor tan conocido de su vaquero.

*

*

*

El garito que escogieron para celebrar resultó un lugar amplio y algo lujoso. Las mesas de juego estaban en la parte de atrás del salón. Luke sospechaba que estaban dispuestas de esa manera para tener mayor control. Allí convergían desde barones del ganado, personalidades, hombres ricos, hasta peligrosos cuatros. La experiencia le dejaba saber que aquel lugar era un hervidero de problemas. Bastaba que un necio vaquero hiciera trampa sobre el tapete verde para que se dispararan las dificultades.

Por eso se mantuvo a raya observando desde una mesa lo que acontecía a su alrededor. Roig estaba junto a él disfrutando de una cerveza.

Al lado oeste del salón un grupo de músicos ponía el ritmo para que varias parejas disfrutaran al son del violín y la armónica. En eso una chica del *alterne* se le acercó al vaquero. Su cabello cobrizo le hizo recordar a Heather.

—Hola, ¿te diviertes? —le preguntó, coqueta.

—Por supuesto.

—Pues pienso que te mueres de aburrimiento.

Luke le lanzó una media sonrisa y acarició el vaso de cerveza.

—Para mí una buena cerveza y un cigarro son suficiente diversión.

—¿Estás seguro?

La chica se acercó despacio para refugiarse en el regazo del vaquero.

—¿No quieres bailar?

—Soy pésimo bailando.

—No creo. Dicen que según te muevas en el baile se puede determinar cuan bueno eres en la cama.

Luke volvió a sonreír.

—Teorías sin fundamentos.

—Entonces, eres bueno en la cama.

—No suelo evaluarme. Dejo que las mujeres lo hagan.

La chica se aventuró a tocarle la entrepierna.

—Al menos estás bien dotado.

El vaquero le retiró la mano con una sonrisa mordaz en su rostro.

—¿Quieres subir?

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no.

—Eres tan guapo que lo haría por placer —dijo la chica muy cerca de su oído.

Luke le dio un sorbo a su cerveza para aplacar la tentación.

—Perderías la oportunidad de ganar dinero, preciosa.

—Pero estoy segura de que obtendría mucho placer.

El hombre titubeó. Cuatro años sin el calor de una mujer eran demasiado, pero quería que esa primera vez fuera con Heather. No quería otro cuerpo, pese a que ella ahora estaba casada.

—Lo siento —dijo Luke.

—¿No te gustan las mujeres? ¿Es eso?

—Me gusta una mujer. Solo una y solo con ella estaría en un colchón.

—Estás enamorado, entonces.

Luke asintió.

—Mucho —admitió el vaquero—. Es mi vida.

—Una mujer afortunada. Algo no muy común en la Frontera.

La chica abandonó el regazo del vaquero con frustración.

—Que tengas suerte con tu amada.

—Gracias.

Luke observó que la chica dejó la mesa con un contoneo de caderas que tentaría hasta a un monje. Resopló para calmar su libido y se tomó el resto de su cerveza de un solo sorbo.

—Venciste la tentación —dijo Roig.

—Fue difícil. Tú deberías aprovechar. Estás soltero.

—Estoy igual que tú.

—¿Como yo?

—Sí, enamorado como un imbécil.

—¿Y quién es la afortunada?

—La amiguita de tu amada, pero no me hace caso. Piensa que soy un mentiroso y un mujeriego.

—Esa fama te la ganaste a pulso.

—He dejado a todas las mujeres. No puedo estar con ninguna, pero ella tampoco quiere...

—Quiere matrimonio antes que cama. Estás en problemas, amigo.

En eso, tres hombres irrumpieron en el bar. Por su porte colérico el vaquero supo que no venían tan solo a disfrutar del *whisky* y del baile. Se acercaron a la barra sin dejar de observar a Roig y a Luke con sus rostros desafiantes.

—Estamos buscando a un par de imbéciles que se robaron el mejor caballo de William Bush —mencionó el más robusto del trío cuando se acomodó en uno de los taburetes. Simulaba hablar con el hombre que atendía la barra, pero en realidad quería llamar la atención de Luke y Roig.

—No quiero problemas en el local —dijo el dependiente.

Por su parte, Luke aspiró su cigarro y culminó el resto de su bebida. Le

hizo señas a Roig para abandonar el lugar, pero cuando se disponían a cruzar las puertas batientes se desató el caos.

Tras la batalla con los hombres, uno de ellos resultó herido, el salón destrozado y Luke y Roig apresados.

*

*

*

—Jamás imaginé que te reencontraría en unas circunstancias como estas, vaquero.

La voz entre la penumbra le pareció familiar, pero desde su celda era imposible descifrar la identidad del interlocutor.

De inmediato, la figura de Jake Cassidy apareció. El joven e insulso Cassidy, hijo de John, había cambiado bastante. Aquellos cuatro años parecían haberle impartido madurez. El vaquero dio dos pasos hacia atrás. Entendía que Jake se cobraría su antigua rivalidad. En cambio, Roig se mantenía en silencio, sentado a un costado de la diminuta celda.

—Tú siempre tienes problemas con la justicia, vaquero —dijo Jake, sonriendo.

—Es que hay muchas injusticias en este mundo.

—¿Tú hablando de injusticias? —Jake encendió un cigarro—. ¿No se

suponía que los yanquis te hubiesen colgado por asesino?

—Todo se debió a una confusión. Las injusticias de la vida —dijo Luke con tono irónico.

—Entonces, ¿regresaste a Monroe Park?

Luke asintió.

—Tarde —Jake soltó una risa burlona—. Tu mujer se casó con otro.

—Lo importante era que no se casara con un imbécil como tú, Jake.

El sheriff dejó ver su ira cuando golpeó los barrotes de una patada.

—Me encargaré de que te pudras en la cárcel del estado, Montana —dijo el sheriff con ira.

—Sabes que no tienen nada. Reclamé mi caballo y...

—Dejaste una secuela de daños en el salón. Además, uno de los hombres está mal herido. Si muere...

—En el infierno no admiten a nadie más. —Luke se recostó de la pared de la celda con despreocupación—. Se salvará. Solo fue un rasguño en su hombro.

—Casi olvido que sabes de esas cosas —dijo Jake—. Eres médico, ¿no?

El vaquero sonrió con sorna.

—Hagas lo que hagas, Jake, no podrás evitar que en la madrugada estemos libres y lo sabes.

—Eso lo veremos, vaquero.

Pero tal y como lo había vaticinado Luke, en la mañana fueron puestos en libertad porque el hombre no había muerto. El vaquero pagó los daños del salón, se tocó la punta de su sombrero para saludar a Jake antes de dejar la cárcel, se montó en su caballo y siguió tras de Roig. Una vez más la suerte parecía sonreírle. ¿Pero hasta cuándo?

Capítulo Seis

“Eres mía”

Luke regresó a Monroe Park el domingo a mediodía. Una oportunidad que le pareció perfecta, pues se apostó a las afueras del rústico templo que dirigía el reverendo francés Didier Doezi para espiar a Heather. Sabía de su devoción por visitar la iglesia los domingos. Le pareció una eternidad observar la comitiva de mujeres encopetadas abandonar el templo del brazo de sus maridos, con sus rostros orgullosos, cargados de soberbia. No se detenían frente a los pobres que se arremolinaban frente al templo, construido en madera y tronco, para pedir limosnas.

Minutos después vio a Heather salir escoltada por el rey del ganado. Hizo un mohín de disgusto cuando vio que el hombre la tomaba por el brazo para dirigirla hacia uno de los carruajes. Tras ellos, Cathie Coleman sostenía la mano de una pequeña niña de rizos dorados que no paraba de decir adiós con

su manita.

Una emoción, hasta ese momento no experimentada, acogió al vaquero cuando la pequeña giró su rostro hacia él y levantó su mano para decirle adiós. Se topó con que la niña tenía el mismo tono gris de sus ojos y que la forma de su rostro era muy parecida a él. No cabía duda esa pequeña era su hija, tal y como se lo hizo saber Roig. Quiso dejar el lomo de su caballo para caminar hasta donde ella y tomarla en sus brazos, pero sabía que tamaña imprudencia podría acarrear nefastas consecuencias, así que no tuvo otra opción que contenerse.

En cambio, se quedó allí hasta ver cómo la familia abordaba un carruaje de lujo. Antes de marcharse, Cathie lo descubrió entre el gentío, subió a la niña con rapidez en el carromato y se acomodó a su lado con su rostro lleno de angustia.

El vaquero desistió de su acoso, giró las riendas de su caballo y se dirigió a la posada.

*

*

*

—¿Estás segura, Cathie? —Heather insistía mientras daba vueltas de un lado a otro en el interior de la habitación de Sofía.

Hacía media hora que habían regresado a la mansión Hamilton. Con astucia se habían escapado de la hora de la merienda pautada por Edward. El hombre, inmerso en sus lecturas, no se había percatado de la angustia de ambas mujeres.

—Claro que estoy segura de que era él. Sabe que Sofía es su hija, Heather.

—¡Es imposible!

—Eres tan ingenua —bufó Cathie mientras miraba por una de las ventanas con afán, como queriendo asegurarse de que Luke Montana no estuviera en los alrededores—. Sofía parece esculpida a imagen de su padre. Sus ojos son idénticos. Y Luke Montana lo menos que tiene es un pelo de zopenco. Además, ¿hasta cuándo crees que puedes ocultarle esa verdad?

—Esto no puede ser. Luke es capaz... —Heather se sentó en la orilla de la cama para solventar su inquietud.

—De cualquier cosa —culminó Cathie cuando abandonó su puesto en la ventana para acariciar la cabeza de Sofía, quien estaba en el suelo jugando con sus muñecas de trapo.

—Edward no lo permitirá —aseguró Heather.

—Pues ve preparándote para el funeral de cualquiera de los dos.

—¡Cathie!

—No esperes de mí una mentira. —La joven se incorporó—. Esos hombres se enfrentarán por ti y esta vez no será como cuando Richard. Uno de ellos dos parará en la tumba.

La sola mención de su ex marido la alteró. Esa era otra pieza flotante dentro de ese rompecabezas. Por muy tranquilo que se hubiese mostrado Richard después del incidente en el bar de Eladio Valverde, Heather sospechaba que en algún momento reaparecería en busca de venganza. Esa fue una de las razones que ejerció peso a la hora de casarse con Edward King, puesto que sabía que, fuera de Luke Montana, el rey del ganado era el único que podía protegerla a ella y a su hija de las garras de Perkins.

—Necesito hablar con Luke —dijo Heather.

—¿Para qué?

—Quiero saber qué planifica.

—Es muy arriesgado. ¿Con qué excusa irás a verle? La última vez me contaste que por poco Edward te descubre. Tu marido tampoco es idiota. En algún momento sospechará por tus constantes visitas a la posada. Además, sabes que en Monroe Park no faltan los chismosos.

—Le diré a Edward que quiero ir a visitar a Margot esta tarde. Sabe que estamos trabajando con el asunto de los arreglos en la iglesia.

—Te enviará acompañada con dos de sus matones.

—Los hombres permanecerán fuera de la posada.

—Te estás arriesgando mucho, Heather —sentenció Cathie.

—No tengo de otra. Tal vez aplaque a Luke y lo haga desistir de cualquier plan.

—O tal vez logres que ponga en marcha sus planes esta misma noche.

—¿Por qué siempre tienes esos pensamientos tan funestos?

—Tal vez porque soy realista.

Heather observó a su pequeña, una vez más arriesgaría todo por su bienestar.

*

*

*

Heather aceptó la butaca que Margot le ofreció para que aguardara hasta la llegada de Luke en la recepción de la posada cuando fue al lugar esa misma tarde. Al final Edward había aceptado que su mujer fuera a reunirse con la posadera siempre y cuando dos de sus hombres la acompañaran.

“Querida, hay muchos peligros en el pueblo. Me quedaré más tranquilos si Reynolds te asigna a dos hombres que te acompañen”, le había dicho él después de disfrutar de un almuerzo ligero en la terraza de la mansión.

Ella, por su parte, sospechaba que la escolta asignada era la grave señal

de que su marido no confiaba del todo. No tuvo más remedio que conformarse con la presencia del dúo quienes quisieron acompañarla al interior.

—Pueden esperar aquí afuera —dijo ella al dejar el interior del carruaje.

—Reynolds nos pidió que no la perdiéramos de vista, señora —dijo uno de los hombres refiriéndose al jefe de seguridad de Edward.

—La posada es muy segura —dijo Heather—. Además, los asuntos que trataré con la señora Thompson serán confidenciales.

Finalmente, los hombres tuvieron que acatar sus deseos y esperar en el exterior del edificio.

—El regreso de Luke debe tenerte muy emocionada —comentó Margot cuando la recibió en la recepción y la invitó al té—. Sé cuánto lo querías.

—Más bien me tiene angustiada —admitió Heather mientras esperaba que la bebida se enfriara—. Hubiese sido preferible que no regresara.

—Eso quieres hacerme creer, pero sé lo mucho que significó para ti.

—Ahora estoy casada.

—Pero aún se te caen las enaguas por el vaquero. Conmigo no tienes que fingir, Heather. —Margot mostró un claro gesto de incredulidad en su rostro

—. ¿Sabes? —La mujer se acomodó en la butaca—. Un divorcio oportuno puede arreglarlo todo.

—Sería un escándalo. Una mujer divorciada...

—No serías la primera ni vas a ser la última.

—Además, Edward no se merece...

—Luke tampoco se merece vivir sin ti y sin su hija.

—No sabe que Sofía...

—Tampoco tardará en deducirlo. Son como dos gotas de agua. ¿Piensas que los chismosos del pueblo le ocultarán esa verdad? Parece que no conoces a Monroe Park.

La posadera soltó una risita irónica.

—Si he venido es para convencerlo de que desista de cualquier plan — dijo Heather después del primer sorbo de té—. ¿Sabe si tardara?

En ese momento, la figura de dos metros del vaquero atravesó la puerta.

Su rostro hosco convenció a Heather de que el hombre estaba poseído por una ira visceral que pronto descargaría contra su persona. No le dirigió la mirada ni por un instante.

—Qué bueno que has regresado temprano, Luke —saludó Margot para alivianar el momento—. Tienes visita.

El hombre se quitó el sombrero y se dirigió hasta un rincón donde estaba dispuesta una jarra de agua. Después de tomar dos vasos corridos, le hizo un ademán a Heather para que lo siguiera.

—Margot, no quiero interrupciones. Así se desate una guerra. —Se giró hacia Heather y le dijo—: Tú, sígueme.

Ella no tuvo otro remedio que tomar su bolso y acompañarlo escalera arriba. Tan pronto entraron en la habitación, el vaquero cerró la puerta con llave, se quitó el sombrero y dejó el cinto con el revólver sobre la cómoda.

—¿Cuándo pensabas decirme de la existencia de mi hija? —la enfrentó de forma directa sin darle tiempo a Heather a pensar en una respuesta oportuna.

La ira desatada a través de los ojos del hombre le provocó un inmenso temor.

—¿Cuándo?! —gritó Luke—. ¡Dime!

—Yo... Sofía... es muy pequeña para entender ciertas cosas.

—No me trates como a un tarado, Heather. No te llevarás a mi hija cuando te vayas con tu marido.

—Luke...

—Sofía se quedará en Monroe Park.

—¡No puedes hacerme esto!

—Tengo todo el derecho. ¡Es mi hija! Iré a un juez de paz con dos testigos y demostraré que es mi hija.

—Edward está tramitando su adopción.

La confesión de Heather lo tomó por sorpresa, por eso, preso de la cólera,

la tomó del cuello. La empujó hasta la pared para apretar un poco más.

—Me haces daño, Luke. —A Heather le costaba respirar.

—El mismo que me estás haciendo tú al privarme de mi hija.

—Luke, por favor.

El vaquero no pretendía hacerle daño, pero el dolor y la desesperación que sentía era inmenso. Relajó su mano, pero no la liberó.

—Me alojé en el infierno durante cuatro malditos años, Heather —dijo él sin apenas abrir la boca—. Y con gran sacrificio obtuve mi libertad para reencontrarme contigo. Ni te imaginas las cosas que tuve que soportar en ese maldito calabozo y cuanto pagué por mi libertad.

—Luke... —suplicó ella.

—Quiero que escuches bien. En estos cuarenta y ocho meses no tuve vida. —El vaquero estaba a centímetros del rostro de Heather sin darle tregua a su rabia—. Luego tuve que asechar, perseguir y asesinar para lograr que un hombre, cegado de venganza, me ayudara a liberarme de Jimmy Fitzgerald.

Hice todo lo que humanamente podía por recuperarte. Y ahora que te encuentro, que sé de la existencia de mi hija, veo que no estás dispuesta a luchar por lo nuestro.

Al fin Heather logró liberarse. Corrió al lado opuesto de la habitación para poner distancia.

—¡Yo también sacrifiqué muchas cosas! —gritó Heather, irascible—. Por años viví en la peor miseria. ¿Sabes cómo conocí a Edward? Una noche en que Emile de Tours me ofreció prostituirme.

Aquella nefasta confesión hizo que Luke se girara de prisa para mirarla a la cara con estupefacción.

—¿Qué dices? ¡Maldito enano! ¡Lo mataré!

—Sofía ardía en fiebre en esta misma cama y yo no tenía para pagar por sus remedios, aunque el boticario había sido muy generoso. Entonces, Emile me ofreció que trabajara en su salón con los clientes más selectos. Con suerte de que en esa primera noche mi cliente fue Edward.

—¿Te acostaste con él por dinero? —preguntó el vaquero con cierta repugnancia en su tono.

—Fue un caballero y no quiso. De ahí obtuve su ayuda y protección. Por eso, cuando me ofreció matrimonio no pude negarme. Me sentía protegida y eso era suficiente para mantener a salvo a Sofía.

Luke apretó los puños.

—Así que el noble barón se aprovechó de la mujer en desventaja. ¡Vaya qué clase de caballero!

—Siempre ha sido muy gentil, muy diferente a ti.

El vaquero no pudo soportar la comparación, por eso se acercó a Heather

en dos zancadas para retenerla por las muñecas.

—Nunca fingí ser un caballero. Te lo dejé claro desde nuestro primer encuentro. Tampoco te escuché quejarte. Creí que te gustaba por lo irreverente que soy.

—Luke, por favor, deja Monroe Park. No intentes nada, por el bien de Sofia.

—No utilices a la niña. Mejor que nadie sabes que ahora tengo un motivo mayor para insistir.

—Por una vez en tu vida deja de ser tan terco.

—¡Cierto! Debo ser un caballero. —Luke le mordió el borde de su corsé con la intención de desgarrarlo—. Un hombre considerado. —Le mordisqueó el nacimiento de los pechos—. Aburrido e insípido. ¿Eso deseas, querida? ¿Qué no diga palabrotas mientras tenemos sexo? ¿Qué hagamos el amor en el colchón en la típica posición? Tú helada, tesa, muerta y yo callado, tragándome el deseo enorme de devorar tu cuerpo.

Para ese momento el vaquero le sujetaba las muñecas a la altura de la cabeza con una sola mano mientras que con la otra le quitaba las enaguas.

—¿Es así como te gusta ahora? —le decía él a la vez que le lamía los labios tentándola—. Te has vuelto muy aburrida, Heather.

Se acercó a su oído y le mordisqueó el lóbulo logrando arrancarle

deliciosos gemidos.

—¿Quieres que te suelte? Dilo y lo haré.

—Luke...

—Dime, ¿quieres que te suelte? ¿O deseas que te posea? Sabes que no seré un caballero.

—Por favor, Luke.

—Así te quiero, suplicante, temblorosa y febril, deseosa porque te devore.

Él la liberó de repente y Heather se sintió como un náufrago en medio de un bravío mar.

—Abre los ojos —le exigió él—. Quiero que me digas si me quieres dentro de ti.

Heather tardó un poco en asimilar la situación, pero después de unos segundos asintió con la cabeza. Sus ojos asustados y su cuerpo tembloroso eran la respuesta que el vaquero necesitaba.

La desvistió con suma parsimonia, como si quisiera conservar la imagen de su hermoso cuerpo en su mente y de una vez torturarla. De vez en cuando la acariciaba despacio logrando que desfalleciera bajo su toque preciso y certero. Otras veces eran sus labios los que se convertían en un delirante tormento. Cuando estuvo totalmente desnuda ante él, Luke se alejó para admirarla.

—Estás más hermosa que nunca. Más redonda y deseable.

Heather aprovechó para ayudarlo a desabotonarse la camisa con los dedos temblorosos. El martirio se extendió cuando el vaquero luchó por deshacerse de sus botas. Al finalizar, el hombre se irguió frente a Heather, quien luchaba para no desviar su mirada hacia su potente excitación.

—Tócame —le suplicó él. Necesitaba sentir sus caricias en su miembro latente y viril—. No sabes cuánto lo he deseado.

La mujer fue generosa en sus caricias y él a su vez agradecido.

—No puedo contenerme, cariño —admitió Luke—. Cuatro años sin tu calor...

—Luke, te necesito.

El vaquero la subió sobre la cómoda para poseerla. Fue delicioso sentir que con cada embestida a la mujer se le escapaba un gemido que el hombre buscaba apaciguar con sus besos.

—Eres mía, Heather Harrison. —Luke la observó con su mirada oscura y lujuriosa—. No te atrevas a entregarte nunca más a tu marido porque sería capaz de matarlo.

—Luke...

—Eres mía. Solo mía. Sofía y tú son mi mayor tesoro y lucharé hasta que seamos felices.

La promesa del vaquero la llenó de gran emoción, pero tan pronto pasó la borrachera de pasión, Heather se dio cuenta de que lo que pretendía el vaquero era imposible. Cabía una gran posibilidad de que Edward King se convirtiera en el nuevo verdugo de ambos.

Capítulo Siete

“Solo muerto renunciaría a ustedes”

Luke Montana atravesó la puerta principal del salón de juego de Emile de Tours. Al verlo, el enano se mantuvo tieso, pues sabía muy bien que el vaquero venía para reclamarle. Luke oteó los alrededores para confirmar que los pocos hombres que se encontraban allí no fueran rivales cuando ajustara cuentas con el hombrecillo.

Sin ponderarlo demasiado el vaquero lo tomó por las solapas de su traje. —¡Qué bueno... que hayas regresado... Luke! —dijo Emile con voz entrecortada, manifestando de esa forma su miedo—. Sabes que eres... más que bienvenido en mi... salón.

Luke rechistó ante el intento de adulación de Emile.

Los jugadores que los rodeaban dejaron de lado las partidas para observar la escena. Para ese momento el enano apenas podía poner la punta de los pies en el suelo.

—¡Canalla! —le gritó Luke y le colocó el revólver en la sien derecha sin

vacilar.

—Vamos a... hablar, Luke, por favor —suplicó el hombrecillo muerto de miedo—. No te precipites. Todo tiene una explicación. Te prometo que después de una conversación entenderás mis motivos.

El vaquero lo soltó y el enano trastabilló hasta alcanzar el equilibrio.

Ambos hombres caminaron por un pasillo hasta una reducida habitación que servía de oficina. Un espacio dispuesto para los negocios turbios de Emile.

—¿Quieres tomarte algo? —el hombrecillo buscaba suavizar el momento.

El vaquero negó con la cabeza y se mantuvo de pie frente al lujoso escritorio.

—Puedes guardar tu arma, Luke. No quiero que ninguno de los dos salga herido.

—Solo saldrá uno muerto y ese serás tú, maldito enano —dijo el vaquero sin apenas abrir la boca.

—Necesito que te calmes.

—¡Prostituiste a mi mujer! ¿Cómo quieres que me calme?

—Las cosas necesariamente no fueron así. Te lo juro. Aprecio mucho a miss Harrison.

Emile se sentó tras el escritorio después de beberse un vaso de aguardiente de un solo sorbo. Limpió el sudor de su frente con un pañuelo e

intentó calmar su miedo.

—Verás, Heather pasaba por un momento difícil y solo le propuse una alternativa.

—¿Venderla como a una ramera? —Luke golpeó con un puño sobre el escritorio, impulso que llenó de pánico a Emile.

—La presenté con un caballero.

—Un tipo que también se aprovechó de su situación.

—Si te consuela, no se acostaron hasta estar casados.

Luke le lanzó una mirada airada.

—¿Y debo agradecerte por esa unión?

—Existía la posibilidad de que Richard Perkins...

—No metas a ese bastardo en esto, Emile. Tu y yo sabemos cuál fue su destino.

—De Knoxville han llegado rumores de que se asoció con Henry Boney, uno de los delincuentes más peligrosos de la Frontera. Creo que planifica un ataque contra Heather. Era mejor que estuviera bajo el amparo de un hombre poderoso. —Emile hizo una pausa—. Además... no había posibilidad alguna de que regresaras.

—Solo muerto no hubiese vuelto por ella.

—Es que... pensábamos que estabas muerto. Hasta ella así lo creía. Lo

que hice fue ayudarla. Créeme, por favor.

—Nunca haces nada que no sea para tu beneficio, enano maldito. ¿Cuánto te pagó el tal King?

—Lo hice pensando en Sofía.

La sola mención de su hija provocó que Luke martillara el arma y le apuntara. Acabaría con Emile de Tours por el bien de la humanidad.

—¿Cuánto te pagó ese bastardo? —insistió Luke.

—Eso... no es lo importante.

—¡Dime cuánto!

—Cien dólares.

Luke acercó el arma a la cabeza del hombrecillo.

—Si me matas volverás a la cárcel y Heather se irá con Edward King muy lejos de aquí.

Esa aseveración logró que el vaquero reflexionara, guardó el revólver e intentó apaciguar su ira.

—Tengo entendido que Roig quiere incluirte entre los hombres que acompañarán a Edward a su rancho en Texas. Podría ayudarte con él para que te ganes su confianza, Luke.

—No necesito que intervengas.

—Se ve que no lo conoces. Si Edward tiene todo cuanto posee no es

precisamente por ser una buena persona. Debes tener cuidado. Si sospecha de ti no dudará en matarte.

—Pierde cuidado, antes lo enviaré al infierno.

Luke caminó hacia la puerta, pero antes de dejar el aposento se giró hacia el enano.

—Te he perdonado la vida, pero si se te ocurre intervenir de nuevo, no tendré piedad alguna. Quedas advertido, Emile. Te quiero fuera de nuestras vidas para siempre.

El vaquero tiró la puerta a su salida para patentizar su furia. No sospechó que esa flaqueza que acababa de cometer traería consecuencias en el futuro. Se arrepentiría de su decisión de dejar con vida al enano.

*

*

*

Edward King se acomodó en la butaca tras su escritorio. Esa mañana estaba a punto de conocer a uno de los mejores pistoleros de la Frontera. Según Roig Buchanan, Luke Montana era experto en el uso del revólver y el rifle. De lo poco que había logrado informarse acerca de ese enigmático hombre parecía que hacía poco había retornado al pueblo después de varios años de ausencia.

Edward necesitaba reunir a los mejores hombres antes de emprender el largo viaje que lo llevaría de regreso a su rancho El Alcántara en Texas, pues solo allí se sentiría seguro de Heather.

Hacía días que la mujer se había vuelto algo distante. Sin embargo, sus actividades diarias no le hacían levantar sospechas. Salía poco y sus visitas más notables eran a la posada para saludar a su antigua amiga, Margot Thompson. Algo le sucedía a su mujer, puesto que las dos últimas noches había rehuído a sus encuentros íntimos aduciendo cansancio. Esperaba que, al igual que su difunta esposa, Amelia, Heather no enfermara.

—Señor, Luke Montana acaba de llegar —le anunció una de las empleadas de servicio.

—Hazlo pasar.

El vaquero resultó ser un hombre de figura imponente y mirada intimidante. Ni tan siquiera cuando estrechó su mano lo vio relajarse y mucho menos sonreír. Lo invitó a tomar asiento y vio cómo el hombre dejó caer su morrocotudo cuerpo en la butaca.

—Soy un hombre que valora mucho el tiempo —mencionó el rey del ganado—. Por eso no me andaré con rodeos. Verá, en unos días planifico emprender un viaje con mi familia hasta mi rancho en Texas. Sin embargo, sabemos de los peligros que existen en el camino, por eso he decidido

reclutar a los mejores hombres para que me sirvan de escolta. No quiero arriesgar a mi mujer y a mi hija.

Ese último comentario descolocó a Luke, pero el vaquero intentó mostrarse con parquedad.

—Roig Buchanan me ha recomendado sus servicios. Dice que es uno de los mejores pistoleros.

«Pronto podrás comprobarlo cuando ponga una bala entre tus ojos, infeliz», pensó Luke.

—¿Quiere un asesino o un escolta?

—Ambas cosas, Montana. Necesito hombres que no le tiemble el pulso a la hora de defender a mi familia.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Lo que me pida. No escatimaré en el bienestar de mi esposa y de nuestra hija. Son mi única familia. Acabamos de casarnos y, aunque la niña no es mi hija de sangre, pronto tendrá mi apellido.

Luke cerró los puños.

—Acá entre nos, me conviene que mi esposa deje este pueblo cuanto antes —caviló Edward—. Le trae recuerdos muy desagradables. Hace unos días anda muy irritada. Ya sabe que cuando las mujeres están coléricas no desean ni que las toquen. —El Rey del ganado sonrió de forma pueril—.

Creo que es momento de cambiar de aires.

El vaquero sabía muy bien a qué se debía la irritabilidad de Heather, pero le agradaba saber que su estado de ánimo mantenía al tal Edward King a raya.

—Quiero cuatro mil dólares por la travesía, cuatro caballos y los gastos de posada cuando lleguemos a alguna ciudad —exigió Luke, aunque para él no se trataba de un asunto de dinero. Lo que buscaba era no levantar sospechas frente a Edward.

—Cuenta con ello, Montana.

—Otra cosa... —El vaquero hizo una pausa—. Aceptaré el trabajo si solo recibo órdenes tuyas.

—De eso se encargará mi jefe de seguridad.

—Pues creo que no soy el hombre que busca.

Luke se levantó para marcharse.

—Montana...

—Si le interesa mi servicio tendrá que confiar totalmente en mí. En caso de que no le interese, le deseo muy buena suerte.

Se giró sobre los talones, pero antes de abrir la puerta para ganar acceso al pasillo Edward lo detuvo al decirle:

—Acepto todas sus condiciones. Solo recibiré órdenes de mi parte.

Luke lo observó en silencio.

—Si me contrata seré yo quien vele por la seguridad personal de su familia —añadió el vaquero. Lo que buscaba era tener el control total del bienestar de Heather y de la niña.

—Espero que no esté cometiendo una imprudencia de la que me lamente

—dijo Edward—. Confiaré la seguridad de mi familia en sus manos, señor Montana.

—Cuidaré de ellas con mi vida. Tiene mi palabra.

La idea era llevarlas a Texas y de allí sería mucho más fácil huir a México, si todo salía según lo previsto.

*

*

*

El pastor Didier Doezis estaba en la iglesia reparando un viejo órgano que le había donado el Consejo de Damas Respetables de Monroe Park. El anterior era tan antiguo que la polilla terminó por destruirlo. En eso, sintió unos pasos a sus espaldas y cuando se giró se encontró con Luke Montana.

—Bienvenido a la casa del Señor —le dijo Didier con la voz pacífica que le caracterizaba.

De inmediato se acercó para abrazar al vaquero.

—Me habían dicho que habías regresado, pero tenía que verlo con mis

ojos.

—Aquí estoy —dijo Luke.

—Es una gran alegría que estés de vuelta.

Luke contempló el interior del modesto templo.

—Veo que han mejorado mucho las cosas por aquí —mencionó el vaquero.

—La gente ha sido muy generosa.

—¿Y su esposa, reverendo?

—Está muy bien. Ahora dirige la escuela y anda muy ocupada. Pero imagino que no pasabas por aquí solo para saludarme.

Luke tomó asiento en el primer banco.

—Si dos personas se casan por la iglesia y luego pasa algún imprevisto ¿eso invalida el matrimonio? —preguntó el vaquero después de un pronunciado silencio.

—¿Algún imprevisto, Luke? ¿Puedes ser más específico?

—Usted nos casó a Heather y a mí por todas las de la ley ¿cierto?

—Por supuesto y por todas la de la iglesia también —el reverendo soltó una corta carcajada.

—Entonces, ¿cómo pudo casarse con otro si era mi esposa?

Didier se acomodó al lado del vaquero.

—Después de que te apresaron llegó la invalidación del matrimonio porque Heather se había casado con un hombre que no existía.

Luke sacó un papel de su bolsillo, lo desdobló y se lo mostró al pastor. La cara de Didier se transformó en sorpresa a medida que lo iba leyendo

—Yo soy Luke Montana. Este certificado lo reconoce.

—Pero... —titubeó Didier—. ¿De dónde has sacado esto?

—El notario lo conservaba con la esperanza de mi regreso.

Didier no dejaba de escudriñar el papel.

—Quiere decir que Heather y yo seguimos casados —comentó Luke.

—Creo que deberías considerar esa aseveración. Si se descubre que Heather se casó con Edward King estando casada contigo podría enfrentar problemas con la justicia.

—Solo quiero saber si el matrimonio continúa válido.

—Según este papel sí —dijo Didier.

Luke sonrió victorioso al saber que Heather Harrison le pertenecía.

Sacaría al tal Edward King del medio a como diera lugar.

El vaquero se incorporó para caminar fuera de la iglesia, pero antes de dejar el templo se giró para preguntar:

—Si mato a un hombre, ¿cree que Dios me absuelva, reverendo?

—Sabes que no. Uno de los mandamientos...

—No se preocupe. —Luke le sonrió.

—Piensa bien lo que vas a hacer. Imagino que no querrás que te apresen de nuevo.

—Por supuesto que no.

Cuando el vaquero salió, el pastor Doezi se arrodilló de inmediato para levantar una súplica por el alma atormentada de es hombre.

*

*

*

Esa noche, después de cenar con la familia Stevenson, Heather y su marido se sentaron en la biblioteca de la mansión Hamilton a charlar. Ella leía mientras Edward fumaba y releía el periódico.

—Estoy dándole los toques finales a nuestro viaje, cariño —dijo Edward con la esperanza de que esa noticia agradara a su mujer.

Heather dejó el libro que leía en una mesilla cercana para prestarle toda la atención a su marido.

—Precisamente hoy contraté a un hombre para la seguridad. Se encargará directamente de ti y de Sofía.

—¿Y Reynolds? ¿No me habías dicho que era tu mejor hombre y el de mayor confianza?

—Quiero alguien ágil y joven —dijo Edward y se acercó al escritorio para servirse un trago—. Para esta travesía necesito a los más aptos.

—Pobre, ha sido tu hombre de confianza por años.

—Y lo sigue siendo, pero no puede compararse con la sagacidad de Luke Montana.

Heather sintió que el mundo comenzaba a girar a su alrededor sin poder detenerlo.

—Es un poco engreído —comentó Edward—, pero según Roig Buchanan es el mejor pistolero de la Frontera. Prometió llevarnos hasta el rancho bajo su seguridad.

—Edward...

Su marido se le acercó. Al verla palidecer se mostró preocupado. Le acarició las manos.

—Cariño, estás helada.

—No puedes contratar a ese hombre.

—¿Y eso por qué?

—Es muy peligroso.

—Emile me advirtió que no es un monje. Piensa igual que tú, que es muy peligroso, pero creo que es lo que necesitamos cuando atravesemos el territorio indio.

—Edward, escúchame...

—Heather, he sido sumamente complaciente contigo, cariño, pero en esto no voy a transigir. Quiero al mejor hombre para que vele por nuestra seguridad y estoy convencido de que Montana lo es.

Ella sospechaba que el vaquero solo buscaba una oportunidad durante la travesía para deshacerse de Edward. No era esa la manera en que quería lograr su libertad.

—Estaba pensando en que sería conveniente quedarnos en Monroe Park por una temporada más prolongada —dijo Heather al rato. Buscaba persuadir a su marido de otra forma—. No he logrado saber nada de mi tía y no me gustaría perder su rastro.

—Tengo un negocio que atender en Texas —se quejó el rey del ganado restándole importancia a los deseos de su mujer—. Dejaré a Emile de Tours a cargo de ese asunto. Él nos mantendrá al tanto.

—No me parece la persona idónea, Edward.

—Últimamente lo que haces es contradecirme.

—Al principio insistías en que dejara saber mi opinión.

Edward suspiró cansado y se le acercó para acariciarle el rostro con afecto.

—Querida, me gustaría que entendieras que estos casi cuatro meses de

ausencia han hecho mella en la operación de mi rancho. No puedo esperar un mes más, Heather. Además, Catherine, mi hermana, me espera con ansias. La pobre se siente abrumada con tanta soledad. Me lo dejó saber en su último telegrama.

Heather hizo un mohín de disgusto. Nada convencería a su marido para quedarse un tiempo más en el pueblo. Cerró los ojos para calmar su ansiedad.

Era inútil intentar salvar a Edward de su propia equivocación

—Vamos a la cama, cariño —dijo el rey del ganado y extendió su mano a modo de invitación—. Quiero hacerte el amor.

Heather se dejó llevar sin ánimos.

—Esta noche no, Edward. Tengo mi período.

Era la más infame mentira, pero Heather no soportaría que su marido le pusiera las manos encima. Desde que había intimado con Luke, solo pensar en la posibilidad de tener sexo con Edward le parecía la cosa más absurda.

Nunca más toleraría sus caricias ni sus besos. Su situación era en extremo difícil, pues sabía que la paciencia del hombre desaparecería con el tiempo.

*

*

*

Al día siguiente Heather encontró una excusa para dirigirse al pueblo.

Según le dijo a su marido, tenía que procurar un mensaje de su tía Annie Stewart. Los hombres que la escoltaron esa mañana la esperaron en la puerta de la oficina del telégrafo a petición suya.

—Señora... —dijo uno de los hombres.

—Necesito atender este asunto de forma privada —dijo ella.

Milton Doval, el antiguo amigo de Heather, se alegró al verla entrar de la mano de Sofia. La niña corrió hasta donde el hombre, quien la cargó en sus brazos cuando dejó su escritorio para entregarle una flor de papel.

—Gracias —dijo Sofia con su carita iluminada de felicidad.

—Estoy enterado de que Luke ha vuelto —comentó Milton cuando se giró hacia Heather

—Ando en un mar de nervios —dijo ella, ansiosa—. No sé qué va a pasar.

—Que pronto te quedarás viuda.

—Ojalá y tu boca no diga verdad.

—Sabes cómo es el vaquero. Se rumora que está reuniendo a varios hombres. ¿Crees que planifica un ataque contra tu marido?

Heather negó con la cabeza.

—Nos escoltará hasta Texas cuando dejemos el pueblo —dijo ella—.

Imagino que esos hombres serán quien nos acompañen para garantizar

nuestra seguridad.

—Esto se puede poner muy feo, Heather. Por cualquier lado que lo mires no hay alternativa. Al menos si Luke los acompaña puedes sentirte segura. Dicen que la vereda de la región india está más violenta que nunca. Los comanches han matado a caravanas completas y han esclavizado a decenas de hombres, mujeres y niños.

La mujer hizo un mohín de preocupación, miró hacia la entrada de la oficina para asegurarse de que nadie los espiaba y le entregó un sobre a Milton.

—¿Y esto? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Necesito que se lo entregues a Luke, por favor.

—Pero...

—Y que nadie se entere de este recado jamás —insistió Heather—. ¿Me lo prometes?

—Sabes que no podría traicionarte.

—¿Crees que se lo puedas hacer llegar hoy mismo?

—Tan pronto termine mi turno paso por la posada.

—¿No has sabido nada más de tía Annie?

El telegrafista negó con la cabeza con pesar.

—Sería preferible que viajaras a Abilene, Heather. Tu tía está delicada de

salud.

—Edward insiste en que nos vayamos directo a su rancho en Texas. No he podido convencerlo de lo contrario.

—Siento escuchar eso —dijo Milton—. Las voy a extrañar. —miró el rostro de Sofía—. ¿Lo sabes?

—Y nosotras a ti —dijo Heather con tristeza—. Prometo escribirte todas las semanas.

Heather tomó a Sofía de la mano para dejar el lugar, pero en la puerta se topó con la viuda Adeline Collins, la antigua amante de Luke. La mujer le sonrió con sorna, fijó su mirada en la pequeña Sofía y comentó:

—Me imagino que te enteraste de la aparición de Luke, querida.

Heather asintió, pese a que su rostro se reflejaba tosco. Quería dejarle claro a esa mujer cuanto le disgustaba.

—¿Y tu esposo sabe que tu ex ronda el pueblo?

—No sé a dónde pretendes llegar con tus intrigas, Adeline, pero llevo mucha prisa.

La viuda se le acercó y le dijo en voz baja:

—Anoche dormimos juntos. Todavía sigue siendo muy pasional en la cama.

Heather inspiró para calmar su furia. Conociendo a Luke no dudaba que

ahora, como hombre soltero, solicitara los favores de la viuda.

—Fue un gusto saludarte, Adeline —dijo entre dientes mientras se dirigía hacia la puerta junto a su hija.

La mujer soltó una carcajada.

—Qué sigas bien, Heather —dijo la viuda y levantó la mano para despedirse de la pequeña Sofia, quien no le contestó el saludo como si intuyera que la mujer era una arpía.

De regreso a la mansión Hamilton, Heather fue incapaz de apartar de su mente la imagen del vaquero revolcándose con la viuda.

*

*

*

Al caer la noche Luke se encaminó al lugar en donde Heather lo había citado. Hacía unas horas que habían concertado un encuentro clandestino en las caballerizas del rancho Plymouth, cerca de la mansión Hamilton.

Esa tarde el vaquero había recibido una escueta nota de las manos del telegrafista en la cual Heather le suplicaba que renunciara a acompañarlos durante la travesía a Texas. El papel terminó chamuscado por el fuego en la chimenea de la pensión. ¿Acaso Heather Harrison no lo conocía? Solo muerto la dejaría.

—Entonces, dile a tu marido la verdad para que me rete a un duelo —la retó Luke en medio de una álgida discusión en uno de los establos—. Déjale saber que tu matrimonio con él es una farsa.

Heather se alumbraba con una tea y cubría su cabello con un chal de lana para encubrir su identidad.

—Me vas a provocar un disgusto con mi marido —dijo ella, contrariada.

El vaquero sonrió con sorna después de expulsar el humo de su cigarro.

Se veía tan despiadado que, si no fuera porque Heather lo conocía, su presencia la intimidaría.

—¿Te ha convencido de que vayas con él a su castillo y sean felices?

—Tienes que entender que ahora soy una mujer casada.

—Eso tiene remedio. —El vaquero se tocó la culata del revólver—. O le dices la verdad o le doy dos balazos en la cabeza.

—Jamás te creí capaz de semejante barbaridad, Luke. Si me enamoré de ti fue por tu manera de hacer las cosas. Eras un hombre justo y fiel a tus principios.

—En este momento mis únicos principios son mi mujer y mi hija.

—¡No soy tu mujer!

—Seguimos casados —dijo él con un tono parsimonioso que comenzaba a sacar de quicio a Heather—. Tengo un documento que confirma mi

identidad. Quiere decir que no se puede invalidar nuestro matrimonio.

—No es posible —dijo ella mostrando turbación.

Luke sonrió con picardía y se le acercó despacio para asecharla. Ella, por su parte, se sentía tan intimidada por su cercanía que retrocedió dos pasos hasta chocar con una de las paredes del reducido espacio.

—¿Ya obviaste lo que pasó en la posada?

—Eso fue un error de juicio.

—Pensé que querías repetir —dijo él con tono seductor.

—Por supuesto que no.

Heather colocó una mano en el pecho masculino para refrenarlo.

—Eso no sucederá de nuevo —aseguró ella.

—Yo siendo tú no estaría tan segura. Sabes que te deseo y no perderé oportunidad de seducirte. —La tomó de la cintura para acercarla.

—Además, ya conseguiste con quien desahogarte.

—¿A qué te refieres? —preguntó el vaquero. Extrañado por el comentario, se alejó un poco.

—Adeline Collins me dijo que te acostaste con ella anoche.

Luke sonrió divertido.

—¿Eso te provoca risa? —preguntó ella, airada.

—Me fascina saberte celosa.

—¡No estoy celosa! —gritó Heather, enfurecida.

—Anoche esa mujer fue a buscarme a la posada para seducirme, pero no quise traicionar lo que siento por ti, por eso la despedí de mala manera. Si te dijo eso fue para fastidiarte. —Luke hizo una pausa—. Te amo. —Le acarició el rostro con ternura—. Te deseo solo a ti, Heather Harrison. Eres la única mujer que me hace hervir la sangre.

Ella buscó en sus ojos la verdad. Quiso escudriñar el alma del vaquero para tener la certeza de todo el amor que decía sentir.

—Quiero que te fugues conmigo y traigas a Sofía con nosotros.

—Sabes que no puedo. No voy a poner a la niña en peligro. Edward es capaz...

—Yo también soy capaz Heather. —Luke estaba a punto de perder la paciencia—. Escúchame, en la madrugada saldrás con la niña y una muda de ropa. Las estaré esperando aquí mismo en una carreta.

—¡Estás loco!

—No trates de convencerme —dijo él—. Estoy decidido a que no fuguemos.

—Escúchame, por favor —suplicó ella—. Es demasiado riesgo para la niña. Si tanto te importamos, te ruego que desistas.

—Jamás, Heather Harrison. Solo muerto renunciaría a ustedes.

—No voy a huir, Luke —dijo ella con determinación—. No lo voy a hacer y espero que lo comprendas de una vez y por toda.

El vaquero aplastó con su bota el resto del cigarro y soltó un corto suspiro para refrenar su cólera.

—Perfecto, lo haremos a tu manera, Heather, pero cuando lleguemos a Texas tendrás que tomar una decisión.

Luke se despidió al tocar la punta de su sombrero y dejó el lugar, pese a los ruegos de Heather para que la escuchara.

*

*

*

Wilson Woodrow, el alcalde, se topó con Luke en la salida de la delegación. Tuvo que escudriñar el rostro del vaquero durante unos segundos para reconocerlo. Luego sonrió con guasa. Se tocó su arma de fuego y extendió la mano como un gesto de paz que al vaquero le pareció el más grande acto de hipocresía. Ambos no se toleraban desde que el alcalde había llegado al pueblo a imponer su visión hacía cuatro años.

Luke sospechaba que fue ese mismo hombre quien lo delató con los yanquis y el que cobró la friolera de diez mil dólares por entregarlo a la justicia.

—¡Qué gusto verte, Montana! —dijo Wilson con una sonrisa mordaz.

—Pensé que correría con más suerte y no me lo encontraría por estos lares.

Al alcalde se le desdibujó la sonrisa irónica de su rostro de inmediato.

—Pues para que veas, aún sigo aquí. —Wilson encendió un cigarro—.

Me pregunto qué truco hiciste para escapar de los yanquis.

—Todo se trató de una confusión.

El vaquero se relajó cuando apoyó su cuerpo en una de las columnas de madera. Era mejor parecer sereno frente a un hombre tan sagaz como Wilson.

—¿Tardaron cuatro años para darse cuenta?

—Así es la mala justicia del este.

—¿Y a qué has venido? Porque tu mujer ya está casada con otro.

Esta vez fue Luke quien sonrió con sorna.

—Monroe Park es mi pueblo.

—¿Piensas que soy idiota? ¿Qué planificas, vaquero? ¿Provocar el mismo revuelo que le costó la vida a Cassidy?

La mención del sheriff anterior provocó que Luke se mantuviera en silencio.

—Este pueblo no es el mismo que dejaste. Ahora tenemos ley y orden.

Así que de la primera terminarás en la cárcel.

El vaquero volvió a sonreír.

—Fue un gusto saludarlo, alcalde.

Luke se perdió por la calle. En cambio, Wilson Woodrow permaneció en la penumbra con una duda que carcomía su mente ¿cómo Luke Montana había obtenido su libertad? Tendría que comunicarse con algunos de sus contactos en el este.

Capítulo Ocho

El viaje

El vaquero entró al tugurio llamado The Moonlight, un nuevo bar que había abierto sus puertas hacía pocos meses en el pueblo y que pertenecía a un alemán recién llegado a la Frontera. El lugar se había convertido en el más concurrido de Monroe Park por las bailarinas de *can can*, unas mujeres traídas desde California, que bailaban sobre la barra y enloquecían a los vaqueros por los pronunciados escotes de sus atrevidos corsés. De forma solapada y bajo el respaldo del alcalde, la segunda planta del local se utilizaba como un burdel en donde, tanto los vaqueros como los hombres de familia, descargaban sus pasiones.

Esa noche Luke se había citado en ese lugar con el hombre de confianza de Edward King para finiquitar los detalles de la travesía a Texas. Se sentía enfurecido y frustrado por la decisión de Heather de hacer ese viaje, pero si

era justo con ella sabía que todo se debía a Sofía. A medida que su ira se apaciguaba el vaquero iba aceptando que ahora tenía que pensar en el bienestar y seguridad de su hija. Y una huida de Monroe Park con la niña era una muerte segura para todos, pues Edward King no se amilanaría cuando se sintiera traicionado.

Durante su encuentro Luke intentó no parecer ansioso para poder ocultar ante los ojos de un hombre tan sagaz como Bob Reynolds su verdadera identidad.

El hombre de confianza del rey del ganado sobrepasaba los sesenta años, lucía un abundante bigote y amplia calva. Su aspecto rubicundo se derivaba de su afán por el güisqui y los dedos amarillentos eran producto de su asiduidad a fumar. Se proyectaba como un hombre capaz, de nervios controlados, pero tenía un gran defecto, no ponderaba las decisiones. El vaquero lo supo a los pocos minutos de su conversación por la manera de tratar a otro de los hombres de Edward.

—No entiendo por qué el jefe quiere que seas tú quien cuide a su familia

—dijo Reynolds con notable recelo.

—Fueron mis exigencias —Luke se arrellanó en la silla con despreocupación mientras inhalaba un cigarro.

Se habían acomodado en una mesa al costado del lugar. Una ubicación

que le permitiera al vaquero ver la entrada. Desde hacía mucho tiempo, y luego de varios incidentes, se había acostumbrado a esa práctica que le había salvado la vida en múltiples ocasiones.

—Si cometes un error, vaquero, seré yo mismo quien te dé el tiro de gracia —amenazó Reynolds.

Luke sonrió con sorna, inhaló su cigarro y le dio otro sorbo a su cerveza.

—Mejor que nadie sé que no hay cabida para errores, así que pierde cuidado, Reynolds.

Después de estudiar el mapa de la ruta y evitar las ciudades más violentas de la época y los caminos infectados de indios, decidieron que era preferible iniciar el viaje de madrugada. Eso le daría tiempo para pernoctar en un pequeño pueblo cerca de Knoxville la primera noche, en Leavenworth. Un lugar rústico, de poca población y reconocido como la cuna de la paz en la Frontera.

—Me preocupa el tren —admitió Reynolds al rato cuando escudriñaba el mapa—. Henry Boney ha atacado día y noche los rieles, desde dinamita hasta trampas oportunas para detener el tranvía.

—No hay manera de evitar el tramo en el interestatal. Tardaríamos meses en llegar a Texas —sostuvo el vaquero—. Tu jefe está ansioso por retornar. Reynolds hizo una mueca de disgusto.

—Desde que se casó con esa mujercita no piensa en otra cosa que regresar a Texas —comentó Reynolds y Luke tuvo que contenerse ante su comentario despectivo hacia Heather—. El plan inicial era subir hasta Misuri para adquirir ganado adicional. Ahora en lo único que piensa es en la seguridad de esa mujer y su hija.

—Es normal —dijo el vaquero—. Son su familia.

Reynolds rechistó.

—Se desatará el infierno cuando lleguemos al rancho —añadió Reynolds.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque a Christine, la hermana del jefe, no le agradará la llegada de intrusas. Ha vivido con su hermano toda la vida y se comporta como una tirana en El Alcántaras. Se sentirá amenazada con la llegada de la señora King.

El vaquero frunció el ceño ante la información que acababa de compartirle el hombre. Su esperanza descansaba en la idea de que tan pronto pisaran el rancho huiría con Heather y con la niña a México. La tal Christine no supondría un escollo en sus planes.

—¿Crees que veinte hombres sean suficientes? —preguntó Reynolds al rato cuando guardó el mapa.

Al parecer el hombre comenzaba a valorar los conocimientos de Luke en

el tema de seguridad.

—Lo importante es que cada uno sepa y se atreva a disparar en el momento oportuno —dijo el vaquero—. Me preocuparía más por las municiones.

En ese momento el sheriff de Monroe Park, Arthur Anderson, entró al bar. Parecía que llevaba prisa por identificar el paradero de su insípido ayudante. Sin embargo, después de indagar con el dependiente, el comisario se giró para marcharse sin obtener éxito. Antes de que el hombre alcanzara las puertas batientes del local se escuchó una ráfaga de disparos proveniente de la calle.

«Problemas», pensó Luke mientras se aseguraba que su Colt. 45 estuviera sujeto a su cinto. Reynolds se espabiló, pero el vaquero le hizo señas de que permaneciera en su sitio. Era preferible aguardar para saber de dónde provenía el revuelo antes de actuar, aunque Luke hubiese apostado todo su dinero a que se trataba de un grupo de cuatrerros que habían arribado al pueblo en busca del mejor *whiskey* de la Frontera.

El sheriff salió con el revólver en mano y con la estúpida idea de enfrentarse a una horda de hombres ebrios y violentos.

—Si no lo acompañamos, lo matarán —mencionó Reynolds.

Luke maldijo en su mente, pero tampoco podía desentenderse de la

situación. Pensó en la muerte de Cassidy en la calle principal de Monroe Park a manos de los hombres de Richard Perkins hacía cuatro años en aquel desafortunado incidente que desató la peor tragedia.

Al final el vaquero se levantó y caminó fuera del local junto a Reynolds.

En la calle principal se había desatado un caos total entre buenos y malos, los buenos con gran desventaja, pues solo el sheriff se había apostado a disparar.

Entre tanto los indeseables rompían las vidrieras de las tiendas, robaban lo que podían, intentaban someter a las mujeres a sus lujuriosos caprichos y mataban a los transeúntes sin motivos.

Luke y Reynolds tomaron posición tras el sheriff para repeler el ataque de forma eficaz. En ese momento Wilson Woodrow, el alcalde, apareció y se unió al trío para defender al pueblo. La calle en semi oscuridad era el peor escenario para que el cuarteto lograra la victoria, pero los hombres se mostraban pertinaces.

Desde los altos balcones de algunas casas los hombres también disparaban. Era preciso ver mujeres que igualmente enfrentaban a los asaltantes con sus armas de fuego. Todos estaban conscientes de que era la manera más eficaz de acabar con la escaramuza.

Como saldo de esa noche el sheriff resultó gravemente herido, ocho ciudadanos fueron asesinados, cinco mujeres fueron secuestradas y doce

establecimientos saqueados, entre ellos el salón de Emile de Tours, que no solo fue asaltado, sino que al final los truhanes le prendieron fuego hasta que fue consumido por las llamas.

Tan pronto el alcalde tomó el control de la ciudad y los indeseables fueron apresados, el caos se disipó. Entonces fue cuando Luke Montana vislumbró al enano frente a su local llorando de rodillas ante su emporio convertido en cenizas.

*

*

*

Cathie se dirigió a las caballerizas de la mansión Hamilton al día siguiente muy temprano para llevarle algo de comer a los peones. Era un detalle de Charles Preston, el viejo cocinero. Como ex esclavo, Charles, no olvidaba sus años de servidumbre a los amos blancos que le negaban un pedazo de pan, pese a que su estado físico era evidencia de su hambre. Por eso el hombre era muy concienzudo con el buen trato a los peones y nunca dejaba que comenzaran el día sin un pedazo de pan y café.

—Eres tan bueno, Charles —solía decirle Cathie, impresionada por su bondad.

—No siempre fui así. Hice muchas cosas muy malas, señorita.

La joven no podía creer que aquel anciano fuera el protagonista de todas las historias que le había compartido. La más grave de todas fue cuando mató al capataz de una de las haciendas azucareras en las que trabajaba, cansado de los golpes y los continuos latigazos.

—Pero la gente no es buena ni mala, la gente sobrevive.

Y ella lo sabía muy bien. Fue lo que tuvo que hacer cuando se vio obligada a mendigar en las calles y luego cuando se robaba la comida en el burdel de Sophie.

Cuando la joven entró en el establo con una canasta repleta de pan y un recipiente de café un grupo de hombres se juntaron a su alrededor. Con gran paciencia Cathie les sirvió hasta que se topó con la figura de Roig Buchanan. En un inicio no pudo disimular la emoción que le provocó la sonrisa coqueta de ese hombre de cabello largo y lacio, y de nariz aguileña, producto de su mestizaje indio y blanco. Pensaba que no había otro hombre más guapo y cautivante en toda la Frontera, pero cuando recapacitó se tornó orgullosa. Jamás permitiría que pensara que se arrastraba tras sus espuelas.

Roig sonrió con sorna al saberla nerviosa tras los movimientos erráticos de sus manos.

—¿No me servirás café? —Roig buscaba provocarla.

—Por supuesto.

—Te sorprendiste al verme.

—Hasta ayer no trabajabas aquí.

—Me encargo de que los caballos estén en condiciones para el viaje.

Cathie le extendió una taza de aluminio un poco maltratada.

—¿Y tú irás a Texas? —preguntó Roig.

—Aún no estoy decidida. Tengo una oferta de la esposa del reverendo para quedarme y ayudarla en la escuela.

Roig aprovechó para tomarle la mano.

—No quiero que te quedes aquí —confesó el hombre—. Me llenaría de angustia que pudiera sucederte algo. Anoche un grupo de indeseables asaltó el pueblo.

—Sí, esta mañana nos llegaron las noticias.

No conforme con eso el hombre le acomodó tras la oreja un mechón de cabello que había escapado de su moño sujeto a la nuca.

—Monroe no es un pueblo seguro para una chica como tú.

—¿Y cómo soy yo según tú?

—Una mujer buena, con sentimientos nobles.

—Sé defenderme, Roig.

—No lo dudo. La última vez me lo demostraste.

Roig se refería al último encuentro que tuvieron en el pueblo en el cual

intentó besarla, pero Cathie puso resistencia pegándole un puntillazo en la espinilla.

—Cásate conmigo —le ofreció él.

Cathie soltó una risa nerviosa y comenzó a recoger las tazas que iban dejando los hombres. Jamás hubiese esperado semejante propuesta de ese hombre. Con gran ligereza acomodó todo dentro de la canasta para huir del lugar lo antes posible. Quería escapar de allí. Roig aprovechó la salida de sus compañeros para abrazar a la joven por la espalda.

—Mis intenciones son nobles. Te lo juro —le dijo al oído—. Cathie, quiero convertirte en mi esposa y que tengamos muchos hijos.

—Te recuerdo que en un par de días te irás a Texas. —Ella intentó zafarse, pero Roig no lo permitió.

—No me quedaré en Texas. Dime que sí, por favor.

Ella se giró para mirarlo a la cara. Acercó su rostro a los labios de Roig y le dio un beso ligero que llenó de entusiasmo al hombre. Luego ese gesto inicial se transformó en un beso exploratorio, lleno de ansias por ambas partes. Si de él hubiese dependido la hubiese tomado allí mismo. Hacía tanto tiempo que deseaba hacerla su mujer que se sentía incapaz de contenerse. En las noches de silencio en su cabaña se imaginaba mil cosas con Cathie. Llenándola por completo y esmerándose para que fueran felices.

—Pero tienes que respetarme, Roig —dijo ella, decidida cuando se apartó

—. No soy una cualquiera. Trabajé en un lupanar, pero jamás...

—Sé que nos has estado con ningún hombre. —Roig cortó la explicación de la joven.

Como hombre de experiencia sabía, por el comportamiento de una mujer, si tenía experiencia o no. Cathie bajó la mirada un tanto avergonzada. ¿Quién a los veinte años no tenía ese tipo de experiencia en la Frontera?

—No debes sentir vergüenza. —El hombre le levantó el mentón para que lo mirara—. Conservar tu virtud te hace diferente.

—Tengo que regresar —dijo ella mostrando ansiedad.

La joven le sonrió al hombre antes de abandonar el lugar, pero Roig fue más rápido y le robó un último beso. Acción que sirvió para que Cathie entendiera que estaba loca por él, pero le aterraba su presencia, no porque Roig Buchanan le provocara miedo, sino porque la inquietaba de una manera única.

Al final caminó de prisa para abandonar los establos, tan ligero que su pierna atrofiada se resistía con cada paso. Necesitaba ocultar las nuevas sensaciones que ese hombre le provocaba.

*

*

*

El viaje a Texas inició el primer día de la primavera de 1875. Aún quedaban los vestigios del frío invierno que había azotado la Frontera, uno de los períodos más inclementes de la historia. La madrugada se presentó silenciosa, pese a que los hombres trabajaban afanosamente para llevar en la caravana todo lo necesario para un viaje que conllevaría una travesía de algunos treinta días. Charles Preston, el cocinero, había dispuesto de dos carromatos repletos de alimentos y daba órdenes a un par de hombres para que culminaran de acomodar todos los utensilios.

Heather se asomó por la ventana de la habitación de Sofía para comprobar que Luke Montana estaba reunido con los hombres que tendría bajo su cargo, cuatro pistoleros, incluyendo a Roig Buchanan, que ejecutarían las órdenes del vaquero sin chistar. Le sorprendió que al periplo se hubiese unido Tom Maxwell, uno de los pistoleros más reconocidos en el condado de Fremont. Eso solo podía suponer que Luke entendía lo peligroso de la travesía.

La ansiedad de Heather se reflejaba en su rostro y en la forma que le daba instrucciones a las mujeres de servicio para asegurarse de que Sofía resistiera el viaje. Durante la semana anterior le había informado a Edward que ocuparía un carromato sola, junto a su hija. El hombre, como siempre, se

había mostrado comprensivo.

Adicional, le había pedido que en la cabina interior dispusieran de una cama para que la pequeña estuviera cómoda. Ese mismo medio de transporte fue acondicionado con las muñecas de trapo de la niña, un baúl con su ropa y algunos libros que su madre había escogido de la biblioteca. Heather rogaba porque eso fuera suficiente, aunque lo más que la angustiaba era el paso por el territorio indio. Pensó en su hermana, Betty. ¿Cómo estaría en su convivencia en medio de los Creeks? Esa había sido la peor incógnita en su vida, no saber de su hermana menor.

Después de ese pensamiento recordó la triste despedida que había tenido lugar la noche anterior en la posada. En ese lugar quedarían muchos de sus afectos, su amiga Margot Thompson, y su antiguo jefe, el notario Cooper. En esa ocasión aprovechó para despedirse del reverendo y su esposa, y de algunas damas del pueblo.

Después de eso, a su regreso a la casona Hamilton, había intentado grabar las calles de Monroe Park como un recuerdo indeleble que la acompañaría por siempre, pues había perdido toda esperanza de que en un futuro regresaría a ese lugar.

Dos toques sólidos en la puerta de la habitación la sacaron de sus cavilaciones.

—Edward dice que te apures —dijo Cathie cuando se asomó bajo el umbral.

Heather tomó a la niña de la mano y se dispuso a dejar la habitación.

Cuando llegaron a la sala principal de la mansión Heather se giró.

—¿Estás segura de que te quedarás, Cathie?

La joven asintió, pero guardó silencio por el miedo a entregarse al llanto.

—Todavía estás a tiempo.

—Sabes que no puedo hacer ese viaje, Heather. Mi pierna no lo soportaría. Me convertiría en un estorbo para ustedes.

—Cathie... —iba a decir Heather.

—Cuida mucho a Sofia y, por favor, no pierdas la cabeza —dijo la joven resuelta a no entrar en un suceso melodramático.

—Roig estará muy triste porque no vendrás con nosotros —comentó Heather.

—Ha prometido regresar tan pronto los deje en Texas —dijo la joven—.

En ese tiempo me ha pedido que prepare todo para casarnos.

—Eso me hace tan feliz. Me da tristeza no poder estar contigo en un momento tan especial.

—Te escribiré —prometió Cathie.

En eso uno de los sirvientes las interrumpió.

—Señora, disculpe, el patrón la espera.

Heather se dirigió a la puerta con Sofia.

—Mamá, Cathie... —dijo la niña con su limitado vocabulario infantil al ver que la joven se quedaba en el zaguán.

—No, cariño. Cathie no vendrá en este viaje.

La cara de la pequeña se transformó en un gesto triste. Heather la tomó en sus brazos para consolarla.

En cambio, Cathie le sonrió a la pequeña y le cantó su canción de nana favorita. Entonces, la joven se metió una mano en el bolsillo de su sencillo vestido y sacó una diminuta muñeca de trapo.

—Es para ti, Sofia —dijo Cathie y la niña la recibió, encantada.

Esa sorpresa sirvió para alivianar el momento. De inmediato, para evitar el dolor de la separación, Heather bajó las escalerillas para caminar hasta la caravana. Fue en ese momento que se encontró con la mirada del vaquero. Se veía tan guapo y varonil que quiso correr hasta él, pero el brazo de su marido cerrándose alrededor de su cintura la devolvió a la realidad.

Edward le acarició la cabeza a la niña y le dio un ligero beso a Heather en los labios, gesto que provocó que Luke Montana maldijera en su mente.

Ahora el vaquero tendría que valerse de dominio propio para no arruinar sus planes cuando viera las demostraciones de afecto de rey del ganado hacia

Heather.

—Vamos a estar bien —dijo Edward mientras ayudaba a su mujer a subir en el carromato.

—¡Cathie! —gritó Sofia una vez más en medio de un nuevo berrinche que Heather intentó apaciguar mostrándole de nuevo la muñeca de trapo.

Tan pronto se acomodaron y se pusieron en marcha Heather comenzó a arrepentirse de aquel viaje. Los peligros que tendrían que enfrentar, junto a la situación de la presencia de Luke, la angustiaron al extremo de producirle una imprevista jaqueca.

Entonces, cuando dejaron los lindes seguros de Monroe Park ya comenzaba a amanecer. Heather evocó la fría madrugada que dejó Granby, el rancho de su padre en Wyoming, para dirigirse junto a su hermana Betty a vivir a ese pueblo. Esperaba que aquel periplo que acababa de iniciar al final fuera mucho mejor que todo lo que había vivido hasta ese momento.

Pero para coronar su angustia, cuando llevaban media hora de viaje, distinguió la presencia de Emile de Tours en el carromato que ocupaba Edward. ¿Qué hacía el enano allí?

Capítulo Nueve

“Soy tuya”

Luke Montana aprovechó la primera parada del día durante el viaje para

burlar la vigilancia que Edward King tenía sobre Heather. Aludiendo que revisaba una falla de seguridad en el interior del carromato en donde viajaban la mujer y la niña, el vaquero se acercó.

—Quiero robarte un beso —dijo Luke cuando estuvieron fuera de la vista de todos.

No solo se conformó con verbalizarlo, sino que se arrojó sobre Heather, pero la mujer lo evitó.

—¡Estás loco! No te atrevas —dijo ella, aunque en su interior deseaba un encuentro ardiente con el hombre—. ¿Viste a Emile?

—Sí, el maldito enano convenció a tu marido para que lo trajera en el viaje.

—Tengo miedo, Luke. Emile...

—Es el menos que me preocupa en este momento.

—Puede decirle a Edward lo nuestro.

—Le cortaré la lengua y lo sabe.

—Luke...

—Más me preocupan los salteadores de camino y los comanches — admitió el vaquero con un dejo de preocupación en su rostro.

Luke extendió su mano para acariciar la cabeza de su hija. Era el primer contacto de ambos y el vaquero tuvo que contener las ganas de estrecharla

entre sus brazos. Eso sería demasiado osado. La niña le sonrió y le extendió una de sus muñecas.

—Eres preciosa —le dijo a la niña—. ¿Cómo te llamas?

Buscaba entablar una charla con su hija.

—Sofía.

—Yo me llamo Luke y cuidaré de ti durante el viaje.

La niña sonrió, pero el vaquero sospechó que a su corta edad carecía de la capacidad para entender lo que le decía.

—Es muy bonita tu muñeca —dijo el vaquero a la vez que observaba el rudimentario juguete.

—Cathie... —pronunció la niña.

—Se la regaló cuando dejamos la casa —aclaró Heather.

—Es una pena que no haya venido con nosotros. Hubiese sido de gran ayuda para ti. El viaje será difícil con la niña.

—Lo sé, lo importante es que Sofía esté a salvo.

—No dejaré que nada les pase —prometió Luke. Intentó un nuevo acercamiento, pero Heather lo evitó

—No sabía que te gustaba jugar con muñecas de trapo, Montana —la voz de Edward a sus espaldas los espabiló.

El vaquero se giró para enfrentar al rey del ganado. Si había algo que

Heather admiraba de Luke era que en situaciones escabrosas siempre conservaba una calma pasmosa.

—Busco que la niña no me tema —dijo el vaquero—. Es bueno que confie en la persona que vela por su seguridad.

—¿Ya conociste a mi esposa? —le preguntó Edward con orgullo a la vez que colocaba un brazo alrededor de la estrecha cintura de su mujer.

—Sí, es un placer, señora King.

Heather intuyó que llamarla por el apellido de su marido supuso un gran esfuerzo para el vaquero.

—Ves, Heather, Luke Montana no es el villano que todos te han hecho creer —comentó Edward con una sonrisa que el vaquero no pudo descifrar—. También tiene su lado de caballero.

La mujer ocultó la mirada por temor a que su marido pudiera intuir algo más en ella.

—Disculpen, debo asegurarme de que todo marche bien con la caravana —dijo Luke y se retiró.

Edward lo observó hasta que se perdió entre los carromatos.

—¿Por qué trajiste a Emile de Tours? —le reprochó Heather a su marido sin darle tregua.

—El pobre perdió todo y me pidió ayuda. Es mi amigo. No lo voy a

desamparar en este mal momento.

—Siempre has confiado mucho en él, Edward, pero Emile no es quien crees.

El rey del ganado soltó un bufido.

—A veces pienso que en la Frontera nadie muestra quién es en realidad, querida —dijo el hombre con voz calculadora—. Es la naturaleza de este lugar.

Heather se giró para atender los reclamos de su hija, pues lo menos que quería era iniciar una conversación con su marido que pudiera delatarla.

—¿Te puedo pedir algo, querida? —preguntó Edward al rato.

La mujer asintió con despreocupación.

—Por supuesto.

—Mantén a raya a Luke Montana. No me gustaría que se entusiasme y comience a confundir las cosas. Tú eres la señora —Edward le acarició el rostro en un gesto posesivo—. Nunca lo olvides, querida.

El rey del ganado le dio un beso en la frente, ocultó las manos en los bolsillos de su pantalón y caminó hacia su carromato.

Por su parte, cuando Heather lo perdió de vista soltó todo el aire contenido en sus pulmones para despejar las ansias que la consumían. No tenía ni idea de cómo sobreviviría durante ese viaje en medio de tantos

sobresaltos.

*

*

*

Si había un lugar como detenido en el tiempo ese sin dudas era Leavenworth. Un pueblito de menos de cien habitantes, al sureste de Knoxville. La caravana arribó a dicha comunidad con la caída del sol. El villorrio estaba compuesto por tiendas, construidas con piel de bisonte. Estaban en un estado tan deplorable que daban prueba de la miseria que allí se vivía.

En la parte alta de una colina se alzaba una comunidad de cinco casonas. Era allí donde vivían los adinerados, los que pocas veces se juntaban con el populacho. Se decía que Leavenworth era una ciudad olvidada por el gobierno y cuyo desarrollo estaba como última prioridad entre los políticos del este. Las autoridades temían que con alguna enfermedad o epidemia la totalidad de población desapareciera. Para los esos mismos burócratas los infelices que vivían allí no contaban. Cincuenta años más tarde se arrepentirían de tamaña imprudencia, pues las generaciones futuras descubrirían que Leavenworth era en realidad un yacimiento de petróleo. Heather observó a través de la ventana del carromato que el pueblito no

tenía los caminos aplanados de Monroe Park, sino más bien unos senderos fangosos por los cuales las personas caminaban con dificultad. Con la lluvia que había caído ese día todo parecía un enorme pantano de lodo. El cuadro le pareció bastante tétrico, más aún cuando observó niños de la edad de Sofía mendigar desnudos en las esquinas.

La caravana se detuvo ante silbido de Reynolds, quien estaba a la cabeza de la comitiva. En eso, un anciano aguilucho, de cabellos blancos y largos, se asomó a la entrada de una tienda para recibirlos.

Reynolds y Luke fueron los primeros en saltar de los caballos.

—Estamos de paso —explicó Reynolds—. Buscamos una habitación en donde los señores de la caravana y su pequeña hija puedan descansar.

El anciano escupió y luego soltó una risa cargada de sorna.

—Aquí no hay ni hoteles ni posadas —dijo, a leguas se notaba su lamentable estado de ebriedad—. Lo único que tenemos es un sencillo lupanar en donde los hombres se pueden bañar por cincuenta centavos y disfrutar de las bellas damas por una tarifa de un dólar. También tenemos un bar para jugar a los dados. Allí conseguirán *whiskey* y láudano para aliviar sus cargas.

Luke rechistó. Le parecía surrealista la escena. Sabía de la existencia de lugares como aquel, pero Leavenworth sobrepasaba todo su imaginario.

—Creo que escogimos el peor sitio de todos —comentó Reynolds.

Pero el vaquero sabía que, en la colina, en las casas más acomodadas debería existir un lugar, al menos para Heather y Sofía.

—Puedo ayudarles solo con las damas —dijo el anciano con voz cantarina—. Solo preciso unas cuantas monedas por mis servicios.

Luke le entregó una moneda de medio peso.

—Espero que esto te sirva —le advirtió el vaquero.

El anciano sonrió mostrando una mella en los dientes. Se retiró al interior de una de las carpas, la menos desvencijada de todas.

—Debimos prever que algo así podría ocurrir —se lamentó Reynolds.

—Es preferible pernoctar en una comunidad como esta, a estar a campo abierto a merced de los ladrones o los indios —dijo Luke.

En ese momento el anciano regresó con una sonrisa a flor de labios.

—Buenas noticias. La esposa del alcalde está dispuesta a hospedar solo a las damas.

—¿Solo a Heather? —preguntó Edward quien había dejado el interior de su carromato y ahora era acompañado por Emile de Tours.

—Dijo solo mujeres —repitió Luke—. Así que solo ellas dos serán hospedadas.

El enano intervino.

—Tenemos que conseguirle algo a Edward —dijo Emile—. También debe descansar.

Luke miró al enano con ira. Le disgustaba su nueva posición de lame botas del rey del ganado. El vaquero chascó su lengua tan pronto se acomodó en el lomo de Sombra de nuevo.

—Primero busquemos seguridad para ellas —dijo Reynolds cuando se montó en su caballo—. Son las más vulnerables.

Al final Heather y su hija se hospedaron con la señora Abigail Neels, una mujer de mediana edad que se desbordó en atenciones con sus invitadas. La habitación que ocuparon quedaba en la parte más baja de la casa. Era un lugar destinado a los viajeros, con entrada independiente y una tina que le pareció a Heather un pedazo de cielo.

A medida que la noche avanzó y con gran persistencia logró que Sofía se durmiera. Después de eso se sumergió en la tina. Buscaba despejarse de todo lo acontecido durante ese primer día. Apoyó la cabeza en el borde para relajarse.

Cuando estaba a punto de cerrar los ojos escuchó que alguien intentaba abrir la puerta que daba al exterior. Salió del baño y se cubrió con una manta.

—Soy yo, abre —la voz de Luke la sobresaltó.

—¿Qué quieres?

—Que abras la puerta.

Heather obedeció, cubierta únicamente con el pedazo de tela. Ambos se besaron con anhelo tan pronto el vaquero aseguró la puerta. Luke le quitó la manta de las manos y se complació al verla desnuda.

—Eres tan hermosa...

—No podemos, Luke. Edward...

—Tu marido está apostando en el bar. Además, cree que Roig vigila la puerta de tu habitación mientras yo descanso a la intemperie.

—Nos estamos arriesgando demasiado.

—Necesito estar dentro de ti de nuevo, cariño. Muero por eso.

El vaquero se desnudó por completo.

—No puedo vivir sin ti, Heather. Eres como un vicio para mí.

Ambos se sumergieron en la tina mientras se acariciaban con lujuria.

Heather cabalgaba sobre el vaquero mientras el hombre se deleitaba con sus pechos. De vez en cuando él se mordía los labios para contener el deseo de gritar.

—Soy tuya, Luke. Eres mi hombre. Mi único hombre.

—Así, cariño. Te quiero completa para mí.

—Te amo, vaquero.

Cuando culminaron, Heather se recostó del pecho masculino mientras él

le acariciaba la espalda.

—No voy a dejar que nadie las separe de mí jamás —prometió él.

Esa noche descansaron abrazados en un sofá cercano a la puerta, pero antes de que despegara el alba, Luke se marchó sin que ella se percatara de su ausencia.

*

*

*

—Parece que alguien durmió muy feliz anoche —comentó Emile con tono punzante en la mañana.

Luke evitó cualquier reacción frente a los hombres que estaban arremolinados entre los carromatos. Mejor que nadie sabía a lo que se dedicaba Emile de Tours, a levantar cizaña. Así que era casi seguro que el enano tuviera detalles del pasado encuentro entre Heather y él.

—Espero que tú también hayas descansado, Emile —dijo el vaquero mientras encendía un cigarro—. Y espero además que mantengas tu boca cerrada por tu propio bien.

Luke le mostró el cuchillo con el que rebanaba una manzana que acababa de comprar en un mercado cercano. El enano asintió muerto de miedo.

—Seré una tumba —prometió el enano.

—O terminarás en ella.

El hombrecillo huyó. A distancia se podía ver que uno de los hombres de Edward afeitaba con esmero al rey del ganado. Luke hizo un mohín de incredulidad. El barón tejano no perdía su glamur, así estuviera en las peores condiciones, pensó el vaquero con ironía.

—Coincido con Emile —le comentó Roig al vaquero en voz baja cuando se le acercó—. Te ves repuesto, vaquero. Parece que dormiste bien

—¿Y tú? —preguntó Luke.

—Después del bar alquilé una cama en el lupanar. No tenía intenciones de dormir bajo uno de los carromatos.

—Entonces disfrutaste también.

—Aunque no me creas no estuve con ninguna de las chicas del burdel.

Solo alquilé el colchón.

—Mejor que no se entere tu prometida que dormiste en el lupanar porque te mandará al infierno. —Luke sonrió—. Ya sabes cómo es Cathie.

En ese momento Heather apareció junto a Sofía. Esa mañana el vaquero la encontró más hermosa y deseable. Recordó lo buena amante que era esa mujer y sintió que su sangre se encendía. La siguió con la mirada hasta que la mujer llegó hasta donde estaba su marido. Una vez más fue testigo de los mimos de Edward. El vaquero tuvo que girarse para evitar los increíbles celos

que aquellas escenas le provocaban.

—Tienes que aprender, Luke, y disimular un poco la mirada.

—¿De qué hablas, Roig?

—Es que cada vez que la vez no puedes evitar mirarla con deseo. Y se nota que estás loco por ella.

—Imaginaciones tuyas. ¡Vamos! Hoy nos espera una travesía larga.

Al terminar de organizar las provisiones, la caravana emprendió camino para continuar el viaje. Media hora después los gritos histéricos de Heather en el interior de su carromato alertaron a todos.

El primero en socorrerla fue el vaquero. Al ver a un joven escuálido y paliducho en el interior no dudó en apuntarlo con su propio revólver. El chico levantó las manos e inició un lloriqueo que conmovió a Heather.

—No le hagas daño, Luke —suplicó ella, pero el hombre no retrocedió.

—¿Qué haces aquí? —inquirió el vaquero cuando lo sujetó por la camisa

—. Sal de la carreta.

El jovencito, de algunos catorce años, salió con su cuerpo sudado y tembloroso. Reynolds y los demás hombres también le apuntaban.

—So... lo quería llegar a Knoxville y aproveché la caravana —admitió el extraño.

Luke revisó los bolsillos de su pantalón para comprobar, en efecto, que

no estaba armado ni representaba un peligro real, y le dio órdenes a los hombres para que depusieran sus armas.

En cambio, Edward se acercó junto a Emile exigiendo justicia.

—Hay que hacer algo con él —dijo el rey del ganado—. Pudo haberle hecho algo a Heather o a Sofía.

—Es un niño —dijo Luke—. Solo buscaba acortar camino hasta la ciudad.

—Reynolds, átaló —ordenó Edward—. Vamos a entregarlo al sheriff de Knoxville.

La idea que tenía en mente el vaquero no incluía detenerse en esa ciudad. No era conveniente que Jake Cassidy, el sheriff, se inmiscuyera en sus asuntos, y conociendo a ese imberbe, con seguridad echaría todos los planes al traste cuando lo viera junto a Heather.

—No creo que sea un peligro real —mencionó Emile.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Luke al jovencito.

—Billy Jesse. Fue lo que me dijo mi madre, porque a mi padre nunca lo llegué a conocer.

Todos sabían que era imposible que el chico se llamara de esa forma, pues era el mismo nombre de un notorio delincuente, pero en la Frontera eran bien conocidas las historias en las cuales mujeres, encaprichadas con

bandidos, bautizaban a sus hijos con esos nombres.

Reynolds se acercó al chico para atarlo con una soga. El joven imploró por su libertad entre lloriqueos y promesas de reformarse, pero el hombre se mantuvo tenaz.

—No lo aten —suplicó Heather cuando bajó del carromato—. ¿No ven que es solo un niño? Simplemente cometió un error.

—Si algo me ha enseñado la vida es a no confiar —dijo Reynolds.

Luke soltó un bufido.

—Billy estará bajo mis órdenes —dijo el vaquero—. Le daremos una sola oportunidad. Yo me haré responsable.

El chico sonrió aliviado.

—Si vamos a llevar con nosotros a todos los huérfanos que encontremos en el camino terminaremos con una multitud de niños a cuesta —se quejó el rey del ganado.

En ese instante Heather y Luke se miraron de esa forma que había descrito Roig en la mañana. Edward los observó con suspicacia, pero desistió. Fueron sus celos los que precisamente arruinaron su matrimonio con Amelia, no serían esas mismas obsesiones las que lo harían dudar de Heather. De nuevo retornaron al camino. Esta vez el joven Billy iba sentado en el lomo de un caballo al costado de Luke.

—Gracias —dijo el chico.

—Espero que sepas agradecerlo con lealtad —dijo el vaquero y espoleó a Sombra para avanzar.

Empero ese gesto de buena voluntad por parte de Luke acarrearía serias consecuencias en el futuro.

*

*

*

Richard Perkins se balanceaba en un rudimentario columpio en el patio de una casa aislada, en el noreste de Nuevo México. Hacía veinte días que había dejado California para regresar a sus andanzas, esta vez asociado con el temido Henry Boney, asaltante de trenes y diligencias.

Ahora era mucho más fácil tomar la nómina de un tranvía que robar ganado. Richard creía que su nueva posición de bandido y asaltante le daba mayor estatus que la de cuatrero.

Se observó la pierna de palo que le había quedado como secuela del ataque que sufrió por parte del vaquero en Monroe Park hacía cuatro años.

Como siempre todas sus desgracias tenían un nombre, Heather Harrison.

Ese asunto de estar lisiado lo limitaba bastante, pero no lo suficiente como para disparar cuando era necesario y darle órdenes a su banda de

malhechores. Directrices como las que le había dado esa mañana al llegar a la vivienda solitaria de una pobre viuda y sus dos hijas. En esa ocasión les había dicho: “arrasen con todo”.

Después de obligar a las mujeres a prepararles el desayuno, se turnaron para violarlas y luego las asesinaron.

—Me han confirmado que Heather Harrison dejó Monroe, jefe —le dijo uno de sus secuaces, al que llamaban “el príncipe de la armónica”, Smoky Hill, cuando se acercó a galope sobre un caballo—. Tengo el recado aquí. Richard tenía que reconocer que por más idiota que pensara era Smoky, a veces sus aciertos lo sorprendían. Esa mañana el hombre no había dudado en cabalgar varias millas hasta el pueblo más cercano para indagar información sobre el paradero de la ex mujer de su jefe.

El cuatrero leyó el telegrama. Al parecer su espía en Monroe Park había resultado en una buena inversión.

—Perfecto —dijo Richard y aspiró su pipa después de destruir el mensaje—. Todo está saliendo según lo planeado. Dile a los imbéciles que se apuren. ¿O es que piensan violar a los cadáveres?

Las bestias que andaban con él eran capaces de cosas atroces. Como la vez que se atrevieron a profanar la tumba de una hermosa chica que acababan de enterar. Entre los más osados se dieron un festín con el cuerpo inerte, frío

y rígido de la muerte. De esas alimañas estaba rodeado Richard Perkins, por eso se sentía poderoso, pese a que se había enterado de que su ex mujer se había casado con uno de los hombres más acaudalados de Texas.

Pero con lo que el bandido no contaba era con el hecho de que Luke Montana estaba vivo y había regresado, pues su soplón en Monroe Park había obviado ese detalle a propósito.

Capítulo Diez

“Prométeme que serás feliz”

La caravana no pudo avanzar lo suficiente por la lluvia que azotó con fuerza ese día. Ese retraso conllevó que tuvieran que pernoctar a campo abierto justo en la vereda del Cañón Springfield, uno de los lugares más inhóspitos y peligrosos de la Frontera. No había pueblo alguno a varios kilómetros a la redonda y se habían refugiado en unos arbustos escasos de vegetación.

Fue Reynolds quien dio la orden de permanecer en aquel solitario páramo hasta la madrugada del día siguiente. Después de degustar una cena ligera, que Charles Preston, el cocinero, preparó con esmero, uno de los hombres de Reynolds tocó la armónica hasta que cayó la tarde, cuando todos debían hacer silencio para no alertar a los posibles enemigos de su presencia.

Como era costumbre, los hombres habían acomodado los cinco

carromatos en forma circular con el fin de levantar el campamento en el centro. Los caballos pastaban cerca mientras los vaqueros se entretenían apostando a los dados y bebiendo aguardiente.

Edward y Emile estaban reunidos con Reynolds en el carromato del rey del ganado definiendo una nueva ruta del viaje.

—Te han excluido —le mencionó Roig al vaquero.

Luke limpiaba su revólver.

—Mucho mejor. No soporto a Edward y mucho menos al hipócrita de Emile. Temo que en una oportunidad me decida a matarlos a ambos.

En eso el vaquero observó que el joven Billy miraba hacia la maleza con insistencia. El vaquero se le acercó.

—¿Qué sucede? —le preguntó Luke al chico.

—La señora y la niña acaban de internarse en el monte. Es peligroso que se alejen solas.

Sin dudarle, Luke se adentró en la arboleda. Cuando llegó a la orilla de un riachuelo las vislumbró bañándose. A Heather apenas la cubría el refajo de su vestido y el vaquero no pudo evitar deslumbrarse con sus pechos transparentados a través de la tela.

—¿Sabes que no puedes alejarte sin avisar? —preguntó Luke cuando se acercó de forma sigilosa.

La mujer se sobresaltó y se cubrió los pechos. La niña continuó jugando con un pequeño tronco que simulaba un barco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con cierta indignación y miedo.

Luke sonrió con sorna.

—Deleitándome con el hermoso paisaje.

—Le informé a Edward que tomaríamos un baño.

—No entiendo cómo ese imbécil te permite alejarte de la caravana sola a esta hora de la tarde. Esta por caer la noche.

—Creo que no hubiese convenido enviarme con dos hombres mientras nos bañamos medio desnudas en el río. ¿No crees?

Luke sonrió con descaro de nuevo. Tenía el deseo de desnudarse y acompañarlas.

—Puedo ayudarte con el cabello, si deseas —dijo Luke con zalamería—.

Acariciar tu espalda...

—No deberías estar aquí y lo sabes.

—Tampoco pretenderás que me vaya muy tranquilo sabiendo los peligros a las que están expuestas.

—Luke, por favor.

El vaquero llegó a un acuerdo con la mujer, aguardaría entre los arbustos sin perderlas de vista en caso de cualquier peligro. Esa decisión fue la mejor

que tomó, puesto que minutos después vio que uno de los hombres de Reynolds se acercó a la orilla y sin que Heather se percatara, el recién llegado la observó con desmedida lujuria.

El vaquero se llenó de admirable paciencia hasta que el hombre comenzó un toqueteo descarado con sus partes íntimas expuestas. Eso fue suficiente para que con gran destreza y de forma sigilosa el vaquero se le acercara. El hombre al saberse descubierto intentó luchar con Luke, por eso sacó su arma para dispararle, pero el vaquero fue más rápido y le dio un tiro en la cabeza que lo dejó inerte al momento.

Todos los hombres acudieron hasta allí cuando escucharon el disparo.

—¿Por qué le disparaste? —le preguntó Reynolds al vaquero mientras buscaba signos vitales en el hombre.

—Acudió a la orilla a mirar a la señora y a su hija de forma inconveniente —se defendió Luke.

—¿Y qué hacías tú aquí? —preguntó Edward con desconfianza—. Espero que no estuvieras haciendo lo mismo.

El vaquero le sostuvo la mirada de forma intimidante.

—No acostumbro a fisgonear a las mujeres —dijo Luke entre dientes—.

No es mi estilo. Lo seguí hasta aquí porque me pareció sospechoso su comportamiento.

—Pero no era necesario asesinarlo —intervino Emile—. A este ritmo nos quedaremos sin hombres.

El vaquero rechistó mientras guardaba su revólver en el cinto.

—Edward, será mejor que le digas a tu mujer que no se aleje de la caravana sin contar con seguridad —dijo Reynolds—. Así nos evitaremos este tipo de incidentes. Ken era uno de los mejores pistoleros del grupo.

—No era tan bueno cuando Luke pudo asesinarlo sin problemas —comentó Edward.

—Gracias a Dios que se trató de uno de mis hombres —aludió Reynolds—, y que Luke estaba cerca. Imagínate si hubiese sido una banda de bandidos los que tuvieran a tu familia al asecho.

—Es mi culpa —dijo el rey del ganado, apesadumbrado—. Yo debí venir con ellas.

En eso Heather se vestía de inmediato.

—Tiren el cuerpo al río —les ordenó Reynolds a los hombres—. Y tú, vaquero, la próxima vez controla tus impulsos con el revólver.

Luke sabía que aquel ataque de ira pudo costarle mucho. Desde ese momento sintió que la mirada de Edward hacia su persona se volvió un gesto de suspicacia.

*

*

*

—Otro error como el pasado y no vivirás para contarlo —le decía Roig Buchanan al vaquero mientras cabalgaban tras la caravana al día siguiente.

—Mi deber es velar por ellas y lo haré así me cueste la vida.

—Cosa que no podrás hacer si terminas con una bala en la cabeza —dijo Roig—. Debes apaciguar tu ira y pensar con cabeza fría.

Luke tenía que reconocer que las palabras de Roig eran ciertas. Estaba de acuerdo en que había actuado impulsivamente cuando le disparó al hombre, pero la imagen repulsiva del tipo fisgoneando a Heather lo alteró, al extremo de no pensar en las consecuencias.

Tras dejar el valle de Kingfisher Creek atravesaron el río Cimarrón con mucha dificultad para llegar a Caldwell, a la altura del rancho Sewell. Se trataba de un poblado muy concurrido por viajeros, debido a que allí se había establecido un puesto comercial muy importante. Un par de hostelerías les ofrecían a los viajeros una habitación básica con tina. Así mismo varios restaurantes se alzaban alrededor del poblado, al igual que uno que otro bar. Llegaron a las inmediaciones de la villa cuando caía la noche, pero antes de ocupar una habitación Heather se encaminó al telégrafo para enviarle un mensaje a Milton procurando por la salud de su tía.

Esa noche tuvo que soportar que Edward durmiera con ella en la misma cama. Sofía ocupaba un mueble cercano en donde su madre le había improvisado un espacio de descanso.

—Heather, querida, esta noche te necesito —le dijo Edward mientras la acariciaba.

—Estoy muy cansada, Edward. Además, Sofía...

—Te juro que no haré ruido.

El rey del ganado se echó sobre ella, pero Heather se mostró renuente a su acercamiento. Al final el hombre desistió frustrado.

—Lo siento, Edward —dijo ella—. El viaje me tiene muy ansiosa.

—Mi idea era que ambos nos relajáramos.

—¡No puedo! —dijo ella y se giró de costado para darle la espalda—. Lo siento.

Edward King observó un rato el techo con miles de demonios que le hablaban a su mente. Esa tarde el enano le había insinuado que el distanciamiento de Heather se debía a que todavía amaba a su ex marido, pero Edward era incapaz de entender cómo su mujer era capaz de amar a un hombre que estaba muerto.

El rey del ganado soltó un suspiro y procuró dormirse.

*

*

*

“Recibí mensaje de Abilene. La salud de tu tía se ha agravado”.

Heather releyó el mensaje de Milton con pesar. Hizo una mueca de tristeza al enterarse que la enfermedad de su tía había empeorado. Agradeció la atención del telegrafista a través de un mensaje y regresó camino a la hostelería que los había acogido la noche anterior. Apuró el paso, pues había dejado a Sofía al cuidado de Edward. Empero cuando estaba por doblar en ruta a la calle principal sintió que la asieron por el brazo con fuerza.

El vaquero le hizo señas de que mantuviera silencio y la condujo hacia un escondite.

—¿Qué pretendes?

—Dime que no te acostaste anoche con ese hombre.

—Es mi marido.

Luke la besó con ansias, con el anhelo de borrar cualquier caricia que hubiese dejado el rey del ganado sobre aquella mujer. Le levantó el vestido con rapidez y se deshizo de las enaguas de un tirón. La apoyó en la pared para embestirla con fuerza, con toda la excitación que lo quemaba en aquellas noches que la sabía cerca y que no podía poseerla.

—Eres mía y quiero que él lo sepa de una buena vez.

—Luke... te amo. —Ella buscaba sus labios con hambre.

—Heather, mi amor. No puedo soportarlo más.

El vaquero la poseyó entre alaridos y gemidos que estremecieron a Heather.

—Tenemos que llegar a Texas —le dijo ella—. Cuando eso suceda huiré contigo.

El hombre la volvió a besar.

—Milton me envió un telegrama para decirme que tía Annie está grave en Abilene —dijo ella cuando terminó de arreglarse.

—¿Crees que tu marido permitirá nos desviemos de la ruta?

—No lo sé, pero quiero verla. Es mi pariente.

Luke le acarició el rostro.

—Trata de que tu marido lo entienda.

Heather asintió, pero antes de dejar el escondite Luke le dijo:

—Y procura que no te toque porque ese día voy a matarlo.

—Luke...

—Eso no es negociable, Heather. Eres mía. Solo mía.

El vaquero dejó el escondrijo y Heather se mantuvo allí unos minutos más intentando ralentizar sus emociones.

*

*

*

Esa noche el vaquero se dirigió a uno de los bares de Caldwell. Le parecía un buen pueblo para establecerse, aunque carecía de las bondades de la ciudad. Cuando entró a *saloon* se encontró con que en el lugar el rey del ganado dominaba las apuestas sobre el tapete. El hombre levantó el rostro y le sonrió a Luke sin mostrarle los dientes. Desde el incidente a orillas del río, Edward se mostraba receloso frente al vaquero.

Luke ocupó uno de los taburetes en la barra y pidió una cerveza.

—En Caldwell solo vendemos aguardiente —dijo el dependiente—. Aquí no acostumbramos a bebidas tan suaves, diseñadas para damas.

El vaquero sonrió y se tomó de un solo sorbo el trago que le sirvió el hombre.

—¿No apuestas, vaquero? —la pregunta de Edward King a sus espaldas lo tomó por sorpresa.

Luke se giró en el taburete para enfrentarlo.

—Hace muchos años que dejé la costumbre.

—Temes que te gane —Edward sonrió con sorna.

—Temo desilusionarte, pero puedo convidarte a un trago.

—No bebo —contestó el rey del ganado y se apostó en el taburete

contiguo al vaquero.

El dependiente pasó a atender a otros clientes. Cuando los hombres estuvieron a solas se dedicaron a pensar en silencio hasta que Edward se aventuró a hablar.

—Soy un necio —dijo el barón.

—¿Y por qué piensas eso?

—Le he confiado la vida de mi familia a un hombre al que apenas conozco.

Luke se mantuvo en silencio. Sospechaba que aquella alocución de Edward se debía a la falta de confianza que tenía el hombre desde el incidente en el río.

—Hasta ahora me doy cuenta de que no sé nada de ti, Montana. Me ofusqué en tu destreza con el revólver sin escudriñar tu pasado.

—No hay mucho que contar.

—La gente dice que regresaste a Monroe desde el este.

—He viajado mucho entre el este y la Frontera, pero siempre termino en Monroe.

—Fuiste dueño de un rancho. ¿Tuviste familia?

El vaquero sospechaba que el enano tenía que ver con ese interrogatorio.

—Nada en mi vida es memorable, Edward. Soy un simple vaquero que a

veces ha tenido fortuna y otras veces desgracia. Como todos en la Frontera.

—¿Qué harías si descubres que tu mujer te engaña con otro? —le preguntó el rey del ganado.

El vaquero ponderó su respuesta por un tiempo. Estaba seguro de que Edward lo estaba probando.

—Si sospecho que me engaña con otro debo entender que no me ama. Razón suficiente para dejarla.

—¿Pero si la amas?

—¿De qué me vale retenerla en contra de su voluntad? Pero honestamente no entiendo tus preguntas.

—A veces es bueno filosofar, vaquero. No me hagas caso. ¿Vas a contarme de tu vida?

Luke encendió otro cigarro y pidió otro vaso de aguardiente.

—Ya te dije, no hay nada digno de contar, Edward.

—¿Y por qué todos te admiran? Los hombres que agregaste a la seguridad casi te reverencian.

—No creo que me reverencien, como dices. Me he ganado el respeto de muchos en la Frontera.

—Emile dice que te ha visto batirte a tiros con los peores delincuentes. Incluso, Richard Perkins.

Luke tensó la mandíbula.

—Deberías restarle un poco de mérito a las fantasías del enano. La mayoría de las veces exagera y otras miente.

—¿Qué opinas de Heather?

—No tengo opinión de la señora.

—Qué bueno que te dirijas a ella como la señora. He visto cómo la admiras y me incomoda admitir que me molesta.

—Lo siento. —Luke le dio un sorbo a su trago—. Tienes una mujer hermosa y es muy difícil no admirarla.

—Una cosa es que la admires, Montana, y otra muy distinta es que te la comas con los ojos.

El vaquero sonrió mordaz.

—Intentaré no mirarla, entonces.

—Quiero que ni le hables, Montana, o me veré obligado a prescindir de tus servicios.

Luke hizo una mueca de disgusto.

—¿Desconfías de tu mujer?

—El que no me inspira confianza eres tú. Quiero que cuando lleguemos a Texas desaparezcas para siempre.

—Ese es mi plan, desaparecer para siempre, Edward.

Lo que no le diría es que pensaba desaparecer junto a Heather y a su hija.

—Estás advertido, Montana. Te quiero a distancia de mi mujer.

—Tranquilo, sé respetar a las mujeres casadas.

La sonrisa pícaro del vaquero dejó a Edward con mayores dudas. Luke Montana era un rival al que no podía subestimar. Sus dos metros de estatura, su piel cobriza por el sol, su cuerpo fornido, sus ojos grises y su sagacidad para enfrentar el peligro eran razón suficiente para encandilar a cualquier mujer de la Frontera.

*

*

*

Llevaban dos días de viaje en dirección a Abilene. Una decisión que supuso un retroceso de cientos de kilómetros en el viaje. En principio Edward se mostró renuente, pero las lágrimas y la actitud de indiferencia de su mujer lo llevaron a recapacitar.

Esa tarde se habían detenido en un paraje solitario para que los caballos descansaran, tiempo que Luke aprovechó para dialogar con Heather a escondidas.

—Abilene puede ser nuestra mejor oportunidad de huir —le dijo el vaquero—. Allí confluyen varias rutas del tren. Podemos irnos a Oregón.

Sospecho que Edward intuye que existe algo entre nosotros.

Heather intentaba peinar a Sofía a las puertas del carromato.

—Primero tengo que ver qué ha sucedido con la tía Annie.

—Si aceptas, haré los arreglos para escapar.

—No estoy segura, Luke. Primero quiero saber de mi tía.

—¿Lo mismo harás cuando llegemos a Texas? —le preguntó el vaquero, enfadado—. ¿Crees que toda la vida estaré suplicándote? También quiero paz. No pretenderás que ande tras de ti...

—No te pedí que vinieras. —Ella lo enfrentó—. Si estás aquí es porque quisiste.

—Estás agotando mi paciencia, Heather.

—Y tú estás poniendo en peligro el bienestar de Sofía.

El vaquero gruñó. En eso apareció el enano con una sonrisa irónica.

—Estos encuentros entre amantes pueden resultar en un gran infortunio

—dijo Emile.

—Ya agotaste mi paciencia. —Luke le colocó su revólver en la sien.

—Si me matas, levantarás sospechas frente a Edward. Mucho más de las que ya tiene.

—Sospechas que te has encargado de sembrar tú —gruñó el vaquero—.

Pero quisiera que Edward me enfrentara para tener una buena excusa y

mandarlo al infierno junto a ti.

Heather intervino.

—¿Pueden comportarse los dos? —preguntó la mujer, indignada.

Al final el vaquero desistió, se giró sobre sus talones y desapareció.

—Debería pensarlo muy bien, miss Harrison —comentó el enano—. Una dama tan distinguida como usted no debe huir del brazo de un vaquero tan terco como Luke Montana. No la visualizo huyendo de una ciudad a otra.

Además, ambos sabemos que Edward no se quedará de brazos cruzados con su honor mancillado. Gastará su fortuna hasta dar con ustedes. Esta vez no se trata de un cuatrero de poca monta como Richard Perkins.

Heather le torció la mirada al hombrecillo y se dedicó a peinar a su hija.

—Después de todo no debe cambiar un barón ganadero por un vaquero sin futuro. Ya no es una chiquilla y debe pensar en Sofía.

—Cuando necesite sus consejos, Emile, se los pediré. —Heather se subió al carromato y le cerró la puerta en las narices al enano.

*

*

*

—Llega usted demasiado tarde, querida —le dijo Bertha Hopkins a Heather cuando la recibió en su casa.

Esa dama había cuidado de su tía durante sus últimos días de vida. Era una viuda muy distinguida entre las familias adineradas de Abilene. Su comportamiento refinado y su apellido así lo dejaban ver. Procedía de una familia de aristócratas europeos que habían emigrado al nuevo mundo a principios del siglo diecinueve. Para coronar su abolengo habían pactado un matrimonio entre Bertha y un barón ganadero hacía muchos años. Más que un matrimonio fue un favor que el joven le hizo a una mujer solterona que no gozaba de hermosura, pero que le sobraba la fortuna.

Heather se mantuvo en silencio mientras degustaba el té que la mujer le había compartido en medio de un enorme salón tapizado con papel de flores. La vajilla que la mujer había requerido de sus sirvientes era de porcelana traída desde Francia.

—La pobre sufrió mucho durante su enfermedad —comentó la mujer en referencia a Annie—. Se lamentaba constantemente por no haber podido regresar a Monroe Park. Cuando se enteró de que usted y su hermana habían ido a vivir con ella se angustió muchísimo. Yo siempre le decía que ustedes estarían bien. El médico insistía en que su corazón no resistiría un viaje tan largo de regreso. —Bertha hizo una pausa para alcanzar un abanico de mano que descansaba en la mesa de centro—. Por cierto ¿su hermana no vino?
Heather negó con la cabeza a la vez que dejaba la taza de té en una

mesilla contigua a la butaca que ocupaba. Sofia se había acomodado a su costado mientras jugaba con una de sus muñecas.

—¿Pero ella está bien? —inquirió Bertha.

La poca paciencia de Heather por la indebida intromisión de la mujer ya comenzaba a hacer mella en su paciencia.

—A Betty la raptaron los indios Creeks —soltó Heather para descolocar a la dama.

—¡Querida! Qué desgracia. ¿Y no la pudieron recuperar?

—Intentamos, pero ella decidió permanecer con ellos.

La mujer la miraba perpleja. Para la sociedad de la época esa descabellada idea no tenía cabida. Ninguna joven de buena familia optaría por vivir en una reserva india.

—Imposible, los indios son salvajes. Deben haberla obligado.

—En realidad se casó con el hijo del jefe de la tribu. —Heather se divertía ante el rostro atónito de la mujer.

Bertha se persignó y prometió orar por el alma atribulada de Betty.

—Es una pena. Al menos usted tiene una linda familia —añadió Bertha para suavizar los altibajos que le había producido esa conversación—. Se ve que el señor King las adora. ¿Desde cuándo estás casada con él, querida?

—Apenas hace dos meses y medio.

La mujer volvió a mostrar desconcierto.

—¿Y la niña?

—Es de un matrimonio anterior.

—¿Eres divorciada? —Bertha se mostraba traumada. Sus creencias católicas no permitían las segundas nupcias. Eso era un escándalo.

—Este es mi tercer matrimonio —dijo Heather sin ninguna expresión.

A esas alturas pretendía fastidiar a la mujer por sus indiscreciones.

—Primero estuve casada con un cuatrero —prosiguió Heather—. Pero mi difunto padre logró invalidar el matrimonio.

—¡Dios Santo!

—Luego con un forajido que huía de los yanquis. Lo conocían por ser el mejor pistolero del oeste. Y ahora...

—Imagino que tendrás prisa por volver con tu familia. —La mujer se levantó de su butaca como un resorte para acompañar a Heather y a la niña a la puerta.

Recibir en su casa a una mujer que no comulgaba sería un escándalo entre sus amigas. ¿Qué pensarían su círculo de conocidos si descubrieran que había atendido en la hora del té a la ex mujer de un cuatrero, divorciada, casada con un pistolero y madre soltera?

—Lo mejor fue que tu tía estuviera ajena a los detalles de la vida tuya y

de Betty —añadió Bertha—. Hubiese muerto antes por el disgusto

—Se me olvidó decirle que trabajé en un burdel.

—¡No quiero escuchar nada más! —dijo la dama haciendo ademanes de disgusto.

—Trabajaba como sirvienta. Nunca me acosté con los caballeros de alto abolengo que acudían a ese lugar. Hombres como su difunto marido, aburridos de las damas encopetadas y frías.

Heather sonrió satisfecha al ver el rostro escandalizado de la dama.

—Gracias por cuidar de mi tía.

—Casi lo olvido. Me dejó un recado para ti.

Bertha se giró para caminar hasta un armario de madera desde donde extrajo un sobre. De inmediato se lo entregó a Heather.

—Espero que puedas darle un buen uso —advirtió la mujer—. Son los ahorros de Annie.

En principio Heather pensó en no aceptar el dinero, pero era preferible contar con esa pequeña fortuna y no ser dependiente totalmente de Edward.

Por eso, pensando en una futura huida, lo tomó.

—Espero que le vaya mejor en la vida de lo que le ha ido hasta el momento, Heather.

—Gracias por sus buenos deseos, Bertha. Son muy apreciados.

Sofía levantó la mano para despedirse de la mujer y ambas salieron hasta la calle en donde Heather pudo respirar en paz. El pasado encuentro con Bertha le había provocado una profunda ira. Sabía que su vida no era nada idílica en comparación con las grandes damas de la Frontera, pero no se arrepentía de sus decisiones.

Aun con sus equivocaciones, la vida la había premiado con el amor desmedido de un hombre como el vaquero y con la bendición de una hija, que era la razón de su existencia.

*

*

*

“Luke: Pinkerton contrató a un dibujante porque hay una testigo que dice vio al asesino” . El vaquero guardó en su abrigo el telegrama que acababa de recibir por parte del notario.

Al dejar la oficina del telégrafo de Abilene sintió urgencia de adelantar sus planes. Si era correcto que la agencia de detectives había contratado a alguien para que hiciese un boceto de su persona lo más seguro era que no tardarían en poner un anuncio en cada esquina de la Frontera en los cuales aparecería su rostro. Maldijo su suerte. Según lo que recordaba estaba seguro de que no había dejado cabos sueltos cuando cumplió el cometido del capitán

Drumond.

Tuvo suerte y pudo reunirse con Heather ante un descuido de Edward. El vaquero había logrado escurrirse en la habitación de la posada.

—Siento mucho lo de tu tía. —El hombre le acarició el rostro con cariño.

—Gracias. Una pena que no haya tenido la oportunidad de despedirme de ella. Al menos fui hasta el cementerio a orar por su alma.

En esa ocasión Luke cargaba a Sofía en sus brazos.

—Cooper me acaba de enviar esto.

Heather palideció cuando leyó el mensaje que el vaquero le extendió.

—Luke...

—Tenemos que actuar rápido. Esta misma noche si es preciso.

—Tengo miedo, Luke. Es arriesgado. Edward se ha comportado extraño en los últimos días. Es como si dudara de mí.

Luke junto su frente con la de la mujer. Se abrazaron con Sofía de por medio. No le diría de la conversación que tuvo con Edward en el *saloon* para no angustiarse más.

—Esperemos a llegar a Texas, por favor —dijo ella—. Creo que cuando lleguemos al rancho será más fácil. Edward me dijo anoche que tan pronto estuviéramos allá se tendrá que ausentar unos días por asuntos de negocio. Entonces, podremos huir, Luke.

El vaquero le besó la frente.

—Si algo me pasara antes de que eso suceda prométeme que de todas maneras huirás, Heather. No te quedarás a vivir de manera infeliz junto a un hombre al que no amas. Que utilizarás el dinero que tengo para irte lejos. Prométeme que vas a ser feliz.

—¿Por qué dices eso?

—Pinkerton no es cualquier agencia, cariño. Irán tras mi rastro y esta vez no podré escapar de la horca.

—Luke...

El vaquero le tapó la boca con su mano para que lo dejara finalizar.

—Por eso necesito que me jures que pase lo que pase huirás con la niña para ser feliz. No te quedes en América. Viaja a España y rehaz tu vida.

—Mi vida eres tú y Sofía, Luke. No puedo ser feliz si ustedes me faltaran.

La mujer lo besó.

—Lo vamos a lograr, vaquero. No es momento de rendirnos. Si hemos llegado hasta aquí lograremos ser felices. Ya lo verás.

Lo vivido no se comparaba con lo que estaban a punto de enfrentar, pero ellos eran ajenos a los peligros que se cernían sobre sus cabezas.

Capítulo Once

El reencuentro

Ese día el sol estaba en todo su esplendor, pero a la misma vez el calor era tan insoportable que la caravana iba despacio para evitar la fatiga de los caballos. Billy, el jovencito, había desistido de ir a Knoxville gracias a la tentadora oferta que Luke Montana le había hecho: permanecer como parte de la caravana y ayudar a Heather con sus necesidades. El joven había aceptado el trabajo por un poco de comida, agua y un lugar seguro donde pernoctar durante la travesía y al vaquero le pareció favorable contar con ayuda adicional.

Billy era un poco torpe en su cabalgadura y sabía poco del uso de las armas, por eso Luke desistió de que llevara una. El joven se quejó, pero el vaquero prometió que cuando tuviera tiempo le enseñaría. Era como una esponja que absorbía de todos los hombres. En poco tiempo se ganaría el cariño del grupo, el vaquero estaba seguro de ello.

Una increíble paz acogía el viaje mientras atravesaban la llanura que iniciaba la recién bautizada senda Chisholm. Hacía un rato que se habían topado con una caravana que viajaba en dirección contraria. Resultó ser un grupo de mormones que se dirigía a Colorado desde el sur. Intercambiaron algunos víveres, se saludaron con respeto y cada grupo prosiguió por su camino. No sin antes recibir la advertencia del ministro mormón: “Deben tener cuidado. En el pueblo que acabamos de dejar nos dijeron que hay una

amenaza india contra los viajeros de la senda”. Luke no le dio mayor importancia, pues pensaba que siempre existía la posibilidad de ser atacados por los comanches. Jamás bajaba la guardia.

El vaquero se acomodó su sombrero Stetson, encendió un cigarro y silbó su canción favorita. Luego un pesado silencio acogió la caravana. De vez en cuando se escuchaba el sonido estridente de los cuervos o el sisear del viento entre las colinas. Nada de qué preocuparse.

Empero cuando más confiados estaban Steve Gallagher, uno de los hombres de Reynolds, dio la voz de alerta al escuchar a la distancia el grito de los indios comanches que se abalanzaban al camino desde una de las colinas. De inmediato Luke dio la orden para que la caravana apurara el paso mientras él y sus hombres le disparaban a los comanches que repelían el ataque con flechas y disparos.

Sin embargo, los carromatos no podían ir demasiado rápido, puesto que la carga que llevaban era pesada. En esa huida, forzada por el imprevisto ataque, el carro en el que viajaban Heather y la pequeña Sofia se volcó a la orilla del camino. La mujer intentó salir con la niña en brazos, pero estaba tan aterrorizada y aturdida al ver cómo los comanches acababan con los hombres de Reynolds, que permaneció en el interior con su revólver en la mano.

Decidida a defender a la niña a toda costa.

En tanto, en el exterior Luke y Roig no paraban en su intención de acabar con los indios, pero los comanches los superaban en cantidad de hombres. Era una batalla tan desigual que el vaquero albergó la idea de que los comanches prevalecerían.

—¡Billy, ve con Heather! —le gritó el vaquero al jovencito, quien a gatas intentó llegar hasta el carromato.

—Tenemos que escondernos, Luke —le dijo Roig—. O nos matarán.

El vaquero sabía que su amigo tenía razón, pero si salían de la caravana los comanches tomarían a Heather. Luke maldijo en su mente la cobardía de Edward, quien se había atrincherado en su propio carromato junto al enano para mantenerse a salvo.

En eso se oyó un par de disparos provenientes del interior del carruaje de Heather. La mujer había logrado acabar con la vida de tres comanches.

De pronto se escuchó otro grito de guerra. Esta vez un grupo de indios salió de entre la enramada para combatir a los comanches. Entonces, se desató una batalla entre indios que le permitió a Luke y Roig regresar a la caravana para continuar el combate.

Cuando la batalla pareció aminorar el vaquero se acercó al carromato de Heather, para comprobar que no quedaba rastro de la mujer ni de la niña.

—Los indios se las llevaron —logró balbucear Billy, quien aún

permanecía en el interior, aterrado.

*

*

*

Billy había recitado todo cuanto se acordaba de los indios que se habían llevado a Heather y a su hija. El vaquero insistía en recabar detalles. Era la única forma de identificar el lugar exacto a dónde las habían llevado. Le sacaba de quicio que Roig buscara minuciosamente en el interior del carromato porque le parecía una pérdida de tiempo, pero tan pronto su hombre de confianza salió cargando con una pequeña pluma roja supo lo que significaba aquella señal.

—Creo que es momento de visitar de nuevo a los Creeks —dijo Roig con una enorme sonrisa.

Iniciaron la travesía hasta las inmediaciones del río Blanco con tan solo seis caballos y cuatro hombres, pero bajo la amenaza de que, sino regresaban con Heather y la niña, el propio Edward King se encargaría de ajusticiarlos. Antes de dejar la caravana Luke le había pedido a Reynolds que hablara con el rey del ganado, pues lo menos que necesitaban en ese momento era que el hombre perdiera la cabeza, y tal como había jurado, iniciara su propia búsqueda.

El vaquero y Roig conocían de sobra lo pacífico y a la vez guerrero que eran los Creeks. Lo habían experimentado en carne propia cuando fueron en busca de Betty, la hermana de Heather, hacía cuatro años.

—Los Creeks son pacíficos —le aseguró Roig durante el camino.

—¿Debo recordarte el día que nos encontramos con ellos? —le preguntó Luke sin detener su cabalgata.

—Tal vez se acuerden de nosotros —dijo Roig—. Imagina que Heather desee quedarse en ese paraíso, Luke. Tal vez si se reencuentra con su hermana...

—Roig Buchanan si todavía quieres cumplir esa promesa de morir en una cama cálida es mejor que mantengas la boca cerrada.

El resto de la travesía la hicieron en silencio. Tiempo que Luke aprovechó para tejer varias estrategias para un oportuno rescate. ¿Lograría recuperar a Heather y a su hija del campamento Creeks o las perdería allí para siempre?

*

*

*

Heather había luchado con tenacidad, pero el par de indios que la arrancaron del interior del carruaje le habían dado a tomar un brebaje que la sumergió en una inevitable soñolencia, por eso había perdido la noción del

tiempo transcurrido. Cuando abrió los ojos comprobó que estaba en el interior de una tienda hecha con cuero de bisonte sobre un colchón confeccionado con piel de oso.

Alrededor pudo divisar pieles de animales, plantas y una pequeña fogata.

El olor a brebajes curativos y la semioscuridad del lugar la aturdieron. Tuvo que enfocar su vista para distinguir a una mujer india quien rezaba con fervor una plegaria en un lenguaje que no logró entender.

—¡Sofía! —gritó Heather cuando no vislumbró a su hija.

Intentó pararse, pero el mareo la invadió. Cerró los ojos para recuperarse.

—Niña, estar bien —dijo la anciana—. Tú estar bien. Yo cuidaré de ti.

—¡Quiero ver a mi hija! —demandó Heather. Esta vez logró incorporarse con dificultad, pese a que la anciana intentó contenerla.

—Princesa de la Llanura, madre blanca de todos nosotros, cuida la niña

—dijo la anciana.

En ese momento una joven india de cabello oscuro, sujeto por dos largas trenzas, acudió a interior de la carpa. Al ver a Heather sonrió afable. En ese momento la anciana dejó la tienda en silencio.

—Todo estar bien —dijo la joven recién llegada—. La madre de todos nosotros está feliz con la Nieta del Sol.

—¿La Nieta del Sol? —preguntó Heather sin entender lo que decía la

joven.

—La niña de risos dorados que tenías.

—Es mi hija —dijo Heather.

—Es la gran promesa de los dioses. Esperábamos por ella.

El corazón de Heather latía con tanta fuerza que le retumbaba en las sienes. Había escuchado que algunas tribus indias hacían sacrificios de niños blancos.

—¡Sofía! —gritó Heather e intentó salir de la carpa, pero la joven la retuvo.

—Princesa de la Llanura ahora cuida de la Nieta del Sol.

—¡Quiero ver a mi hija! —suplicó Heather.

De un empujón logró librarse de la joven y ganar acceso al exterior. Se topó con una comunidad de tiendas cónicas, los llamados *tipis*. Los indios que se encontraban en los alrededores la escudriñaron con interés.

En eso un par de hombres se le acercó para llevarla de nuevo al interior de la tienda.

—Gran Águila prepara celebración para recibir a la Dama del Búho—dijo uno de los hombres con una sonrisa cálida que convenció a Heather de que no pretendía hacerle daño—. Tú ser la Dama del Búho. Tú ser como nuestra madre blanca, la Princesa de la Llanura.

Heather se dio por vencida al no entender del todo lo que los hombres pretendían.

—La Nieta del Sol jugar con niños de la tribu —añadió el hombre—.

Estar feliz.

Por el momento Heather se calmó. Decidió que ese tiempo lo utilizaría para buscar la forma de huir de allí, pero lo primero que tendría que lograr sería reunirse con Sofía.

*

*

*

Luke Montana y sus hombres estaban escondidos tras unos arbustos cercanos al campamento de los Creeks. El vaquero observaba a través de los binoculares la ceremonia que llevaban a cabo los indios.

—Tenemos que buscar la forma de llegar hasta ellos —comentó Luke—.

No veo a Heather. Parece que los Creeks se preparan para una celebración Roig le arrebató los binoculares a Luke para convencerse de que lo que su amigo decía era cierto.

—Había olvidado que esta noche es luna llena —dijo Roig—. Para ellos tiene un gran significado

Luke hizo una mueca de duda.

—Tampoco pude divisar a Betty —dijo el vaquero.

—Las mujeres están reunidas haciendo la comida. Lo mejor será que me presente con el jefe indio.

—Tal vez no tengas la misma suerte de la otra vez, Roig. En cuatro años las cosas cambian bastante.

—Tendremos que arriesgarnos. Si comenzamos una batalla en contra de ellos para rescatar a Heather perderemos.

El vaquero guardó silencio porque sabía que su hombre de confianza tenía razón. Era preferible lograr un rescate pacífico. Lo demás pondría en peligro a su hija y a la propia Heather.

—No veo al jefe indio —dijo Roig—. De todas maneras, iré para ver qué logro.

Obvio, Roig Buchanan por su aspecto físico podía ser considerado un amigo de los indios. Además, conocía a la perfección el dialecto de los Creeks.

—Pase lo que pase no te apresures, Luke —le dijo Roig antes de dirigirse al campamento.

El vaquero asintió, aunque en su interior sabía que no esperaba a que ocurriera una desgracia. Su objetivo era sacar a Heather y a la niña de allí sanas y salvas a costa de lo que fuera.

*

*

*

Con cada minuto que pasaba Heather sentía que la opresión de su pecho, por la angustia, acabaría por matarla. Estar dentro de esa tienda custodiada por varias mujeres de la tribu no le impartía ninguna tranquilidad. Más aún cuando preguntaba por la pequeña Sofía y las mujeres sonreían mientras se miraban entre sí.

Después de gritar, pelear, agredirlas y escupirlas, Heather optó por apaciguarse. Tanto había demandado que había perdido su voz y había recibido un baño con un balde de agua fría por parte de la más anciana. —¡Calma! —le había dicho esa misma mujer con voz serena mientras la golpeaba con un mazo de plantas que expedía un olor a menta y romero—. ¡Apacíguate, Dama del Búho! La noche traerá tu recompensa. ¡Apacíguate, mujer blanca! La Luna está espléndida esta noche. Se alegra de tu encuentro. ¡Apacíguate, mujer blanca!

Heather se mantenía atenta, empapada, pero sin entender a qué se refería. En eso otras mujeres le quitaban su ropa. De nuevo regresó la resistencia, pero al final tuvo que conformarse con una especie de túnica hecha de cuero animal que le resultó cálida. Le retiraron el moño a la altura de la nuca, le

peinaron el cabello y se lo trenzaron. De nada valieron sus demandas, pues el grupo de mujeres se impuso. La coronaron con plumas de múltiples colores y la maquillaron según sus deseos.

—Gran Águila, padre de todos nosotros, quiere ver a la Dama del Búho

—dijo la anciana mientras le daba golpecitos ahora con un mazo confeccionado por plumaje.

Esa misma mujer cargaba en su cuello una piel de serpiente y una cabeza de zorro le colgaba del pecho como si se tratara de una preciada joya.

Cuando dejaron el interior de la tienda ya la noche había caído sobre el campamento. En medio de lo que parecía la plaza central habían dispuesto un círculo delimitado con fuego. Un grupo de indios custodiaba el lugar. Un par de mujeres de la tribu dirigía a Heather al círculo. Los alaridos del resto le provocaban gran terror.

Las mujeres que se habían aglomerado a ver el espectáculo comenzaron un cántico como si dieran un llamado de guerra. En eso, cuatro hombres de la tribu escoltaban a un hombre indio de cabellera emplumada. Era un hombre joven e imponente. De piel cobriza, ojos oblicuos, cabello lacio y oscuro, nariz recta y alargada y de constitución robusta.

Todos los presentes lo reverenciaron. Tras de él una mujer joven, también con la cabellera emplumada era escoltada por un séquito de mujeres. Heather

se fijó en que, a diferencia del hombre, la mujer tenía su cabello rubio y su piel pálida. Detrás del maquillaje que cubría su rostro Heather pudo reconocer a su hermana menor.

Betty Harrison estaba allí. Sintió una enorme emoción y la urgente necesidad de correr hasta ella, pero las indias Creeks que la custodiaban se lo impidieron.

El jefe de la tribu, Gran Águila, llevó a cabo un rezo en el dialecto creeks. Luego se dejó salpicar con agua por parte de uno de los ancianos y al final ocupó una especie de trono confeccionado con troncos de árboles. Invitó a Betty a sentarse a su lado y dio órdenes para que acercaran a Heather hasta donde ellos.

—Bienvenida —dijo el hombre—. La promesa de la Luna se ha cumplido. Dama del Búho ya está con nosotros como deseó la Princesa de la Llanura.

Heather intentaba hacer contacto visual con Betty, pero su hermana la trataba como a una extraña. Su indiferencia le dolió, pero se concentró en las palabras del jefe de la tribu.

—Quiero a mi hija —dijo Heather.

—Traer a la Nieta del Sol —ordenó Gran Águila.

Cuando al fin Heather pudo tener a Sofia en sus brazos sintió alivio.

Escudriñó a la niña que ahora llevaba una trenza y una pluma en la cabeza.

—Ustedes dos estar bien con nosotros —añadió el jefe—. Creeks

cuidarán de ustedes como es deseo de Princesa de la Llanura.

En eso Gran Águila se giró hacia Betty y le sonrió. La mujer le devolvió el gesto con su rostro satisfecho.

—Mi hija y yo no podemos quedarnos —dijo Heather con voz temblorosa

—. Mi esposo está preocupado.

El jefe indio levantó el mentó a modo de reto.

—Esposo tuyo muerto.

Heather sintió que como si le hubiesen pegado un puntillazo en el centro del pecho. Imposible que Edward estuviera muerto. Apretó a Sofía contra sí y buscó de nuevo la mirada de su hermana, pero no tuvo éxito. Betty parecía como si no la reconociera.

—No podemos quedarnos.

—Creeks cuidará de ustedes —insistió el jefe.

—Tenemos que regresar —dijo Heather.

Gran Águila tensó la mandíbula e hizo una seña para que varios hombres se les acercaran para darle unas instrucciones que Heather fue incapaz de escuchar. Los hombres tomaron a Heather de los brazos para conducirla de nuevo a la tienda.

—¡Betty! —gritó Heather, pero su hermana se mantuvo incólume—.

¡Betty! Soy tu hermana, Heather.

*

*

*

Como esposa del líder supremo de la tribu, Betty estaba decidida a retener a su hermana y a su sobrina aun en contra de su voluntad. Hacía un año que le había pedido a Gran Águila que intentara dar con el paradero de Heather y que las trajera a vivir entre la tribu. Petición que su esposo acogió con gusto. Por eso se dio a la tarea de designar a varios de los guerreros Creeks, quienes estaban al asecho desde que supieron del viaje de Heather a Texas. Aprovechando el ataque de los comanches cumplieron con la misión que les había sido delegada.

Esa noche, después del reencuentro con Heather, Betty se retiró a su propia tienda junto a su esposo y a sus pequeños hijos. Allí, en la intimidad, Gran Águila intentó hacerla reaccionar.

—¿Qué sentido tiene retenerla en contra de su voluntad? —le cuestionaba el hombre en el dialecto Creeks—. Ella tiene su vida, sus costumbres y afectos en la Frontera.

—Aquí estarán mucho mejor —dijo Betty mientras se quitaba el plumaje

que coronaba su cabeza—. Mi hermana ha sufrido mucho. Ni te imaginas las cosas que le han pasado.

—Se llama destino, princesa.

—Debí intervenir antes. Saber que vivía de forma miserable en ese pueblo y no hacer nada por ella fue mi peor error.

—No te culpes. —El hombre la abrazó para consolarla—. Ahora sabes que está casada con un hombre que podrá cuidarla. El llamado rey del ganado tiene mucho poder. Además, por las confidencias que recogieron los guerreros en Monroe Park, sabemos que la llevará a su rancho. Allá ella y la niña estarán bien.

Betty se mantuvo en silencio, pero al rato dijo:

—Ese no es el hombre a quien ama. Tengo que retenerla.

—Perdóname, princesa, pero torcer su destino no es la forma más apropiada. Eso conllevará otros problemas. Su esposo vendrá por ella y desatará un infierno entre la tribu.

Betty se quedó observando el fuego que ardía entre unas piedras cercanas para mantener cálido el interior de la tienda.

—Da la orden, por favor —dijo Betty.

—¿Estás segura, princesa?

—Quiero que antes del amanecer Edward King dejé de respirar.

Gran Águila le dio la orden a uno de los ancianos que aguardaba a la entrada de la tienda. En ese momento otro hombre entró para informarles que un intruso había logrado burlar la seguridad y se había infiltrado en el territorio.

Betty reconoció al hombre que traían atado de manos y pies, pese a que Roig Buchanan estaba con el rostro desfigurado.

—¿Quién es? —preguntó el jefe de la tribu.

—Es amigo —reconoció Betty—. No nos hará daño.

*

*

*

Emile de Tours observó el aviso en sus manos. Se alarmó al contemplar el boceto, pues era una imagen muy parecida a la del vaquero. Esa mañana la caravana del rey del ganado se había dirigido a un pueblo cercano para esperar noticias del rescate de Heather y la niña.

Para Edward King esas pasadas horas habían sido lo más parecido a un infierno. En varias instancias Reynolds tuvo que convencerlo para que desistiera de ir en busca de su mujer. Al final el buen juicio había prevalecido y el hombre se dedicó a esperar noticias. Tiempo que el enano aprovechó para husmear en los comercios cercanos de la ciudad. Fue allí donde se topó

con el aviso que provenía de la agencia Pinkerton y que ofrecía ochenta mil dólares por la entrega de El Fantasma. Según los detectives ese individuo de rostro indefinido había asesinado a cuatro congresistas en el este.

«Una enorme fortuna», pensó Emile con los ojos brillosos, inundados de total avaricia.

—Va a ser muy difícil que puedan encontrarlo —mencionó un hombre, quien se había apostado cerca de Emile—. Por eso lo llaman El Fantasma.

—Pocos hombres han escapado de Pinkerton —dijo el enano, se giró sobre sus talones y se dirigió a la pensión en donde pernoctaba Edward.

Cuando llegó encontró al rey del ganado enfrascado en una agria discusión con Reynolds, pues el hombre de seguridad buscaba una vez más convencerlo de que ir a las colinas sería arriesgado.

—¿Podemos hablar? —preguntó el enano—. Pero lo que necesito decirte tiene que ser a solas.

Reynolds tomó su sombrero, gruñó un improperio y dejó la habitación.

—Si lo que vienes a decirme no tiene que ver con Heather no me interesa, Emile.

El enano desdobló el anuncio que había guardado en su chaqueta y se lo mostró como si se tratara de un valioso premio. En principio Edward no entendió lo que Emile quería transmitirle.

—¿A quién se te parece este boceto?

—No estoy para tus acertijos, Emile. Habla de una buena vez.

—Míralo bien.

—No tengo idea.

—Al vaquero.

Edward le arrebató el papel para escudriñar el boceto. Si era justo con su apreciación, el dibujo se parecía en algo, pero la representación del papel era la de un hombre sin barba y bigote.

—Tiene algún parecido, pero ¿sabes cuántos hombres en la Frontera se parecen entre sí?

—Estoy seguro de que es él, por eso volvió a Monroe sin barba ni bigote

—dijo Emile cuando recuperó el anuncio—. Le ha crecido en las últimas semanas. Tenemos que denunciarlo. Son ochenta mil dólares. Jamás una recompensa reunió tanto dinero.

Edward se acercó a la ventana de la habitación para contemplar las colinas mientras se atusaba el bigote. Quizás esa era la oportunidad de deshacerse del vaquero, pero estaba convencido de que lo peor del viaje a Texas apenas comenzaba. Lo iba a necesitar para llevar a Heather y a Sofía hasta El Alcántaras.

—No podemos entregarlo aún, Emile —dijo Edward—. No hasta que

lleguemos a Texas. Luego me comunicaré con mis contactos en Pinkerton.

—Alguien más puede cobrar la recompensa en ese tiempo —dijo el enano

—. Además, si lo matan durante el viaje...

—Nos tocará protegerlo. Me guste o no tengo que aceptar que lo necesito para llegar a Texas. Esta mañana Reynolds y yo estuvimos rediseñando la ruta y nos queda un tramo en el tren. Cada vez tenemos menos hombres. Lo necesitamos.

—Edward, pero si tanto odio le has tomado al vaquero esta es tu oportunidad.

—Tal vez es la oportunidad, pero no el mejor momento. Te pido, Emile, que por la amistad que nos une no avises a Pinkerton. Tampoco estamos seguros de que se trata del vaquero. Esperemos.

Emile mostró su rostro enfurecido y frustrado. Sentía que algo podría salir mal y acabar perdiendo la jugosa recompensa, sin embargo, acató la decisión de Edward.

*

*

*

A la mañana siguiente Roig parecía no dar ninguna señal, por eso Luke puso en marcha su propio plan. Después de darle instrucciones a los hombres

que lo acompañaban de que permanecieran alerta en los alrededores, logró infiltrarse en la tribu. Tuvo que valerse de gran astucia para eliminar varios obstáculos, como fueron los hombres que amenazaron con delatarlo.

Al final logró acceso al interior del *tipi* en donde eran retenidas Heather y la niña. Para penetrar el recinto tuvo que degollar a dos indios que custodiaban la entrada de la tienda y amenazar a las mujeres que vigilaban en el interior.

Las indias Creeks lloriqueaban mientras el vaquero les exigía silencio.

Heather no podía creer que Luke se hubiese arriesgado tanto. Si eran descubierto con seguridad sería ajusticiado por Gran Águila.

—Luke —Heather se abrazó al vaquero en medio de sollozos.

—Saldremos de esta. Te lo prometo.

—¿Y Roig? —preguntó Heather.

—Lo tienen apresado. Tenemos que buscar la forma de hacerlos entender.

—Creo que Betty no nos ayudará. Ayer ni tan siquiera parecía reconocermme

El vaquero soltó un gruñido.

En eso entró una anciana que al ver a Luke soltó un grito. El vaquero logró acallarla cuando le tapó la boca. Luego le colocó un cuchillo en la garganta a la recién llegada para intentar apaciguar a las demás mujeres y así

evitar un revuelo.

—Prometo no hacerles daño si nos ayudan —dijo el vaquero a la vez que retiraba el cuchillo.

—Ayuda, sí —dijo la anciana muerta del miedo—. Yo ayudar a hombre blanco.

—Quiero hablar con la esposa del jefe de la tribu —demandó el vaquero.

—Princesa de la Llanura no hablar con hombre blanco.

—Ve y dile que Luke Montana está aquí.

La anciana titubeó, pero Luke le apuntó con su revólver.

—Si me traicionas hoy mismo dormirás con tus muertos —la amenazó el vaquero.

La mujer salió de la tienda corriendo, despavorida.

—¿Estás loco? —le preguntó Heather—. Te apresarán a ti también.

Luke se asomó a la entrada para confirmar que la anciana cumplía con su demanda.

Al rato un grupo de hombres llevaban a Heather, a Luke y a la niña a la tienda de Betty. Esta vez la mujer tenía puesto un tocado de plumas oscuras y una piel de oso cubría sus hombros. No mostraba en su rostro ninguna emoción. Le hizo señas a Heather para que se acercara. La mujer obedeció al llamado de su hermana menor, pero antes dejó a Sofia en los brazos de su

padre.

Previo a iniciar la conversación Betty les ordenó a todos sus sirvientes que abandonaran el *tipi*, excepto a Himanol, su mano derecha, quien se mantuvo a su lado.

—Me alegró mucho saber que dentro de todo estás bien, Heather —dijo Betty. Esta vez no hablaba con el típico acento indio—. Siempre he procurado saber de ti. Me alegra también que Luke haya regresado.

—Yo... —iba a decir Heather, pero Betty la interrumpió con un ademán para que se mantuviera en silencio.

—Me agradecería que ambos se quedaran viviendo en la tribu junto a la pequeña Sofía.

Luke Montana bajó la cabeza. Aunque la Frontera no era un paraíso idílico no lo cambiaría por convivir en aquel lugar tan remoto, apartado de la civilización. Su vida eran los caballos, el cinto, el cuero, el *whiskey* y un rancho. La vida con los Creeks era más guerrera, dedicada a la defensa a unas creencias las cuales Luke no conocía. Rogaba porque Heather no aceptara la propuesta de su hermana.

Al ver el titubeo en el rostro de ella temió que sus peores miedos se hiciesen patentes. Si Heather optaba por permanecer allí, iniciaría una suerte de desgracias para los Creeks, puesto que Edward King movería cielo y tierra

hasta arrancarla de ese lugar.

—Estoy casada, Betty —dijo Heather.

—Sí, sé que te casaste con un hombre por su protección, pero a quien realmente quieres es al hombre que tienes a tu lado.

—Edward no permitirá que me quede con ustedes, Betty.

—Para esta hora tu esposo debe estar muerto.

—¿Qué dices? —preguntó Heather, alterada.

—Pensé que te alegraría —dijo Betty—. No eres feliz con él.

—Ha sido un buen esposo, hermana.

Betty se levantó y caminó alrededor de Heather.

—Quiero tu felicidad —dijo la menor de las hermanas—, y la Frontera no es un lugar seguro para ti. Mejor es que permanezcas a mi lado. Aquí te daré seguridad, una familia comprometida con tu bienestar y el de la niña. A tu hija no le faltará alimento ni cobija. No andarás errante por las ciudades. Eso no es vida para ustedes. —Betty le tocó los risos a su sobrina—. Madre y padre estarían angustiados si vivieran.

—Pero sus padres ya no viven —intervino Luke—. Además, Heather también tiene grandes afectos en la Frontera.

Betty soltó un bufido.

—Tú la has llenado de sobresaltos, vaquero. Heather era una chica

delicada, sencilla. No estaba acostumbrada a una vida de privaciones, por eso precisamente nuestro padre la alejó de Richard. Entonces, llegaste tú y sus desgracias se multiplicaron.

—Pero también mis alegrías —interrumpió Heather—. Todos sabemos que la vida a veces es miel y otra hiel, Betty. He sido muy feliz. Tengo una hija, amigos que me quieren...

—Y un hombre que la adora y que está dispuesto a dar su vida por ella —dijo Luke.

Betty soltó un suspiro de hastío. Le estaba costando mucho esfuerzo convencer a su hermana, su único nexo con el pasado civilizado, para que permaneciera a tu lado.

—¿Por qué no dejas tú a los Creeks y te vas con nosotros, Betty? —le preguntó Heather. Lo hacía para ver si lograba que su hermana empatizara con su situación.

—Tengo dos niños Creeks, esposo, familia, hermanos aquí.

—Y yo los tengo en la Frontera.

En ese momento Luke posó su brazo en la cintura de Heather en un gesto posesivo. Nada ni nadie lo alejaría de ella. Betty torció la boca con enfado.

—Estás en peligro, Heather. Tu marido los va a matar cuando se entere de su traición.

—Antes huiremos —dijo Luke.

Betty se mantuvo en silencio por un tiempo.

—Me hubiera gustado que permanecieras a mi lado, pero es tu decisión

—dijo Betty con un gesto frustrado. Al parecer se daba por vencida—. Te deseo lo mejor, hermana.

Heather quiso acercarse para abrazarla, pero Betty le dijo a su hombre de confianza que los sacara de la tienda. El vaquero entendía que ese era el adiós definitivo de las hermanas, pues como parte de la tribu Creeks, Betty había optado por su nueva familia.

Cuando lograron salir del cautiverio, en compañía de Roig, se montaron en las grupas de los tres caballos que Luke había escondido en una arboleda cercana y dejaron el campamento bajo un incesante aguacero.

Parecía que el cielo también lloraba por la separación definitiva de las hermanas Harrison, pero el sol alumbraba entre las borrascosas nubes como diciendo que el amor que sentía la una por la otra prevalecería a través del tiempo.

Capítulo Once

“Espero que me estés diciendo la verdad”

Esa noche Edward King aguardaba en la alcoba de la posada por las noticias que le prometió Reynolds sobre Heather y la niña. El rey del ganado

no dejaba de contemplar las colinas que desde allí se divisaban, las tierras de la reserva india. Parecía como si pretendiera que aquellas montañas le descifrarán el paradero de la mujer y la niña.

Le era imposible entender por qué aquellos salvajes se comportaban de manera tan violenta con los recién llegados a la Frontera. Luego pensaba en lo difícil que fue para los indios adaptarse a los nuevos intrusos. La realidad era que los colonos que llegaron del este se habían encargado de casi exterminar a los búfalos, se habían apoderado de las praderas más productivas para la agricultura y habían arrinconado a las tribus a terrenos áridos e improductivos.

Edward aspiró lo que quedaba de su pipa, la limpió y la dejó reposar sobre la mesita al lado de la cama. Se sentó en la orilla del colchón, dijo una corta oración, apagó la lámpara de gas y se recostó. Pero antes de quedarse dormido sintió ruidos en el interior de la habitación.

Intentó incorporarse para buscar su revólver, pero fue demasiado tarde.

Dos indios lo sorprendieron cuando le apuntaron con unos rifles antiguos.

Tenía su rostro cubierto con una pasta blanca y murmuraban entre sí un dialecto que a Edward le fue imposible entender.

El rey del ganado intentó repeler el ataque, pero los hombres lo redujeron cuando uno de ellos le disparó en el brazo. Para lograr un oportuno rescate en

ese momento Reynolds tiró la puerta de entrada con la ayuda de sus hombres y les dieron muerte a los indios en el acto.

Sin perder tiempo los hombres condujeron a Edward hasta la casa del médico de la localidad. El galeno resultó ser un anciano, lento en su andar y en su hablar. Aun así, con mucha dificultad logró extraer la bala.

—Debe mantener el brazo inmóvil por un par de semana, señor King —le dijo el médico cuando terminó de vendarle la extremidad—. Nada de grandes esfuerzos. Dele gracias a Dios que vive para contarlo. No sabe la cantidad de hombres que han traído a este consultorio en los pasados meses. Los indios están más violentos cada día.

—Gracias, doctor.

Edward pagó la cifra que el doctor pidió por sus servicios y salió junto a sus hombres. A su regreso a la posada encontró a Heather y a Sofía en la recepción. Se abrazaron con afecto.

—Querida, pensé lo peor —dijo él después de besarle la frente a Heather—. Dime que están bien.

Ella asintió.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó Heather. Pese a todo lo que estaba ocurriendo le tenía afecto al rey del ganado.

—Un incidente sin importancia —dijo él en referencia a su brazo. No

quería angustiarse.

Edward observó que Luke Montana y Roig Buchanan observaban la escena apoyados en el mostrador de la posada. El rey del ganado se giró y fue hasta donde ellos.

—Les agradezco lo que han hecho por mi familia. Quedo en deuda con ustedes dos.

—Cumplimos con nuestro deber —dijo Luke sin apenas mover los labios y tomó la llave que uno de los dependientes de la posada le entregó.

El vaquero se dirigió hacia la escalera seguido por Roig. Edward King no los perdió de vista sin dejar de pensar en que Luke Montana era un mal necesario para lograr su único objetivo, llegar a su rancho.

*

*

*

El vaquero se sumergió en la tina de la habitación tan pronto atravesó la puerta. Necesitaba relajarse después de los momentos de tensión que vivió durante el rescate de Heather y Sofía. Durante su última conversación con Betty el vaquero temió lo peor, que Heather decidiera permanecer con los Creeks.

—Dios sabe que insistí para que no regresáramos —le dijo el vaquero a

Roig cuando este le cuestionó por qué habían decidido regresar.

—Era la oportunidad idónea para que huyeran —dijo Roig mientras limpiaba su revólver.

—Heather pensó que Edward tomaría venganza contra los Creeks.

—No hay duda de que eso hubiese hecho. Creo que está obsesionado con ella.

—A veces me mortifico pensando que no está segura de irse conmigo.

—Ahora tiene a Sofía. Tiene que pensar en ella.

—Sabe que cuidaré de ambas.

—En la Frontera nada es seguro, Luke. Eres un hombre con mucha suerte, pero no siempre ha sido así. Heather ha pasado por muchas cosas.

—Lo único que quiero es ser feliz. ¿Es mucho pedir un rancho pequeño, unos cuantos caballos para crianza, un huerto y a la mujer amada junto a nuestros hijos?

—Eso es un idilio, Luke. —Roig soltó una corta carcajada.

—Si vas a casarte con Cathie es buscando los mismo, Roig. ¿No?

Era cierto, Roig se imaginaba a Cathie poniendo orden en su cabaña, remendando sus camisas, cocinando y cuidando de los niños. No importaba que tuviera que romperse el lomo de sol a sol, estar con ella bien valdría la recompensa.

—Todos merecemos ser felices —dijo el vaquero a la vez que recostaba su cabeza del borde la tina.

—Pero la Frontera es un lugar demasiado hostil. Si no son los indios, son los cuatrerros, los bandidos, las epidemias, la miseria.

—Aun así, pienso que sí se puede ser feliz en este lugar.

El vaquero tomó un cigarro que Roig le extendió.

—¿Y ahora que piensas hacer? —preguntó Roig.

—Nada ha alterado el plan. Llegar al rancho y huir a México.

*

*

*

Cuatro días después aún no habían reiniciado el periplo a Texas por la constante fiebre que Edward presentaba, pese a los remedios del médico. Esa noche, cuando el rey del ganado se quedó dormido, Heather y Luke aprovecharon la oportunidad para un encuentro.

El vaquero empujó a la mujer al interior de la habitación que compartía con Roig, pese a la resistencia de ella. Luke se había asegurado de que esa noche Roig fuera a entretenerse a un *saloon* cercano.

Cuando entraron a la oscura habitación Luke la tomó del cabello para someterla a sus ardientes besos. El hombre intentó ser paciente antes de

poseerla, pero la necesidad y el deseo se lo impidieron, tanto que desgarró el corsé de Heather para apoderarse de sus pechos. Los mordisqueó a su antojo mientras le decía lo deseable que los encontraba.

Heather también sintió la necesidad de darle placer, por eso se arrodillo frente al vaquero y con gran destreza lo hizo disfrutar hasta que Luke le pidió una tregua.

—Te pienso a cada instante, cariño —le dijo él.

Le quitó las enaguas, le subió el vestido y la colocó contra la puerta para tomarla de espalda. Le lamió el cuello para hacerla enloquecer. Esa noche no sería tierno, se guiaría por sus instintos y su propio placer.

—Luke... me encanta lo que me haces —dijo ella cuando lo sintió en su interior.

La mujer apoyaba sus manos contra la puerta para recibir las embestidas del vaquero. A Luke se le escapaba un grito cada vez que llegaba hasta el fondo. Le mordía la nuca, las mejillas, le halaba el cabello, le hacía el amor como si esa fuera la última oportunidad de ambos amarse.

—Heather, estoy loco por ti —dijo el hombre antes de llegar al final—.

Te amo como jamás creí amar a una mujer.

—Yo también te amo más que a mi vida, Luke.

Cuando culminaron permanecieron inmóviles hasta que sus respiraciones

se calmaron. Luego se tendieron en la cama hasta que se quedaron dormidos, acurrucados.

Dos rudos golpes en la puerta los despertaron a media noche.

—Edward está preguntando por Heather —dijo Roig cuando el vaquero abrió la puerta.

La mujer caminó de prisa por el corredor para alcanzar la habitación de su marido mientras se arreglaba el cabello y el vestido.

—Tengo que remediar esto —se lamentó el vaquero cuando la vio huir asustada.

—Ve, fúndele los sesos a Edward y acaba con todo esto de una buena vez, pero antes necesito que veas esto. —Roig le entregó el aviso de la agencia Pinkerton—. Estás en problemas, vaquero. Acabo de encontrarlo en uno de los comercios aledaños.

Luke Montana observó el papel con su rostro atónito. Al final lo encendió con un cerillo y dejó que el fuego lo consumiera.

—Ojalá y con eso se resolviera el problema —dijo Roig.

—Necesitamos llegar a Texas cuanto antes —dijo Luke.

—Necesitas un milagro, cosa que pocas veces ocurre en la Frontera.

*

*

*

—Querida ¿qué te ha ocurrido? —le preguntó Edward al ver a su mujer tan desaliñada cuando entró en la habitación.

Se notaba inquieta y presurosa, como si quisiera ocultar algo que era más que evidente.

—Me recosté con Sofía y me quedé dormida.

Esa noche, a su llegada a la posada, habían decidido dormir en habitaciones distintas para que Heather y la pequeña pudieran descansar. La ansiedad de la mujer era evidente por su errático proceder. Se movía de un lado a otro de la habitación acomodando las cosas de Edward. En uno de sus giros el hombre pudo distinguir un enorme círculo rojo entre su cuello y la nuca.

Él se levantó de la cama para caminar hasta donde estaba ella. Le dio un ligero beso en la marca que exhibía en su cuello. Se trataba de la huella lujuriosa que Luke Montana había dejado no solo en su cuello, sino en sus pechos, su vientre y sus muslos.

Heather tembló un poco al temerse descubierta.

—Debes tener cuidado, querida. Tienes una marca muy visible en tu cuello.

La mujer intentó cubrirse con el vestido, pero fue inútil.

—No es nada —farfulló ella—. De seguro es algo alérgico.

Edward se giró para observar por la ventana de la habitación en un gesto taciturno.

—¿Sabes que jamás te perdonaría, Heather? —le preguntó Edward al rato.

Ella se tensó al escuchar su amenaza.

—Una mentira. —El rey del ganado encendió su pipa—. Mi esposa, Amelia, era hermosa. Así como tú. Joven, con una personalidad atrayente, inteligente, pero tenía un gran defecto, era muy coqueta. —Edward se volteó para mirar a su esposa—. Vivía atormentado con la idea de que me engañaba. Hice todo cuanto pude por vigilarla. Le puse una escolta, sirvientes que me eran totalmente leal a mí. Estaba obsesionado con la idea de que se veía con otro cuando yo no estaba en el rancho.

Heather bajó la cabeza.

—Olía su ropa y las sábanas de nuestra cama cuando regresaba de algún viaje de negocio buscando evidencias. Entonces, Amelia enfermó de tristeza ante mis ataques de celos. Eso me dijo el médico cuando murió —soltó una risita irónica—. Dejó de comer, de visitar a su familia, jamás volvimos hacer el amor. Estaba muy débil para someterla a mis requerimientos —El tono de la voz del hombre se notaba quebrantado—. No supe cuidar esa flor que la

vida me regaló. Me obsesioné con ella y de tanto cuidarla yo mismo la marchité. Lo peor vino después. Tres meses más tarde llegó un telegrama de un hombre que tenía previsto visitar nuestro rancho. Era un primo lejano que el año anterior se había hospedado con nosotros. Dejé que regresara sin avisarle que Amelia había muerto. Lo quería tener frente a mí cuando le diera la noticia porque intuía que aquel era el tal amante que tanta amargura le había impartido a mi vida. Al final Rodolfo me confesó que mi mujer y él tenían amores desde su adolescencia y que sus padres no le habían permitido casarse por el vínculo consanguíneo que los unía como parientes. Nunca dejaron de amarse.

—Lo siento mucho, Edward —dijo Heather, apesadumbrada.

Ella se sentía tan culpable que de nuevo se repitiera una historia similar en la vida de Edward, pues Heather amaba al vaquero y eso nunca iba a cambiar.

—Esa noche quemé todas las pertenencias de Amelia en una gran hoguera que encendí frente a la casa. Rodolfo huyó cuando se enteró de que estaba planificando su muerte. Los odié a ambos. —El rostro del rey del ganado estaba bañado en lágrimas—. ¿Y sabes por qué los odié? Porque yo jamás tendría a alguien que me amara de esa forma.

—Edward, eres un hombre maravilloso. —Heather intentó consolarlo.

—Pero no me amas y lo sé, Heather. —El hombre le acarició el rostro—.

Ni tu corazón ni tu cuerpo me pertenecen. Me pregunto quién es tu dueño.

—No pertenezco a nadie —fingió Heather.

Edward le besó la frente.

—Espero que me estés diciendo la verdad, querida.

Heather escondió su rostro en el pecho masculino por temor a que su cara revelara la verdad: su mente, su corazón y su cuerpo tenían un solo dueño, el vaquero Luke Montana.

*

*

*

La relación de Luke y Edward se volvió más tirante debido a los acontecimientos previos. Apenas se dirigían la palabra cuando se topaban. Las direcciones las impartía Reynolds y el vaquero se encargaba de acatarlas. Esa mañana tenían previsto continuar el viaje tomando la ruta del cañón Tunstall hasta llegar a la central ferroviaria que los llevaría a las cercanías del sur de Texas. Era el tramo final del periplo, así que Luke se dispuso a ejecutarlo con precisión, velando siempre por Heather y la niña, aunque esa mañana tenía en mente que si algo salía mal asesinaría Edward sin reparo alguno y huirían. Habían llegado a un punto sin retorno, más aún cuando esa

misma mañana, antes de subir al carromato, Heather le había dicho que tenía un retraso de cinco días en su período.

—¿Estás segura? —le preguntó el vaquero, ansioso.

—Por supuesto que estoy segura —le contestó ella, angustiada—. El embarazo se notará, Luke.

—Para cuando eso suceda estaremos en México. Te lo prometo.

Por un lado, Luke quiso celebrar que sería padre de nuevo, sin embargo, la circunstancia, que de por sí era peligrosa con Heather embarazada, se tornaba escabrosa.

—Debes sentirte feliz, vaquero —le dijo Roig cuando se enteró.

—Y lo estoy —dijo Luke cuando se montó en el lomo de Sombra para partir—. Pero a la vez me preocupa que se pueda complicar.

—Heather se ha convertido en una mujer fuerte.

—Necesito que se acorte el viaje. Ahora más que nunca tenemos que huir.

El terminal del ferrocarril estaba atestado de pasajeros. Corrieron con suerte y, gracias a las influencias de Edward con las autoridades, lograron que los caballos fueran acomodados en los vagones destinados para la carga. Cuando iban a abordar el tren, Edward se acercó a Luke y sin apenas abrir la boca le dijo:

—Tú vas en el vagón en donde viajan los animales, vaquero.

Luke, en cambio, sonrió con sorna. Estaba más que claro que el rey del ganado intuía que algo sucedía entre él y su mujer. Quiso gritárselo a la cara que esa mujer e pertenecía, retarlo a un duelo y acabar con aquella falsa de una buena vez, pero de nuevo la cordura se impuso.

—Debes procurar ser lo suficientemente hombre para defender a tu mujer, Edward —le contestó Luke sin rechistar. Tampoco se quedaría callado—. Dicen que te faltan pantalones.

Edward lo tomó de la solapa de la camisa para enfrentarlo. Los hombres midieron fuerza.

—Una vez te dije que te quería a distancia de Heather y hoy te lo repito, aléjate de ella a menos que quieras acabar con un tiro entre las cejas —amenazó Edward.

—Guarda tu ira para cuando las cosas vayan mal. Al menos espero que tengas huevos para usar tu revólver —dijo el vaquero.

Edward sacó su arma para apuntarle en la sien.

—¿Sabes por qué no te mato, infeliz? —preguntó Edward—. Porque te necesito para llevar a salvo a mi familia.

—Cuando saques tu revólver que sea solo para usarlo —le advirtió el vaquero—. Y antes quítale el seguro, Edward.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada hasta que Reynolds intervino.

—Estamos por salir —dijo el hombre de seguridad.

Edward guardó su revólver y el vaquero se tocó la punta de su sombrero, sonrió con sorna y se subió al vagón de carga de un solo brinco junto a Roig.

—Deberías permitir que viajen en el interior de nuestro vagón —le dijo Reynolds al rey del ganado cuando alcanzaban las escaleras de su propio convoy.

—No viajaré con animales.

—Edward, esto te puede costar y mucho.

El rey del ganado le restó importancia al comentario de su hombre de confianza y accedió el interior del vagón en donde aguardaba Heather junto a su hija. En eso Emile de Tours intervino:

—¿Y Luke no vendrá?

—Está en el lugar que le corresponde.

El enano miró a Heather con preocupación. Él mejor que nadie sabía que sin Luke en el mismo vagón corrían peligro. No podía negar que el vaquero era el mejor pistolero entre los hombres de Edward. El viaje en el tranvía conllevaría un trayecto de ocho horas en terreno inhóspito y peligroso. Según la información que el propio Emile recabó en el terminal antes de iniciar el viaje, la ruta a Texas era la preferida por Henry Boney, el salteador de trenes,

pues era en esos convoyes que los barones del ganado regresaban cargados de dinero después de vender sus reses en el norte.

Capítulo Trece

Henry Boney

Henry Boney no era el típico asaltante de trenes ni el característico ladrón de diligencias de la Frontera. Era un tipo alto, fornido y de buen talante. Llevaba su cabello al ras, su rostro lampiño y sus ojos de un color ámbar, que solían encandilar a más de una mujer de la época. Había varias que habían dejado libertad, dinero y marido por andar tras sus espuelas. Vestía con traje formal, fumaba una pipa recubierta en oro extraído de las minas de California y solía beber poco, pues decía que el *whiskey* le perturbaba el buen juicio. Su éxito se debía a que mantenía un perfil falso de su persona. Se hacía llamar Nicolás Barden para ganarse la confianza de los hombres ricos que viajaban en el tren mientras sus secuaces eran los que llevaban a cabo el trabajo sucio. Muchas veces su astucia incluía hacerse pasar por una de las víctimas y luego escapar. Tenía una lista de fechorías como parte de su pedigrí delictivo y varias órdenes de arresto en su contra. Decían que era malo con la puntería, por eso se le atribuían pocos asesinatos, por eso y porque el derramamiento de sangre le producía un asco espantoso. Hacía pocos meses se había asociado con el temido Richard Perkins

buscando ampliar su radio de acción. De esta forma logró alcanzar a los barones ganaderos de Nuevo México. Asunto que le ayudó a aumentar su fortuna. Tenía su guarida en una casona construida en medio del desierto entre México y Texas, y aunque le resultaba incómodo vivir en aquel apartado y caluroso páramo, el lugar era idóneo para burlar a las autoridades. Esa mañana se había puesto sus mejores galas. Era un día precioso que lo llenó de optimismo cuando llegó a la estación del tren. Tendría la oportunidad de conocer al llamado rey del ganado. Uno de los hombres más poderosos de Texas, al que consideraba una leyenda. No solo lo conocería, sino que tenía la misión de hacerse con la cuantiosa fortuna que llevaba en el tren y con su hermosa mujer, Heather Harrison.

—Lo que más me importa es que la traigas a ella —le había dicho Richard esa mañana al culminar un pacto en las inmediaciones de Malcolm City.

El propio Richard le había mostrado una foto de Heather, quien le pareció adorable a Henry. «Ideal para mi cama», pensó. De tan solo imaginarla desnuda tuvo que contenerse. Si Henry Boney tenía un talón de Aquiles eran las mujeres hermosas.

Subió al convoy del rey del ganado con la intención de simular que se había equivocado de vagón. Fue Reynolds quien lo recibió en la puerta de

mala manera, pero como siempre sucedía su apariencia nítida y adinerada, en combinación con su rostro cándido y agradable, llevaron a Edward a sobreconfiarse e invitarlo a un trago, sin saber que todo ese montaje se debía a una trampa orquestada por el propio Richard Perkins.

—Déjalo pasar, Reynolds —dijo Edward cuando estrechó la mano del bandido, quien se presentó como Nicolás Barden, un rico comerciante del este.

Reynolds farfulló algo ininteligible y se echó un lado para que el hombre entrara.

—Bienvenido, señor Barden —le dijo Edward.

El rey del ganado, como típico comerciante, buscaba un nuevo cliente en el este sin sospechar de la identidad del hombre que tenía frente a sí. Heather interrumpió su lectura y levantó su bello rostro para también deslumbrarse con el apuesto Henry Boney. El individuo le pareció tan agradable que la mujer le devolvió la sonrisa de forma automática.

—Ella es mi esposa, Heather —la presentó Edward—. Y nuestra pequeña hija, Sofía.

La niña jugaba con sus muñecas de trapo al lado de su madre.

—Mucho gusto, señora King —dijo Henry después de quitarse el sombrero a modo de respeto—. Tiene una linda familia, Edward.

—Gracias. Puedes tutearme.

Así empezó el periplo que pondría a todos al filo de la muerte. El tren arrancó tan pronto se escuchó el estridente silbato de salida, momento en que Luke Montana limpiaba de nuevo su Colt .45 en el interior del vagón de los animales sin sospechar que con aquella misma arma tendría que defender la vida de Heather y Sofia.

*

*

*

Emile de Tours esperaba con ansias en el interior de uno de los vagones. Se había ocultado en uno de los compartimientos. Miraba hacia el exterior para calmar sus ansias. Tenía entre sus planes pedir una tregua. El tren no era seguro para ejecutar un plan tan audaz.

Le provocaba espanto la velocidad a la que corría la locomotora, por eso desistió de mirar el paisaje árido desde la ventana. Miró su reloj de bolsillo y maldijo su suerte. ¿Por qué se involucraba en todo eso? ¿Cómo se permitió llegar hasta allí?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas cuando una mano masculina corrió la cortina que servía de entrada. La aparición de la figura de Richard Perkins con una enorme sonrisa y su característico bigote lo tensaron aún más.

—Mi amigo, Emile de Tours.

El cuatrero extendió su mano a modo de saludo. Emile le contestó, pero con recelo.

—Es un gusto al fin conocerte en persona. —Richard sacó un cigarro de su bolsillo y lo encendió. Le brindó al enano, pero Emile se negó—. Debo admitir que has sido de gran ayuda en esta misión.

—Quiero que me asegures que cuando lleguemos al próximo pueblo podré huir.

—Si todo sale según lo hemos planeado, sí. Por supuesto que serás libre. Espero que la suma de dinero que te di sea suficiente.

—Por el dinero no hay problema. Richard, a mí no me interesa si al final matas a Luke Montana. Creo que me daría gran alivio, pero vengo a pedirte piedad por la niña. Sofía...

Richard soltó una carcajada.

—Después de todo tienes corazón, enano.

—Es una niñita y no tiene la culpa de los asuntos de los mayores.

—Su madre me debe mucho.

—Pero Sofía no. Además, Edward es un gran tipo. Te pido porque no le hagas daño. No se lo merece. El tren es peligroso para ejecutar lo que deseas.

Richard se asomó a la ventana.

—Yo, más que nadie, quiere terminar con todo esto, Emiles. Llevo años cegado por la venganza. El maldito vaquero me hizo esto —se golpeó la pata de palo—. Cuando estaba en pleno apogeo de mi carrera. Me vi débil frente a mis hombres y muchos de ellos me abandonaron. Un hombre lisiado no es bien visto en la Frontera. Estos cuatro años tuve que luchar mucho para ganarme el respeto de mi banda y el miedo de muchos.

—Richard, te entiendo, pero la niña...

—No puedo prometerle nada, Emile. Solo vine a pedirte un último favor que sabré recompensar.

El cuatrero levantó una pequeña bolsa para que el enano la tomara. El hombrecillo no dudó, cegado por la codicia.

—Fue brillante casar a Heather con el rey del ganado, así me quedaré con su fortuna y con su mujer. Gracias por ser mis ojos y mis oídos en Monroe Park por todo este tiempo, Emile.

Richard le guiñó un ojo en un gesto perverso.

*

*

*

Si algo le había enseñado la vida a Henry Boney era que los golpes había que darlos sin prisa y con extrema astucia, así que se acomodó frente al barón

del ganado cuando este lo convidó a un partido de naipes. De vez en cuando el malhechor dirigía una mirada disimulada hacia Heather y otras se aventuraba a indagar hacia el pasillo que daba a la habitación. Sería allí donde Edward King tendría guardada su pequeña fortuna.

—Me encantaría invitarlo a pasar una temporada en mi rancho, Nicolás —dijo Edward.

—Por supuesto. Podemos señalar la fecha. Dicen que sus tierras ocupan una cuarta parte de Texas.

—La gente tiende a exagerar.

El bandido sonrió, se acomodó los espejuelos sobre el puente de la nariz y se arrellanó en la incómoda butaca.

—Es usted un gran jugador —continuó adulándolo Edward.

—Mi padre me enseñó. Tal vez fue su mejor legado.

La verdad era que el padre de Henry fue un cuatrero malhumorado y violento, que cuando acudía a casa lo que hacía era pegarle a su madre y castigar a su hijo hasta el punto del disfrute. Eso impulsó a Henry a dejar el hogar a los doce años y vivir como un proscrito de ciudad en ciudad. Primero robaba gallinas de alguna casa para poder alimentarse, luego caballos, asaltos menores, hasta que se vio tentado a ocupar diligencias y trenes.

—Tal vez pueda visitarlo antes de que acabe el año.

Mientras los hombres jugaban su partida Heather se encargaba de leerle a Sofía. La niña había estado un poco inquieta ese día. Su madre sospechaba que ya comenzaba a cansarse de las largas horas de viaje.

En un descuido de Reynolds, Henry aprovechó para pedirle un poco de *whiskey* a Edward. El rey del ganado se dirigió a la barra para servir las bebidas, momento que Henry Boney aprovechó para apuntarle por la espalda. A Heather se le escapó un grito cuando vio las intenciones del hombre, pero no fue lo suficientemente alto como para alertar a los hombres y a Reynolds.

—Si cooperas no te pasará nada ni a ti ni a tu familia, Edward —le dijo Henry y lo empujó hacia el pasillo que conducía a la habitación—. Y tú, preciosa, ven con nosotros.

La mujer tomó a la niña en brazos y siguió las directrices del bandido. La alcoba era pequeña y sencilla, la típica habitación de tren. Henry hizo que Edward se arrodillara frente a la caja fuerte para sacar el dinero. Sin embargo,

no ponderó muy bien su orden y el rey del ganado tomó un revólver que siempre guardaba en la caja, se volteó con prisa y le disparó en el pecho.

*

*

*

El primer disparo fue la señal de Emile para ejecutar el plan de Richard. El enano llegó hasta el vagón de carga para apercibir a Luke de que algo sucedía en el tranvía del rey del ganado. El vaquero saltó al convoy en una maniobra arriesgada que por poco le cuesta una caída a las vías del tren, pero superado ese primer escollo entró al vagón junto a Reynolds y sus hombres. Se toparon con que la puerta de la habitación estaba cerrada. El vaquero se abrió paso entre los hombres y de una patada voló la cerradura para encontrarse con la escena más temida de su vida: allí estaba Richard Perkins apuntándole a Heather en la cabeza.

—Creo que se te acabó tu suerte, vaquero —le dijo Richard con una sonrisa cargada de ironía.

Edward tiró su arma al ver que el cuatrero le apuntaba a su mujer y Luke bajó su revólver. Richard había ganado acceso a la habitación cuando el propio Emile le abrió la puerta que conectaba la habitación con otro de los vagones.

—Saca a todos tus hombres de aquí —ordenó Richard.

Los hombres se retiraron a petición del rey del ganado, excepto Luke que se mantuvo inmóvil.

—Luke, vete —le dijo Edward.

El vaquero se mantuvo en su posición. Richard soltó una carcajada.

—Puedes quedarte, Montana —dijo Richard.

—Deja que mi mujer y mi hija salgan —dijo Edward—, y te daré todo el dinero.

Para ese momento Henry Boney había expirado su último aliento entre quejas y alaridos de dolor.

—Richard, has sido engañado todo este tiempo. Heather, aquí están los tres hombres de tu vida —alardeó Richard—. Es hora de que decidas, querida.

Edward miró a Heather sin entender. Ella quiso hacerle frente a Richard, pero se contuvo cuando el hombre amartilló su revólver.

—Baja las armas, Richard, y tal vez tenga misericordia —dijo Luke cuando le apuntó.

—Me llevaré a Heather al infierno si me disparas.

Luke estaba en una encrucijada, si le disparaba a Richard, el granuja podría herir a Heather o a su hija.

—Piensa bien lo que vas a hacer, Luke, porque esta vez no voy a fallar.

Baja tu arma y yo bajaré las mías.

El vaquero dejó de apuntarlo. En eso Richard dejó de apuntarle a Heather, pero Edward en un movimiento sigiloso intentó quitarle las armas. Fue un intercambio cuerpo a cuerpo en el cual Luke Montana intervino con la

intención de desarmar a Richard. Sin embargo, el cuatrero no dudo en disparar.

En principio el ruido de un balazo aturdió a Heather y provocó un llanto histérico en Sofía. Luke Montana se tocó el pecho con su rostro reflejando dolor. Richard sonrió con sorna y ante la amenaza de Edward de dispararle, el bandido huyó por la misma puerta por la que había entrado.

Heather corrió a socorrer el vaquero mientras Edward intentaba capturar al cuatrero.

—¡Luke! ¡Luke! No cierres los ojos, por favor. —Heather le levantaba la cabeza para que pudiese respirar.

En eso Reynolds y Roig llegaron a la habitación.

—Este hombre está muy mal —dijo Reynolds al revisarlo—. Necesita un médico.

Edward regresó a la habitación sin éxito, pues Richard Perkins había huido. El rey del ganado se quedó mirando a Luke sin ninguna expresión en su rostro. Intentaba procesar lo que el propio Perkins había dicho, Heather y Luke tenían una historia junto. Miró a Sofía y pensó en cómo pudo ser tan idiota para no deducir que la niña era la hija del vaquero con Heather.

—Necesitamos que el tren se detenga —dijo Roig—. Tenemos que llevarlo a un médico en el pueblo más cercano.

—Estamos por llegar a Fort Worth —dijo uno de los hombres de Reynolds, quien se había apostado bajo el umbral de la puerta.

Roig no dudo en echarse en el hombro a Luke con gran dificultad.

—Recuerda nuestra promesa en morir de viejos en una cama cálida, vaquero —le recordaba Roig—. No cierres los ojos pase lo que pase.

—Necesitaremos dinero para pagar un médico —intervino Reynolds.

—No, que se las arreglen como puedan —dijo Edward.

Heather se incorporó para enfrentar a su marido.

—Tienes que ayudarlo —gritó ella—. ¡Se está muriendo!

—Me engañaste. Ese hombre es el marido por el que tanto esperabas.

—Edward, este no es momento de...

—¡Eres una meretriz! —Edward estrelló su mano contra el rostro de Heather.

La mujer fue a parar al piso justo en los pies de su hija que lloraba desconsolada. Se acarició el golpe, caminó a gata hasta un rincón de la habitación en busca de su bolso, sacó su revólver y le apuntó a Edward. El pulso le temblaba, pero no cejaba en su afán de apuntarle.

—Si Luke muere, te juro que no vivirás para disfrutarlo, Edward.

—Suelta esa arma, Heather —le dijo Edward esta vez menos envalentonado.

—Da la orden a Reynolds para que ayuden a Luke. ¡Dala!

Reynolds aguardaba en la puerta sin la intención de detener a Heather. El rey del ganado se giró hacia su hombre de confianza para darle la orden de ayuda con un ademán de cabeza.

Cuando se quedaron a solas en la habitación aún Heather le apuntaba.

—Baja el arma, querida.

—¿Sabes algo? Llevo años aguantando el maltrato de los hombres. Sí, ese hombre que te apuntó a la cabeza fue mi primer marido. Un vil cuatrero del que me enamoré por idiota. —La niña se aferraba a su falda—. Me pegaba todas las malditas noches cuando llegaba borracho y me violaba, hasta que mi padre me rescató de ese infierno. Luego conocí a Luke y lo amé porque fue el único hombre en la Frontera que no quiso aprovecharse de mí. Me respetó, me amó y me cuidó, pero la vida nos separó y comenzó de nuevo mi infierno. En cada casa que tuve que trabajar mis patrones quisieron abusarme, pero como no lo permití hicieron lo mismo que tú, como viles cobardes me golpeaban. Entonces, Emile de Tours una vez más quiso venderme y llegaste tú. Pensé que eras diferente, pero eres igual de miserables que muchos de los hombres de la Frontera, que no respetan a las mujeres.

Heather amartilló el arma.

—Lo siento... lo siento, Heather, en verdad no quería pegarte, pero al

enterarme de que Luke...

Emile de Tours apareció en la puerta con el rostro contrariado.

—Miss Harrison, no se apresure —dijo el enano para que Heather desistiera—. Piense en su hija. ¿Qué será de la pequeña Sofía si usted termina en la cárcel por asesina?

—Mamá —lloriqueó la niña.

Heather bajó el arma y tomó a Sofía en brazos. Su marido le solicitó que le entregara el revólver, pero ella se negó.

—¿Desde cuándo lo tienes? —preguntó Edward.

—Desde que tuve que defenderme —dijo ella a la vez que lo guardaba en su bolso.

Heather se dirigió a la puerta para recabar información del estado de Luke. En eso el tren disminuyó la velocidad. Era la señal de que habían llegado a Fort Worth. Cuando salió ya no quedaba rastro ni de Luke Montana ni del resto de los hombres.

—Miss Harrison, debe prepararse para lo peor —dijo el enano a sus espaldas—. Luke no se veía nada bien. El disparo fue en el centro del pecho. Con suma probabilidad no lo logre.

*

*

*

Roig acomodó el débil cuerpo del vaquero sobre la grupa de Sombra, se montó en su propio caballo y se dirigió al pueblo en busca de un médico. Utilizaría el dinero que Luke llevaba en la bolsa para pagar los servicios del galeno. Lo difícil era encontrar un médico apto que pudiera ayudarlo.

Tras de él cabalgaba Reynolds con un par de sus hombres. Cuando llegaron frente a la puerta del único médico en Fort Worth resultó ser un veterinario. El hombre accedió a atender a Luke de todas formas porque era la única persona con conocimientos de medicina a cientos de kilómetros a la redonda.

—Aun sacando el proyectil este hombre no sobrevivirá —dijo el médico cuando revisó la herida.

Para ese momento Luke había perdido el conocimiento y perdía mucha sangre.

—¡Haga algo o le juro que le vuelo los sesos aquí mismo! —dijo Roig mientras le apuntaba con su revólver. La desesperación lo llevó a actuar al extremo.

—¡Cálmate! —le dijo Reynolds—. Doctor, tenemos el dinero para...

—No se trata de dinero, se trata de probabilidad.

De todas formas, el galeno inició la operación frente a Roig y a Reynolds.

A mitad de intervención Luke volvió en sí.

—Heather...

—No hables, vaquero —le dijo Roig mientras le sostenía la mano.

—Cuida a Heather y... a la niña, Roig. ¡Pro... prométemelo!

—Luke, tú mismo las cuidarás. Saldrás de esta, amigo.

El vaquero cerró los ojos tras inspirar con fuerza.

—Luke...

Roig buscaba señal de que aún vivía.

—Doctor ¿está vivo? —preguntó Reynolds, angustiado.

—Sí, lo está, pero está muy débil.

Al final el doctor extrajo la bala, coció la herida y la tapó con un vendaje.

—Lo que suceda de aquí en adelante correrá por la suerte.

*

*

*

Edward había alquilado unas habitaciones en el pueblo en donde habían llevado a Luke. Después de una álgida discusión con Heather, el rey del ganado se había encerrado con Emile en su propia alcoba para calmar su ira.

—Tienes que ayudarme, Emile —decía Edward—. Lo quiero muerto. No puedo perder a Heather.

—Es muy arriesgado. Roig siempre está a su lado.

—Este es el momento, Emile. Tienes que ir a la casa del médico para asegurarte de que el vaquero muera. Te daré el dinero que me pidas.

Una hora después un Emile de Tours decidido a todo llegó al lugar recabando información de Luke. El enano fingió aflicción, aunque Roig Buchanan era difícil de engañar.

—Frente a mí no tienes que fingir preocupación, Emile —le dijo Roig sin apenas abrir la boca—. Si por mi fuera hace mucho hubieses dejado de respirar. Tal vez Luke es misericordioso, pero yo no.

El enano miró al hombre con su rostro aterrado. En eso Reynolds se despidió con la promesa de regresar más tarde. Tenía que asegurar de que el rey del ganado contara con suficiente protección. Emile aprovechó para acomodarse en una de las butacas cerca de un bulto que Roig custodiaba con celos. «Debe contener dinero», pensó el enano. Una hora después el galeno se asomó para requerir la presencia de Roig. Un descuido del hombre, al olvidarse del bulto, conllevó a que el enano descubriera el jugoso botín.

La fortuna le volvía a sonreír. Tomó la misma bolsa y la abrió. ¡Bingo!

Una indeterminada cantidad de dólares se asomó ante su vista. Salivó con codicia, se echó el pesado bulto sobre su hombro y salió para perderse por la calle atestada de transeúntes.

*

*

*

Richard Perkins brindaba junto a su banda de secuaces. Estaban resguardados en el escondite de Henry Boney en medio del desierto y se habían apoderado de sus pertenencias. Estaban acompañados de varias mujeres que habían comprado en un burdel. Esas mismas chicas los atendían en el festín que tenía ocasión como celebración a la muerte de Luke Montana. —Las preferimos desnudas —dijo Richard y las mujeres obedecieron sin rechistar.

La más joven acompañó a Richard, quien la acomodó en su regazo para mordisquearle el cuello y jugar con sus pechos.

—Brindemos por el jefe —dijo Smoky Hill levantando su vaso de aguardiente.

Todos levantaron sus vasos rebosantes de licor y festejaron.

—Chicos, no hemos terminado —dijo Richard después de acabar con su trago de un solo sorbo—. Matamos al perro de Luke Montana, pero aún nos queda el infeliz de Edward King y Heather. Tenemos que culminar lo que empezamos.

—Jefe, pero ese hombre es muy poderoso —dijo George, al que le decían

el tuerto por su pérdida del ojo izquierdo.

—Nosotros somos más peligroso —aseguró Richard—. Además, tenemos que vengar la muerte de Henry. El pobre no merecía acabar así.

Uno de los hombres de Henry, quien observaba desde lejos el festín, hizo una mueca de disgusto. Desde siempre sospechó que esa alianza con el tal Richard Perkins fue un error de cálculo de su jefe. Incluso, intuía que sería el fin de su carrera delictiva y no se equivocó. Ese mismo hombre estaba poseído por un espíritu vengativo, no solo contra el rey del ganado, quien merecía ser desollado, sino contra el propio Richard Perkins.

Bebió del vaso que una de las chicas le compartió sin despegar su mirada del cuatrero. Con un golpe de suerte lo mandaría al infierno. El asunto era esperar el tiempo oportuno.

—Muchachos, es hora de visitar el famoso rancho El Alcántaras —dijo Richard.

Sus hombres soltaron un sonoro alarido para sellar la celebración.

*

*

*

Como medida cautelar para evitar un reencuentro entre Luke y Heather, Richard la había mandado a encerrar en la habitación que rentó en la posada

de Fort Worth. El hombre aguardaba por el regreso de Emile de Tours para confirmar que el vaquero ya estaba descansando en el infierno y después de eso reiniciar su viaje a su rancho. Empero el enano estaba tardando más de lo esperado, por eso le pidió a uno de los hombres que fuera hasta el consultorio del médico y procurara información.

Cuando ese mismo hombre regresó le informó al rey del ganado que no había rastros de Emile y que el vaquero estaba agonizando.

—Emile no puede haber desaparecido —le dijo Edward a Reynolds—.

¿Puedes enviar a varios hombres a buscarlo en los salones de juego de la ciudad?

Reynolds obedeció la orden a regañadientes, pues poco le importaba si el enano estaba ebrio, disfrutando en un burdel o si había muerto. Una hora más tarde se confirmaron las sospechas de Edward, Emile había desaparecido.

—Es culpa de Luke Montana —dijo el rey del ganado—. Ese infeliz...

—Tal vez fue su espíritu —mencionó Reynolds, sacado de quicio—, porque a esta hora el vaquero debe estar muerto. El médico dijo que no se salvaría.

—Entonces será mejor que emprendamos el viaje —dijo Edward.

—El siguiente tren no llega hasta mañana —informó Reynolds.

Edward soltó una maldición.

—Retomemos el camino con la caravana —ordenó Edward—. Quiero llegar al rancho lo antes posible.

*

*

*

Emile de Tours llegó a Corpus Cristi de madrugada en el lomo de un caballo que compró cuando huía de Fort Worth. Alquiló una habitación en el mejor hotel del lugar y se dedicó a descansar. En la mañana planificaba alquilar un carruaje y varios hombres con la misión de escapar al norte. Allí viviría plácidamente por el resto de sus días, pues la enorme fortuna que lo respaldaba ahora era tan inmensa que parecía nunca acabaría.

Pensó, que después de todo, había resultado más afortunado que la vez que traicionó a Luke diciéndole al juez James O'Riley sobre lo que intuía del vaquero. Fue en esa época en que el magistrado llegó a Monroe Park para recabar información de la verdadera identidad de Luke y fue ese mismo hombre quien ordenó su arresto. Acción que supuso para Emile diez mil dólares.

—Nunca vas a cambiar, Emile —se dijo a sí mismo mientras besaba algunos billetes.

Por la mañana se dedicó a poner en marcha sus planes. Después de lograr

reunir a los hombres y el carruaje, compró dos prostitutas y partió rumbo a su destino. Mostraba una sonrisa permanente como quien sabe que pese a todas las fechorías la vida al final siempre lo premiaba. Se acomodó entre las mujeres y se dedicó a disfrutar.

*

*

*

Heather buscaba la forma de huir junto a la niña. Sin embargo, no dejaría Fort Worth sin tener noticias de Luke. Logró abrir una de las ventanas de la pensión, aseguró a Sofía con una manta atada a su pecho y se balanceó por el borde del alero. Era arriesgado su proceder, pero no permitiría que Edward la separara del vaquero. Con dificultad logró descender hasta la calle. Como era de madrugada se le hizo difícil dar con el consultorio del médico hasta que por fin un anciano la guio hasta la puerta del galeno.

Le extrañó comprobar que fue un veterinario quien había atendido al vaquero. Hizo un mohín de preocupación. Tocó la campana de entrada con insistencia, hasta que un hombre soñoliento se asomó.

—¿Qué quiere a esta hora, señora? No tengo remedios para la niña.

—Busco a un hombre que trajeron con un disparo en el pecho.

El galeno hizo una mueca de lamento.

—Estaba muy delicado. El hombre que lo acompañaba se lo llevó.

—¿A dónde?

—No lo sé. Lo que sí estoy seguro es que a esta hora ya debe estar muerto.

—¿Muerto?

—Había perdido mucha sangre, señora y, aunque extraje la bala, la herida era muy grande. De seguro se infectará.

A Heather se le humedecieron los ojos. No era posible que una vez más la vida la separara de Luke. Abrazó con fuerza a la niña que comenzó a lloriquear.

—Gracias y perdone por levantarlo a estas horas.

La mujer se encaminó de nuevo a la posada. Abatida por sus circunstancias tocó la puerta de Edward King. El hombre sonrió victorioso al verla vencida.

—Querida, deja que te lleve a casa —le besó la frente—. Estás muy cansada.

Heather se rindió en sus brazos mientras lloraba amargamente por la muerte del vaquero.

—Ya todo acabó, Heather —dijo el rey del ganado con la certeza de que al fin Luke Montana había desaparecido para siempre.

«Disfruta del infierno, vaquero», pensó Richard mientras consolaba a su mujer. Esta vez no había oportunidad para un oportuno regreso.

Capítulo Catorce

El Alcántaras

Como si se tratara de un macabro ritual, Smoky Hill tocaba la armónica.

De nuevo se escuchaba el nefasto himno de la banda de Richard Perkins en los contornos de El Alcántaras.

—¡No, no pueden pararnos, no! —coreaba la banda de malhechores con entusiasmo—. ¡No! Seremos más rápido que el ferrocarril y más temibles que una estampida de búfalos. Sí, sí, sí.

Richard se detuvo en seco y le hizo un ademán al resto para que mantuvieran silencio. El cuatrero quería confirmar cuántos hombres vigilaban antes de atacar el fortín, por eso sacó sus binoculares. A primera vista vislumbró seis hombres en la entrada.

—Muchachos, esta tal vez sea la más difíciles de las misiones —dijo el cuatrero—. La orden es arrasar con todo hasta que encontremos el dinero. El primero que dé con el botín recibirá una recompensa adicional.

Se acercaron a las inmediaciones del rancho para tomar a los hombres por sorpresa y en un ataque masivo acabaron con todos los que intentaron enfrentarlos tras un intercambio de disparos que duró cerca de media hora.

Cuando finalmente tuvieron el control del exterior Richard se encaminó al interior de la casona. Era una construcción imponente con varias habitaciones y un mobiliario que destilaba lujo y opulencia. «Así viven los ricos entre la miseria», pensó Richard cuando acarició uno de los muebles tapizados en cuero de bisonte. En eso vio a una hermosa mujer intentar huir por las mismas escaleras que acababa de descender. Le dio un primer disparo en una de las piernas, pero la dama se mostró pertinaz en su empeño por escapar. El cuatrero se acercó y la tomó de la melena negra.

—¿Quién eres?

—Catherine King.

Richard sonrió y aún herida la llevó a una de las habitaciones en donde abusó de la joven. En un intento desesperado Christine tomó el arma del vaquero y se disparó en la sien, pues había escuchado de la intención del cuatrero de entregarla a sus hombres.

Richard se le acercó despacio, le quitó el arma, le cerró los ojos y lamentó que una mujer tan hermosa acabara de esa forma. De todas maneras algunos de sus hombres entraron y saciaron sus instintos con la muerta.

El cuatrero regresó al primer piso y se dirigió a la biblioteca. Buscaba el escondite de la caja fuerte, pero pese a que destruyó los cuadros y los armarios de madera no pudo encontrar rastros del dinero. Se bebió una copa

de jerez, se fumó uno de los tabacos que Edward guardaba celosamente y se dedicó a esperar a que su buena fortuna le sonriera.

Sabía que, así pasaran mil años, el rey del ganado tenía un solo destino, El Alcántaras. Era cuestión de esperar pacíficamente para darle la estocada que lo mandara al infierno a acompañar al vaquero.

*

*

*

Bajo las nuevas condiciones que había impuesto Edward King para emprender el viaje a su rancho le había exigido a Heather que esta vez la niña y ella viajarían en su carromato.

—Señora, ¿no se sabe nada del vaquero? —preguntó Billy en un descuido de Edward.

Heather negó con la cabeza y ocultó su rostro para disimular la tristeza.

—Es una pena. Luke era un buen vaquero. El mejor en la puntería —dijo el chico—. ¿Está muerto?

—El médico que lo atendió dijo que no se salvó.

Billy continuó con su faena.

—Espero que pronto aceptes que el vaquero no volverá —le dijo Edward antes de ayudarla a subir al carromato—. En este momento Satanás debe

estarle dando la bienvenida al infierno.

Heather se giró en el último peldaño antes de abordar el carruaje.

—Ruega porque esté muerto, Edward, porque de lo contrario vendrá por mí.

—Ojalá, para tener la dicha de matarlo con mis propias manos.

—No sabes lo que estás pidiendo.

Ella ignoró el último comentario de su marido y se ocultó en el interior del carromato para atender a Sofía. En cambio, Edward permaneció pensativo con una idea en mente ¿qué habría sido del vaquero y del enano?

*

*

*

Emile de Tours se despertó de madrugada. Habían decidido aguardar en un páramo hasta que levantara el sol. El hombrecillo se sorprendió del silencio que imperaba. Echó de menos al par de chicas que le habían entretenido la noche anterior. Cuando por fin salió del carromato buscó a los hombres que le servían de escoltas, pero no había rastro. De igual forma habían desaparecido todos los caballos, por lo que el carruaje estaba varado a la vera del camino.

Una premonición invadió la mente del enano y de prisa corrió al interior

del carromato para buscar el escondite en donde guardaba el dinero. La funda había desaparecido. Se llevó las manos a la cabeza y se arrodilló en actitud derrotista.

—¡Maldito Emile de Tours! Gusano inmundo ¿cómo te permitiste confiar en esas golfas?

Lloró abrazando el bolso contra su pecho. En ese momento escuchó un estruendo seguido por un alarido de guerra. Al asomarse una media docena de flechas ya estaban clavadas en la puerta del carruaje.

—Hombre pequeño —dijo un comanche mientras sonreía con malicia mostrando sus dientes amarillos—. Dioses decir que dan buena suerte el sacrificio de hombre pequeño.

Emile gritó e intentó huir, pero los indios, que lo superaban en número y fuerza, lograron apresarlo.

*

*

*

Esa mañana cuando el sol se levantó también se desató la desgracia. La caravana de Edward King se detuvo a escasos kilómetros de El Alcántaras para observar la columna de fuego que se levantaba. Reynolds dio instrucciones a dos de sus hombres para que fueran al rancho. Media hora

después los caballos regresaban con los cadáveres de los hombres sobre sus lomos.

—Tenemos que ir —dijo Edward—. Mi hermana, Christine...

—Es mejor que esperes aquí —dijo Reynolds mientras cargaba un rifle.

Pero dos horas después Reynolds no regresó, así que con los pocos hombres que quedaban el rey del ganado decidió enfrentar lo que estuviera pasando en su rancho. Le dio órdenes a Heather de no bajar del carromato hasta asegurarse de que el rancho era seguro.

Al atravesar la entrada de El Alcántaras se topó con el cuerpo desnudo y violentado de su hermana al pie de la escalera de la casona. No pudo evitar conmoverse. Ese momento de vulnerabilidad Richard Perkins lo aprovechó para personarse frente al rey del ganado.

—Te tengo una oferta —le dijo el cuatrero con una calma diabólica—.

Me entregas el dinero que tienes escondido en algún lugar de este miserable rancho y a Heather, y te perdono la vida, Edward.

—¡Jamás! —gritó el rey del ganado, pero en ese momento vio que dos hombres sostenían a Heather por los brazos.

La mujer se aferraba a su hija, por eso no permitía que los hombres se la arrebataran de su pecho. Richard sonrió con sorna, fumó de su cigarro y soltó una carcajada.

—Si este hombre te ama, Heather, él mismo te librara —dijo Richard—.

Estás vencido, Edward. Nadie vendrá a rescatarlos.

El cuatrero tomó a Edward por el cabello para que se levantara del suelo.

—El dinero, infeliz.

Un dúo de malhechores traía a un trabajador para que declarara si sabía del paradero de la fortuna de Edward. Era un joven temeroso que no dudó en delatar que el señor lo guardaba en uno de los graneros.

Richard aplaudió y luego le disparó al delator en la cabeza. Dio órdenes para que los llevaran al granero. Sus secuaces arrastraban a Edward King, pues cuando el hombre se resistió le propinaron una paliza y cuando Heather quiso intervenir el propio Richard le dio una cachetada que le provocó una abertura en los labios. Sofía inició un lloriqueo estridente cuando vio a su madre sangrando.

Los llevaron al interior del granero. Richard le dio instrucciones a sus hombres de que permanecieran a las afueras del lugar. Planificaba abusar de Heather frente al rey del ganado para mayor humillación y luego matarlos, incluyendo a la niña. ¿Para qué servía una bastarda de Luke Montana? pensó Richard.

Obligó al rey del ganado a ubicar el botín y le ordenó que lo extrajera, pero era muy pesado. Entonces, cuando el cuatrero no tuvo más remedio que

ayudarlo, Edward aprovechó para hacerse con su arma, pero un error de cálculo acabó con Richard disparándole en la parte baja del pecho. El rey del ganado cayó al suelo de inmediato, pero antes de que el cuatrero se incorporara sintió que alguien amartillaba un arma en su nuca.

Un frío intenso lo recorrió por completo.

—¿Vas a matarme de espaldas? —preguntó el cuatrero con una risa burlona—. Eso solo lo hacen los cobardes. Si eres hombre, mátame mirándome a los ojos.

—Soy mujer, Richard.

La carcajada de Richard llenó el espacio.

—¿De dónde sacaste esa arma, Heather? Puedes hacerte daño, querida.

—El bolso de una mujer es una caja de sorpresas. ¿Acaso no lo sabes?

—Cariño, no sabes disparar. Suelta el arma y hablemos. ¿O me vas a matar frente a tu hija?

—Cuando Sofía tenga consciencia lamentablemente no se acordará de que su madre mató al infeliz que le destruyó la vida.

—No sé por qué me guardas tanto rencor. Estabas muy enamorada de mí cuando huiste conmigo.

—Me engañaste. Me diste una vida de miseria y de golpes. Y ni creas que he olvidado lo que le hiciste a mis padres y a su rancho.

—Tu padre estaba a punto de morir, solo le adelanté su muerte y tu madre... tu madre era una mujer muy estúpida.

Heather le disparó en la pierna que aún conservaba sana, lo que ocasionó que el cuatrero cayera de rodillas. Lo rodeó sin dejar de apuntarle.

—Quiero ver tu cara cuando te envíe al infierno, Richard.

—Querida, mis hombres entrarán de un momento a otro y te matarán.

Pudimos ser tan felices, Heather, pero tú siempre te saliste de la norma de las mujeres de la Frontera.

Heather disparó de nuevo, esta vez lo alcanzó en el hombro izquierdo.

—Pero al menos si no vas a ser feliz conmigo tampoco lo serás con el infeliz vaquero —decía Richard mientras se retorció de dolor—. Lo único que me llevo de todo esto fue que al final acabé con Luke Montana.

En eso se escucharon tiros en el exterior lo que ocasionó que Heather perdiera la atención. Ese corto descuido provocó que Richard le arrebatara el arma. La obligó a arrodillarse.

—Lo bueno de la Frontera es que las cosas cambian de un segundo a otro, querida —le dijo Richard con tono burlón.

Heather mantenía a Sofía aferrada a su pecho.

—No le hagas daño a la niña —suplicó ella.

—¿Sabías que existen burdeles que compran a niñas como Sofía para

esclavizarlas?

Tan solo escuchar esa confesión de Richard, Heather sintió repulsión. Un terrible miedo la acogió cuando el cuatrero acarició los risos de la niña.

—Dios sabe que quise hacer las cosas de forma distinta.

Un estruendo proveniente de la puerta provocó que Richard perdiera el enfoque. Heather luchó con el cuatrero para hacerse con su arma, pero para su sorpresa la persona que había irrumpido al granero acabó con Richard de un disparo en la cabeza.

Allí estaba Luke Montana, adolorido y débil, pero había regresado una vez más por ella. Heather se aferró al vaquero cuando Richard expiró.

—¡Estás vivo!

—Siempre cumplo mis promesas, cariño. Te dije que solo muerto me apartarían de ustedes.

Desde un costado del granero se escuchó un quejido. Se trataba de Edward King en medio de su agonía. Heather corrió a socorrer al hombre.

Luke intentó ayudarlo al quitarle la camisa y revisar la herida.

—Ya no hay nada que hacer —dijo Edward con dificultad.

—No hables. Luke te ayudará, Edward.

—Ya es tarde, Heather. Escúchame. Siempre supe quién era Luke

Montana en tu vida. Antes de salir de Monroe Park alguien me trajo la

confidencia, pero no podía creerlo. Veía como se miraban. Lo mucho que él estaba dispuesto a hacer por ti. —El hombre aspiró fuerte—. No dije nada porque lo necesitaba para llegar bien al rancho. Sabía que daría su vida por ti y por la niña, y no me equivoqué. Es un buen hombre, Heather. Perdóname por amarte y por ser tan egoísta.

—Edward —Heather lloriqueaba.

—No te esfuerces —le dijo Luke, pero Edward lo agarró por el brazo.

—Escucha, vaquero... debajo de la paja está todo el dinero y las armas para que acabes con todos esos malditos infelices. Búscalas y huyan antes de que Pinkerton venga a buscarte, Montana. Sé cuánto adoras a esta mujer y lo mucho que ella te ama.

—No hables, Edward —suplicó Heather.

—Cuídala —prosiguió el rey del ganado—. Está... demás que te lo diga. Á... ámala como se merece y huyan lejos... donde nadie pueda hacerles daño.

—Edward —gritó Heather cuando el hombre cerró sus ojos—. Edward... Heather lloró sobre su pecho. Pese a todo lo que vivió junto a ese hombre reconocía su bondad y entendía que había actuado enneguecido por los celos, así que lo perdono.

Al rato salieron del granero y caminaron hacia donde Roig Buchanan los

esperaba. El vaquero oteó los alrededores intentando reconocer a algunos de los muertos. Se lamentó por la muerte de los cuatro hombres que lo habían acompañado durante la travesía. Pero lo más que le sorprendió fue ver al joven Billy entre los hombres de Richard.

—Antes de matarlo me dijo que era un infiltrado de Perkins —dijo Roig —. El cuatrero le había pagado por mantenerlo informado.

Luke le cerró los ojos al jovencito y se lamentó en silencio porque la miseria a veces empujaba a los más jóvenes a actos inútiles que al final le costaban la vida.

En ese momento Heather se le acercó.

—Billy... —dijo Heather cuando lo reconoció.

El vaquero abrazó a su mujer.

—Era solo un niño, Luke.

—También era parte de las tretas de Perkins.

Luke tomó a Heather de la mano para alejarla de la escena tan dantesca que los rodeaba.

—Este hombre es una roca —comentó Roig al rato en referencia al vaquero.

—Y tú el mejor de los amigos.

Si Luke se había salvado fue porque Roig lo había llevado al campamento

de los indios Apache para que el curandero de la tribu lo ayudara. Allí una vez más Roig se reencontró con su familia materna y entre todos arrancaron a Luke de las garras de la muerte.

—Solo el amor por tu familia te mantuvo vivo.

—Le prometí a esta preciosa mujer que no la dejaría.

Luke se giró hacia Heather y le dijo al oído:

—Te amo más que a mi vida.

—Tú eres mi vida, Luke Montana, mi vaquero.

Epílogo

Dos años después...

Verano de 1877, Rancho La Alamosa, Monroe Park

El rancho La Alamosa amaneció ese día bajo el calor del inclemente sol del verano que acababa de iniciar. Un par de hombres iba y venía llevando a cabo sus faenas. Luke Montana recién regresaba de la arreada de Knoxville.

Había adelantado su regreso un día para sorprender a su mujer.

La encontró en la cocina del rancho dando instrucciones para la cena. El vaquero le hizo señas al cocinero, Charles Preston, para que no delatara su presencia. La abrazó por la espalda, aunque se le hizo difícil por su abultado vientre.

—Me vas a matar de un susto, Luke —se quejó ella con una deslumbrante

sonrisa en su rostro. La verdad era que le encantaba la manera que tenía el vaquero de sorprenderla.

El cocinero entendió que sobraba en ese lugar, así que se retiró al huerto, al patio posterior de la casona.

—Te tengo una sorpresa —anunció el vaquero.

En ese momento una mujer cincuentona entró a la cocina con Sofía de la mano y cargando a otra niña de alrededor un año. Luke tomó a la niña en brazos y Heather cargó a la pequeña Lucía, quien no perdió tiempo de aferrarse a su madre.

—Señora ¿puedo retirarme por el día de hoy? —solicitó la mujer.

—Por supuesto, Emilia —dijo Heather—. Descanse y muchas gracias.

La dama se retiró.

—Recuerdo que en principio no la querías porque era muy mayor y ahora te llevas muy bien con ella —dijo Luke.

—No me caía bien porque nunca sonreía, pero ahora sé que ama y cuida bien de mis hijas. Y aunque no sonría, si las quiere es más que suficiente.

Emilia Stevenson había llegado a La Alamosa por recomendación del notario Cooper, pues el hombre conocía de sobra que la viuda era una mujer culta y refinada, que impartiría buenos modales a las niñas.

—Ven —le dijo Luke a Heather con una sonrisa pícaro y la llevó a la

puerta de la casona.

Allí, bajo el sol, se encontraba una yegua de la raza Apaloosa con una mancha blanca en su nariz. Heather se tapó la boca con sus manos para contener la emoción. No podía ser que Luke Montana la sorprendiera de aquella forma.

—No puede ser —dijo ella.

—Sí, si puede ser. Es tu yegua, Mona. La compré en la arreada. Un hombre de Wyoming me la vendió.

Heather se le acercó a Mona y la yegua reconoció su contacto de inmediato.

—¡Por Dios! Qué hermosa sorpresa.

Luke subió a Sofía en el lomo del animal.

—Sombra también tendrá un amor. El pobre ha estado muy solo —dijo Luke.

—Vaquero, eres el mejor hombre del mundo. —Heather lloraba de emoción—Jamás imaginé reencontrarme con Mona.

—Viviré para hacerte feliz, cariño. Nunca lo olvides.

Se besaron hasta que la pequeña Lucía comenzó a lloriquear reclamando la atención de su padre.

*

*

*

Emile de Tours maldecía su suerte. Como esclavo del circo itinerante hacía un año que viajaba de ciudad en ciudad y que se presentaba como el hombrecillo más habilidoso. Cuando no tenía presentación le tocaba limpiar los excrementos en las jaulas de los animales y alimentar las serpientes.

Los comanches, después de explotarlo por un año, lo intercambiaron con el dueño del circo por un león traído desde África. El dueño del circo vio el gran potencial que tenía el enano y no dudo en negociarlo.

Las veces que Emile había intentado huir también había recibido una paliza de su amo. Parecía que de una buena vez la vida se había encargado de cobrarle por los infortunios provocados.

Al final, fue devorado por un león al cual maltrataba continuamente sin piedad. Así que terminó sin dinero, sin amigos y olvidado por todos a los que había hecho daño.

*

*

*

Esa tarde Roig, Cathie, Margot y el notario acudieron a La Alamosa ante el aviso de que Heather estaba en labor de parto de su tercer hijo. Las mujeres

ayudaban a la comadrona en la habitación mientras los hombres esperaban noticias encerrados en la biblioteca.

—Calma tus nervios, vaquero —le decía Cooper ante la ansiedad de Luke, quien no se detenía en su ir y venir de un lado a otro—. Todo irá estupendamente bien.

—Y si todavía lo dudas —intervino Roig—, te recuerdo que eres el hombre más afortunado de la Frontera. Imagina, escapaste de los yanquis, acabaste con Richard Perkins y saliste bien librado de Pinkerton. Roig se refería al hecho de que después de salir huyendo de El Alcántaras, tras rescatar la fortuna de Edward y vivir en México por un año, Luke pudo regresar a Monroe Park junto a su familia. Luke nunca olvidaría el telegrama que el propio Cooper le había enviado a México: *“Esta mañana colgaron a El Fantasma. ¿Cuándo vas a regresar a Monroe?”*. No había que ser un erudito para darse cuenta de que fue el propio capitán Drumond quien acabó con ese asunto, pues a él menos que a nadie le convenía que no se revelara la identidad del asesino.

Así que ese mismo día Heather y Luke empacaron sus cosas e iniciaron su viaje de regreso al pueblo. Con suerte, a su llegada, el vaquero consiguió que el propietario de su antiguo rancho se lo vendiera por una cifra justa. De esa forma se reinició en el negocio de la crianza de caballos.

—He sido muy afortunado. No lo voy a negar —admitió Luke.

—Bueno... tampoco presumas demasiado que también has tenido tus infortunios —dijo Roig.

—Pero también he tenido buenos amigos como ustedes dos —dijo el vaquero.

En eso uno de los sirvientes entró a la biblioteca para decirle:

—Señor, ya nació. Es una niña.

—Felicidades, vaquero —le dijo Cooper y le palmeó el hombro—. Otra mujercita.

—A este paso tendré que reforzar la seguridad en La Alamosa.

—Creo que la vida te está cobrando tus hazañas, Luke —le dijo Roig entre risas.

—Tendré que hacer una banda de pistoleras con mis hijas.

—Tú todas niñas, y yo un niño y otro en camino, que de seguro que será varón —dijo Roig en referencia a sus hijos con Cathie.

—Hay que tener un balance —dijo Cooper.

El vaquero fue a ver a Heather, quien se encontraba en la cama junto a la recién nacida. Era una niña hermosa, de cabello rubio y ojos grises, como su padre.

—Vamos a dejarlos a solas —dijo Cathie y se encargó de sacar de la

habitación a Margot y a la comadrona.

Cuando se quedaron a solas, el vaquero se sentó en la orilla de la cama para cargar a la pequeña Isabel.

—Siempre heredan tus ojos, Luke —se quejó Heather.

—Tendremos que seguir haciendo más bebés a ver si alguno sale con tus ojos, cariño —dijo Luke con una sonrisa pícara.

Luke besó a Heather.

—Te amo, vaquero.

—Te amo, Heather Harrison. Siempre te amaré.

Cuando dos corazones se reconocen por primera vez ni la distancia ni las circunstancias pueden separarlos jamás.

Heather y Luke vivieron felices en el mejor pueblo de la Frontera, en donde se fabricaba el mejor *whiskey*, se apostaba sobre los tapetes verdes, las bailarinas mostraban sus pronunciados escotes, y se formaban a los mejores vaqueros, en Monroe Park.

En un lugar en donde todo era posible, donde se escribieron las mejores historias de aventura, acción, pasión y luchas, el Viejo Oeste Americano.

—Fin—

The image shows a handwritten signature in black ink that reads "Lee Vincent". The signature is written in a cursive, flowing style with a prominent loop at the end of the name.

Saludos queridos lectores:

Gracias por darme la oportunidad de presentarles el final de la historia de Heather y Luke. Esta historia la he disfrutado muchísimo porque trata de una época en que el amor, la justicia y el coraje eran protagonista. Además, de ser el género preferido de mi padre, así que él también se la ha disfrutado.

Me gustaría que dejaran su comentario en Amazon porque me ayuda a mejorar y a reforzar lo que les ha gustado. Para eso pueden pulsar el siguiente link: <http://relinks.me/B07B4F2L9B>

Los comentarios de nuestros lectores son una extraordinaria forma de apoyarnos.

De otra parte, si les ha gustado la obra, compartan su experiencia con otros y ánimenlo a adquirirla. También eso nos ayuda para que otras personas nos conozcan.

No quiero despedirme sin decirles que estos pasados meses los he dedicado a hacer de esta novela una buena historia, cuyo último fin era que se divirtieran. Y con honestidad, espero haberlo logrado.

Gracias por dejarme entrar en su imaginación. Hasta la próxima historia.



Biografía de la autora

LEE VINCENT es una escritora independiente que desde muy temprana edad se hizo aficionada a la

novela romántica, relatos autobiográficos y del género de la ficción. Estudió relaciones públicas y publicidad, lo que le ha permitido desarrollar su pasión por la escritura de novelas y relatos cortos.

Actualmente cursa una maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón en San

Juan de Puerto Rico.

Cabe destacar que la autora creó su propio sello editorial con el nombre White Lotus House Publishing,

bajo el cual publicó su primera novela Corazón Cautivo (febrero, 2016), obra que en sus primeros 30

días de lanzamiento logró colocarse #1 en ventas en Amazon en las categorías Romance,

Contemporáneo y Suspenso.

Entre sus otras historias se encuentran Regreso a casa (agosto, 2016); El club de Trébol (comedia romántica, Octubre, 2016); Amor en la Frontera (primera entrega de la serie Western- Febrero, 2017),

En ruta al destino (Junio, 2017), Manual de Seducción (Agosto, 2017), Tú, mi mejor regalo

(Diciembre, 2017).

En la actualidad vive con su esposo, sus dos perros y su gata en un pueblo del noreste en su natal Puerto

Rico.

CONTACTO DE LA AUTORA:

Email: leevincentauthor@gmail.com

Twitter: [@AutoraVincent](https://twitter.com/AutoraVincent)

Facebook; Lee Vincent (Escritora)

“Para mí es muy importante saber de ti, querido lector.

Por eso, no dejes de contactarme”— Lee Vincent







Otras novelas de Lee Vincent

Todas estas novelas las puedes adquirir en todas las plataformas de Amazon, tanto de forma digital como en libro impreso.



Lo próximo